






MIGUEL DE
CERVANTES
SAAVEDRA



Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

CA19dRo

CLASICOS CASTELLANOS

CERVANTES

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

II

146564
—
26/7/18

EDICIÓN Y NOTAS DE FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
de la Real Academia Española.

MADRID

EDICIONES DE «LA LECTURA»

1911

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO XV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA 5
QUE SE TOPÓ DON QUIJOTE EN TOPAR CON
UNOS DESALMADOS YANGÜESES.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro 10 del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela; y, habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, 15 vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y

9 *Así como* equivale, en éste y en muchos otros lugares, á *luego que*. Ya quedó advertido en nota del cap. V (I. 148, 3).

fresco; tanto, que convidó, y forzó, á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse don Quijote y Sancho y, dejando al jumento y á Rocinante
 5 á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco á las alforjas, y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

No se había curado Sancho de echar sueltas
 10 á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el dia-

1 Clemencín, porque *convidar* y *forzar* “envuelven cierta contradicción”, echaba aquí menos la partícula *aun*: “convidó y *aun* forzó”. Puntuara como nosotros, poniendo entre comas las palabras y *forzó*, y ya holgaba su reparo.

9 *Suelta*, sustantivo poco usado hoy, es la traba ó maniota con que se atan las manos de las caballerías. “Llámonse así—dice Covarrubias—*a contrario sensu*, é indistintamente se usa en singular y en plural: Un refrán: “A mula roma, *suelta* gorda.”

13 Aunque *siniestro*, como sustantivo, significa por sí solo, según Covarrubias y el *Diccionario* corriente, “resabio, vicio ó dañada costumbre que tiene el hombre ó la bestia”, alguna vez se dijo *tomar un mal siniestro*, como *tomar un mal avieso*, frase usada, entre otros, por Lope de Vega (*El labrador venturoso*, jorn. II):

FILENO (á doña Elvira):

¿No es peor andarte así

Y dar algún estropiezo?

Que en *tomando un mal avieso*,

Luego te irás por ahí.

blo (que no todas veces duerme), que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas

1 Lo común es decir *que no duerme*, ó *que nunca duerme*, cuando, conforme á la explicación del maestro Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, pág. 520 a), “se refiere algo, y algún azar y mal que sucedió y parece que el diablo ayudó en él”. El mismo Cervantes dice en otro lugar (p. I, 44): “el demonio, *que no duerme*, ordenó que...” Esta expresión proverbial reclama sitio en el *Diccionario* de la Academia, ya que lo tiene muy repetidamente en las obras de nuestros clásicos. Un ejemplo no cervantino (Lope de Vega, *La buena guarda*, acto I):

D.^a CLARA. Aunque con riguridad
 Responderos fuera bien,
 No quiero descomponerme;
 Que basta por testimonio
 De que os incita *el demonio*,
Que es astuto y nunca duerme,
 Ver la desesperación
 Con que os obliga á mataros.

1 Para Clemencín, “según la recta construcción gramatical correspondía decir: “ordenó, pues, la suerte que *anduviesen por aquel valle...*” No recordó el erudito murciano que en el tiempo de Cervantes se solía usar el pretérito imperfecto de indicativo, y no el de subjuntivo, en casos como éste. Ya salió otro en el cap. XII (I, 270, 8): “...nadie la miraba que no *bendecía á Dios*”, y allí cité algún ejemplo para justificar esta manera de decir.

2 Sabido es que los nombres colectivos de número singular pueden concertar, por silepsis, con un adjetivo ó verbo en plural, cuando concurren ciertos requisitos, que enumera Bello en su *Gramática*, § 818 de la edición de París, 1908. Así ocurre en el texto con el nombre colectivo *manada*, y por esto el concertar con *andaban*. Tal como sucede con *cuadrilla* en el siguiente pasaje de la *Cántica de los clérigos de talavera* (El Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, copla 1696 de la edición Ducamin):

dis: “amigos, yo querria que toda esta *cuadrilla*
apellásemos del papa antel Rey de castilla”.

2 Las *hacas galicianas* ó *jacas gallegas*, como dice Clemencín, “suelen ser de poca alzada, pero de muchas fuer-

galicianas de unos harrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse don Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotico algo picadillo y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que, á lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota. Pero lo que él debió más de sentir fué que, viendo los harrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron

zas, y, por consiguiente, muy á propósito para el servicio de la harriería, profesión á que eran dados los naturales del pueblo de Yanguas, en la provincia de Segovia". En la edición príncipe son gallegos, y no yangüeses, estos harrieros; la enmienda introducida en las posteriores está insinuada en la príncipe, en el epígrafe de este capítulo.

1 Sobre el escribir con *h* la palabra *harriero* recuérdese una nota que puse en el cap. II (I, 75, 2).

9 A Clemencín pareció mal formado el diminutivo *trotillo*; que así leyó él, siguiendo á la segunda edición de Cuesta. Bien pudo consolarse leyendo, por compensación, *pradecillo*, y no *pradillo*, en el cap. XX. Querer ajustar la gramática del tiempo de Cervantes á los cánones de la del moderno es, cuando menos, una pueril inadvertencia.

12 Sobre este *ál* queda una nota en el cap. II (I, 79, 16).

con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ija-deando, y dijo don Quijote á Sancho:

—A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar—respondió Sancho—, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?

—Yo valgo por ciento—replicó don Quijote.

Y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió don Quijote

13 En todas las ediciones antiguas, “y aun quizá *nosotros* sino uno y medio?” Evidentemente es errata ese *nosotros*, y seguimos la acertada conjetura de Clemencín, leyendo *no somos*.

19 Clemencín, siguiendo, aunque sin decirlo, á Mayans, creyó que *primeras* concierta con *cuchilladas*, “como si dijera: á las *primeras* cuchilladas dió una...” Más bien parece que á las *primeras* es un modo adverbial equivalente á *de buenas á primeras*. También se dice, en idéntico sentido, á las *primeras de cambio*, frase tomada del comercio, y de la cual quizá sea reducción elíptica la que ha dado lugar á esta nota.

una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de
5 aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo,
10 y lo mismo le avino á don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan esta-
15 cas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de
20 peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza; y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—Señor don Quijote. ¡Ah, señor don Qui-
25 jote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano?—respondió don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible—respondió Sancho Panza—, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las heridas. 5

—Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?—respondió don Quijote—. Mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. 10

—Pues ¿en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies?—replicó Sancho Panza. 15

—De mí sé decir—dijo el molido caballero don Quijote— que no sabré poner término á esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo; que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros, como yo; y así, creo que en pena de haber pa- 20

12 Esta expresión figurada y familiar, que inserta y explica el *Diccionario* de la Academia, se usaba, por lo común, disyuntivamente con otra proposición, como en el lugar del texto. Vuelve á salir en el cap. XLIII de esta primera parte.

15 Mejor se diría “que no podremos”. Y todavía mejor si preguntase: “Pues ¿á los cuántos...”

sado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque im-
 5 porta mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera; sino pon tú mano á tu espada y

1 El *Diccionario* de la Academia tiene por anticuado á *pasar* en la acepción de traspasar ó quebrantar leyes ó preceptos. En Andalucía, á lo menos, está viva esta acepción en el habla del vulgo.

8 Así, *al espada*, en las tres ediciones de Cuesta, y en la de Bowle (Londres, 1781); las demás, y para esto de las variantes me sirvo, por lo común, de la edición del señor Cortejón (bien que no pocas inexactitudes tiene), las demás, digo, aun la de éste mismo, leen *la espada*. Y ¿por qué no *el espada*, cuando así se decía desde los remotos tiempos del poema del Cid, quien, persiguiendo al rey Búcar,

Cortol'el yelmo, e librado todo lo al,
 Fata la cintura *el espada* legado ha?

¿Por qué no *el espada*, cuando así hubo de escribirlo Cervantes, y así se decía generalmente á principios del siglo XVII? Que por esto escribió Ambrosio de Salazar (*Espexo general de la Gramática...*, Rouen, Adrien Morront, 1614, pág. 157): "... aunque esta regla [la de haber de ser femenino el artículo que va con nombre de este género] no se conforma en todas las palabras, porque se puede decir muy bien *vn espada*, y sonaría bien, como si dixese *vna espada*; *vn estera...*, *vn escobilla*; de manera que quando la palabra femenina se comienza por *e* no haze al caso que se pierda el *a...*" Algo de esto perdura hasta hoy en el habla del vulgo; en mi pueblo (Osuna) he oído decir muchas veces: "el niño está en *el escuela*".

castígalos muy á tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender, y ofendellos con todo mi poder; que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi 5 fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder, diciendo: 10

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así, que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna ma- 15 nera pondré mano á la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó

13 Y aun por esto dijo el refrán del vulgo: “Casarás y amansarás.”

14 Hoy diríamos *sírvale*, ó *sírvate* de aviso; pero antaño se decía como lo dice Sancho en este lugar. Baltasar del Alcázar, en uno de sus epigramas (*Poetas de...*, edición de la Academia Española, pág. 67):

Séate, Isabel, aviso
Que á su amiga el carnicero
No la quiso por Hebrero,
Pero por Marzo la quiso.

haga, ó haya de hacer, persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo, le respondió:

5 —Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta
10 ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué sería de ti, si, ganándola yo, te hiciese señor
15 della? Pues lo vendrás á imposibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca es-

7 *Tanto cuanto* es, como dice la Academia, *algún tanto, algo*, pero siempre poco. Hoy, familiar y festivamente, para denotar algún dinero dado ó tomado ilícitamente, por vía de cohecho ó soborno, solemos decir: “cada cual cogió su *tanti cuanti*”.

8 Se decía con frecuencia, aunque mal dicho, *en el error que estás*, por *el error en que estás*, y así lo escribiría Cervantes; quiso ó quisieron enmendarlo, y, añadido el *en* en el debido lugar, por inadvertencia no tacharon el otro. Á esto se debe, sin duda, la repetición de esa partícula.

tán tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así, es menester que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

—En este que ahora nos ha acontecido—respondió Sancho—quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante; que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Aun las tuyas, Sancho—replicó don Quijote—, deben de estar hechas á semejantes nu-

blados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino... ¿qué digo imagino? sé muy cierto, que todas
5 estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.

Á esto replicó el escudero:

—Señor, ya que estas desgracias son de la
10 cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita mi-
15 sericordia, no nos socorre.

—Sábetete, amigo Sancho—respondió don Quijote—, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propincua de ser
20 los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y

1 Por el *Tesoro* de Covarrubias y por el *Diccionario* de la Academia sólo sabemos de la *sinabafa* que era tela muy delgada, parecida á la holandá. Ni da más luz este pasaje de Lope de Vega (*El mayorazgo dudoso*, jornada III):

Los almaiceles no resplandecían
Del bárbaro Luzmán, morisca gala,
La manga de bruñida *sinabafa*,
La guarnecida aljaba y almalafa.

diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar agora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes 5 y después en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes 10 con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un 15 cierto castillo, y al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al

14 Por no percatarse de que debía haber coma después de la voz *trampa*, pues el *que* siguiente es uno de aquellos *ques* redundantes de que traté en larga nota del cap. X (I, 229, 16), los más de los editores y anotadores del *Quijote* han tenido necesidad de omitir la conjunción *y*, diciendo en el renglón siguiente: *al caer, se halló...* Y alguno que, como Cortejón, ni ha puesto la dicha coma, ni ha suprimido la conjunción *y*, ha dejado tan oscuro el sentido, que ni con linterna se dará con él. Adviértase lo claro que queda en nuestra edición.

18 *Melecina*, voz hoy en desuso, vale tanto como *clister* ó *ayuda*.

cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Ansí, que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados: porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron á mí lugar—respondió Sancho—á que mirase en tanto; porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los

23 El nombre de *tizona*, dado á cualquier espada, casi siempre en tono festivo, viene de haberse llamado de esta manera una de las dos famosas que el Cid ganó en otras tantas batallas. De entrambas se hace mención en el *Poema del Cid*, la *Colada*:

... que mas vale de mill marcos de plata,
fué ganada en la batalla en que venció á D. Ramón, Con-

hombros con sus pinos, de manera, que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta, ó no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, te hago saber, hermano Panza—replicó don Quijote—, que no hay memo- 10

de de Barcelona; y la *Tizona*, en la batalla contra Búcar, rey moro:

Mató a Búcar, el rey de alen el mar,
E ganó a Tizon, que mill marcos d'oro val.

1 De *santiguar* en su acepción de “decir algunas oraciones devotas y santas haciendo algunas cruces y echando algunas bendiciones *in modum crucis*”, como dice Covarrubias, se hizo metafórica y festivamente la acepción, también vulgar, en que aquí emplea esta voz Sancho, significando golpear á uno. Así Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte II, elegía II, canto I (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo IV, pág. 212 b):

El chipa caminando va sin pena
Con estos nahorías ó vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de *santiguillos*;
A unos *santiguaba* las cervices,
Y á otros derribaba las narices.

3 Máinez leyó *yago*, como lo decimos hoy. Cervantes lo empleó asemejando á *hacer* este verbo, en la primera persona de singular del presente de indicativo (*yago, hago*).

ria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser—replicó Panza—de aquella que aguarda al tiempo
 5 que la consuma y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen
 10 término siquiera.

—Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho—respondió don Quijote—, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante; que, á lo

² Este es lugar común de la filosofía del pueblo y sale con frecuencia en nuestras coplas vulgares. Véanse dos, núms. 6.870 y 6.886 de mis *Cantos populares españoles*:

Todo lo vence el amor;
 Todo el dinero lo allana;
 Todo lo consume el tiempo;
 Todo la muerte lo acaba.

No hay muralla que por firme
 Dure lo que el tiempo dura;
 Que todito en este mundo
 Tiene fin y sepultura.

⁵ Clemencín halla trastrocadas las palabras de este período. No recordaría aquellas tan parecidas, aun por su colocación, de Gaspar Gil Polo en su *Diana enamorada*:

¿Qué pasatiempo mayor
 Orilla el mar puede hallarse
 Que escuchar el ruiñeñor,
 Coger la olorosa flor
 Y en pura fuente bañarse?

que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No hay de que maravillarse deso—respondió Sancho—, siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas. 5

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas—dijo don Quijote—. Dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algún castillo donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la Ciudad de las cien puertas iba, muy á su placer, caballero sobre un muy hermoso asno. 10 15

9 Noble y cristiano pensamiento es éste, que corresponde al refrán que dice: “Entre la garganta y la soga, entra la misericordia.” Y á esta hermosa copla popular:

Quien espera, desespera;
Quien desespera, no alcanza;
Por eso es bueno esperar...
Y no perder la esperanza.

17 Nota Clemencín que Cervantes confundió aquí á la Tebas de Beocia, patria de Baco, con la Tebas de Egipto, que fué la ciudad de las cien puertas, equivocación en que precedió al autor del *Quijote* Juan de Mena, en sus *Trescientas*. La lectura del poeta cordobés debió de originar el error de Cervantes en este punto.

—Verdad será que él debía de ir caballero, como vuestra merced dice —respondió Sancho—; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

Á lo cual respondió don Quijote:

—Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como
10 ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí, antes que la noche venga y nos saltee en este despo-

15 —Pues yo he oído decir á vuestra merced —dijo Panza—que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

—Eso es—dijo don Quijote— cuando no
20 pueden más, ó cuando están enamorados; y es

8 Como veremos, esto y más volvió á decir nuestro autor en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, ya refiriéndose determinadamente á las heridas que recibió en la batalla de Lepanto. Asimismo, en el de sus *Novelas ejemplares*, que salieron á luz en 1613, habló con legítimo orgullo de la herida que le estropeó una mano: "...perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros..."

tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno déstos fué Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años ó ocho meses; que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué

5 Aunque el nombre que puso á Amadís de Gaula el ermitaño de la Peña Pobre fué el de *Beltenebrós*, por alusión á su belleza y al estado de tristeza y negra melancolía en que se encontraba, y, por tanto, no hizo mal Clemencín en llamarle *Beltenebrós* cuantas veces sale tal nombre en el *Quijote*, no le imitaremos en esto, porque ni en las primeras ediciones de la inmortal novela aparece acentuado como voz aguda, ni en España se dijo ni se escribió casi nunca sino *Beltenebros*, como palabra llana. Fácil sería citar muchos ejemplos para demostrarlo; mas bástenos traer dos testimonios. Tirso de Molina, en el acto I de *El amor médico*:

QUITERIA. ¿Qué nos faltaba si hubiera
Correspondencia constante?
Ya obligaciones y guantes
Se gastan de una manera.
Amadises y Macías
Alambicaban celebros
Y habitando *Beltenebros*
Libros de caballerías...

Calderón, en la jorn. II de *Peor está que estaba*:

CAMACHO. Quita, quita
Esto del pensamiento;
Que es lástima sacar aqueste cuento
De una selva encantada
Donde fabló la Infanta Mesurada
Mil famosos requiebros
A Esplandián, Belianís y *Beltenebros*.

sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento, como á Rocinante.

—Aun ahí sería el diablo—dijo Sancho.

- 5 Y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con
10 todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día. Levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran
15 en zaga. En resolución, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno de cabestro, se encaminó, poco más á menos, hacia donde le pareció que podía estar el camino real. Y la suerte,

6 De los carreteros dice Cervantes en *El licenciado Vidriera* que “si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos *pésetes* que de tres mulas”. Bien que, según dijo Luis Barahona de Soto en una de sus composiciones (pág. 729 de mi libro acerca de este poeta),

Echar *pésetes*, votos y un bufido.
Ni engrandescen las fuerzas corporales
Ni un ánimo levantan abatido.

Hoy en Andalucía, estragada la palabra *pésete*, suelen decir *echar pestes*.

18 “Poco más á menos”, como en el cap. VII (I, 186, 3).

que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era 5 venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.

1 Dice candorosamente Clemencín: “Mejor estuviera *de mal en bien*, porque lo que había precedido era malo.” No entendió, por lo visto, la sutil ironía con que Cervantes dice *de bien en mejor*. D. Quijote ha salido de entre las estacas de los yangüeses; pero ha salido para caer bajo el pesado puño del harriero, y bajo sus más pesados pies, y bajo el férreo candil del cuadrillero de la Santa Hermandad: ¡tan *de bien en mejor* iba guiando sus cosas la suerte!

CAPITULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO
EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CAS-
TILLO.

El ventero, que vió á don Quijote atravesado 5
en el asno, preguntó á Sancho que qué mal traía.
Sancho le respondió que no era nada, sino que
había dado una caída de una peña abajo, y que
venía algo brumadas las costillas. Tenía el ven-
tero por mujer á una, no de la condición que 10

✓ 6 Todas las ediciones, sin exceptuar ninguna, dicen: *preguntó á Sancho qué mal traía*, y en la nuestra se añade, por primera vez, otro *que* (*que qué mal traía*), tomando en cuenta que nunca lo escribió Cervantes sino así: con el *que* anunciativo que precede á las proposiciones indirectamente interrogativas, después del verbo *preguntar*, ó de cualquiera de los verbos *decir* y *pedir*, cuando *preguntar* significan. Véanse algunos ejemplos, sin salir del *Quijote*: “preguntéle *que* de qué se reía” (p. I, 9); “le tornó á preguntar *que* qué quería” (p. I, 13); “le preguntó *que* qué era lo que aquellos lienzos...” (p. II, 58); “preguntó Sancho al huésped *que* qué tenía para darles de cenar...” (p. II, 59). Y el mismo *que* anunciativo, precediendo á *quién* y á *cuánto*: “le preguntó *que* quién era” (p. I, 5); “al cual preguntó don Quijote *que* cuánto le debía” (p. I, 4). Sucedió, pues, en el lugar que lo ha dado para esta nota, lo que tantas otras veces: que mecánicamente se omitió, bien por Cervantes al escribir, ó bien por el cajista al componer, uno de dos fonemas iguales é inmediatos.

suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego á curar á don Quijote, y hizo que una hija suya
5 doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que
10 la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella,
15 y las dos hicieron una muy mala cama á don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en el cual también alo-

8 De los asturianos se decía que no tienen cogote, y así Covarrubias, artículo *cocote*, escribe: "*Descogotados*, los que no tienen cogotes, como los asturianos", observación que también sale en *La Pícaro Justina*.

✓ 18 Para Clemencín, "si queda *en otros tiempos*, debe suprimirse *muchos años*". Bien entendido el pasaje, no sobra nada: "en un camaranchón que daba manifiestos indicios que (*de que*) en otros tiempos, muchos años (*por espacio de muchos años*), había servido de pajar". Con grande acierto, pues, dice D. Juan Calderón (*Cervantes vindicado...*, pág. 56): "*En otros tiempos y muchos años* expresan dos ideas diferentes y adecuadas al caso; de modo que quitar cualquiera de esas dos expresiones es alterar el pensamiento del autor, privándole de una idea que en él entra como elemento."

jaba un harriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En está maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

4 Hoy diríamos: “*daba, ó llevaba ventaja á la de don Quijote*”. Es manera de decir tomada de las apuestas de la carrera y otros juegos.

17 Bowle imaginó hallar la razón del nombre de Maritornes en el *Dictionnaire du vieux françois* de Lacombe: “*Malitorne, méchante femme. Mulier improba.*” No: la formación de este nombre es castellana, como dice Clemençin. Mas ¿por qué llamó Cervantes á esta gentil moza *Mari-
tornes*, y no, por ejemplo, *Marisancha*? Éste era buen punto para dilucidado por D. Diego. Sin espacio ahora para suplir tal deficiencia, lo intentaré en mi edición extensamente comentada del *Quijote*.

—No fueron golpes—dijo Sancho—; sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.

Y también le dijo:

5 —Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que también me duelen á mí un poco los lomos.

—Desa manera—respondió la ventera—,
10 también debistes vos de caer.

—No caí—dijo Sancho Panza—; sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

15 —Bien podrá ser eso—dijo la doncella—; que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada co-
20 mo si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora—respondió Sancho Panza—: que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don
25 Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero?—preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha—respondió

Sancho Panza—; y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero?—replicó la moza.

5

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? —respondió Sancho Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada cria- 10
tura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

9 Pellicer tuvo por yerro de imprenta esto de *en dos palabras*, y enmendó: *en dos paletas*, tanto porque traía este modo adverbial el *Diccionario* cuanto porque en otro lugar del *Quijote* (p. II, 5) dice Sancho hablando con su mujer: “pero si *en dos paletas* y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestras...”, y porque más adelante, en los capítulos LI y LX se vuelve á decir así. En cambio, Pellicer no tomó en cuenta que lo que él suponía yerro del impresor sale asimismo en el capítulo XXI de esta primera parte: “Muérese el padre..., queda rey el caballero *en dos palabras*...” *En dos palabras* quiere decir *en brevísimo tiempo*; en lo que se tarda en articular dos palabras, que es menos de *un credo* y no más de *un santiamén*. Nuestro vulgo tiene mucha riqueza de formas para este linaje de encarecimientos, entre otros, los siguientes, que incluí en mi colección de *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas* (Sevilla, 1899), página 77: “Más pronto que decir *pin*; que decir *Jesús*; que decir *amén*”, comparación esta última que ya usaba Dante (*La Divina Commedia, Infierno, XVI*):

Un amen non saria potuto dirsi...

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor—dijo la ventera—, no tenéis, á lo que parece, siquiera algún condado?

— Aún es temprano — respondió Sancho —,
5 porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida
10 ó caída y yo no quedo contrechado della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho
15 como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo:

—Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si
20 yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os

10 *Contrechado*, del latín *contractus*, significa, como dice la Academia, baldado, tullido, y además estropeado, contrahecho.

21 Siempre se dijo así: *laus propria vilescit*; pero esta regla tenía y tiene su excepción, y aun siendo mujer mala, bien decía doña Estefanía de Caicedo cuando cantusaba ó engatusaba al alférez Campuzano en *El casamiento engañoso*: "...digo estas alabanzas mías, porque no acarrean vituperio cuando es forzosa la necesidad de decirlas..."

dirá quien soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes; que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el harriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le

15 *No usadas*, por *no acostumbradas*, que es como ahora decimos. Delicado, en *La Lozana Andaluza*, mamotreto LIII:

“DIVICIA. La usanza es casi ley; soy usada á mover las partes inferiores en sintiendo una pulga.”

iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedió á estos dos lechos el del harriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Aré-

5 Hoy diríamos *presumía mucho de hidalgo*, ó *presumía de muy hidalga*.

11 Llama estrellado al aposento porque entraba la luz de los astros por las rendijas del techo, haciéndolas parecer en algún modo estrellas en un cielo oscuro.

14 El *anjeo* era una tela muy ancha, de estopa ó de lino basto, y se debió de llamar así porque se traía del ducado de Anjou.

17 “Los harrieros—se dice en la novela cervantina de *El licenciado Vidriera*, y ya lo trajo á cuento anotando este lugar el meritísimo D. Juan Bowle—son gente que ha hecho divorcio con las sábanas, y se ha casado con las enjalmas.”

valo, según lo dice el autor desta historia, que deste harriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos

8 La Academia en su edición de 1819, y después Clemencín y algunos otros, subrogaron el vocablo *raras* en lugar de *rateras*, por parecerles éste inadecuado al pasaje y debido á yerro de los impresores. Y no había tal cosa: *rateras* estaba muy en su lugar y muy bien dicho, como sinónimo de *ruines*, *bajas* y *despreciables*. Una cita de Jovellanos trae Cortejón para demostrar lo infundado de la enmienda; mas con tres de Cervantes mismo puedo yo auxiliarme en su propósito. Véanse. En la jorn. I de la comedia *Pedro de Urdemalas*:

PEDRO. ... Y á Sevilla me volví,
 Donde al *rateruelo* oficio
 Me acomodé, bajo y vil,
 De mozo de la esportilla;
 Que el tiempo lo pidió así...

En el *Viaje del Parnaso*, cap. V, invocando á las Musas:

Descerrajad vuestro más rico almarío
 Y el aliento me dad que el caso pide,
 No humilde, no *ratero* ni ordinario.

Y en la *Adjunta al Parnaso*: "... de la mesma manera, de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habían sido muertos comenzaban á nacer, del tamaño de ratones, otros poetillas *rateros*, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente..."

llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del
5 otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el harriero á su recua y dándole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dió á
10 esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda
15 la venta estaba en silencio, y en toda ella no

6 Por lo que hace al buen Conde Tomillas, no dió en el hito Clemencín, que dice: "Tampoco he visto este libro", y busca á tal personaje en los romances de Montesinos. Cortejón escribe una larga nota acerca del *Tablante de Ricamonte*; pero, como Clemencín,

No sabe en dónde el Conde se le esconde.

En conclusión, el Conde Tomillas no es sino un personaje secundario de la *Historia de Enrique fi de Oliva, rey de Iherusalem, emperador de Constantinopla* (Sevilla, 1498), reimpresa en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

7 Este elogio es irónico. V. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo I, págs. CXXXVII y CLXXXIV.

14 El dormir las liebres con los ojos abiertos es cosa sabidísima. Una copla vulgar de cuna (núm. 27 de mis *Cantos populares españoles*):

Á la ro ro, mi niño;
Mi niño duerme
Con los ojos abiertos,
Como las liebres.

había otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros ⁵ autores de su desgracia, le trujo á la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas ¹⁰ las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, á furto de sus

6 Clemencín echa menos el verbo en plural: *le tru-
jeron*, y no *le trujo*, debió decirse. Gramaticalmente tiene razón; pero cabe disculpa para ese singular. Está dicho como lo dice el vulgo de Andalucía; la frase, á mi ver, es elíptica, y después de los dos miembros de la enumeración ha de sobrentenderse un *todo esto* que los resume: “Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía, *todo esto le trujo* á la imaginación una de las extrañas locuras...” Cervantes suele pensar y hablar á la andaluza, y la rapidez del pensamiento deja á las veces en lo que escribe unas como faltas de continuidad, que casi siempre un andaluz notará y sabrá suplir más bien que quien no lo sea. He aquí por qué el muy agudo D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado...*, pasó de largo al llegar á este pasaje, y no intentó vindicar á Cervantes del reparo de Clemencín.

14 Así como dijo Cervantes y *prometido*, pudo decir y *prometídose*, y ya lo habría entendido bien Clemencín, si además se cataba, como lo manifiesta Calderón, de que

padres, vendría á yacer con él una buena pieza ; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que
5 su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante.

10 Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa

aquí *prometerse* es equivalente á *confiar* ó *esperar*, por lo cual en este significado es corriente decir, v. gr.: “*Yo me prometo* que fulano cumplirá su palabra.”

8 Así, *dama*, en todas las ediciones de 1605 y en muchas más de las antiguas; pero *dueña* en muchas de las modernas, entre otras, las de Clemencín y Cortejón. A Pellicer se debió esta enmienda, que adoptó la Academia en su edición de 1819. Pero justo será decir que estuvo mal enmendado, porque las reinas tenían *damas* además de *dueñas*, y porque á la Quintañona se la ha nombrado en nuestra literatura unas veces *dueña* y otras veces *dama*. Un ejemplo de Lope de Vega (*El alcalde mayor*, acto I), en el cual, de camino, veremos una vez más que se llama *Beltenebros*, y no *Beltenebrós*, á Amadís penitente:

BELTRÁN. No estuvo Gerineldos en Sansueña
Tan dulce por la *dama Quintañona*,
Ni por la bella infanta Palancona
Tan alegre Roldán en Fuentidueña,
Ni Beltenebros en la Pobre Peña...

y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del harriero; pero apenas llegó á la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la 5 cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de don 10 Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado 15 cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidro; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplan- 20 dor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que,

1 La *albanega*, según Covarrubias, era “cierta red en forma redonda que las mugeres vsan traer en la cabeça, con que recogen el cabello”. Y *fustán*, según el mismo lexicógrafo, “cierta tela de algodón con que se acostumbra aforrar los vestidos”.

21 Clemencín repara en este punto que no se puede decir que *el aliento arrojaba de su boca un olor suave*, porque “el aliento no tiene boca”. Ni ojos para ver tenía, *aliquando*, el descontentadizo anotador. Algunas veces, y

sin duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza
5 y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el
10 aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera harriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida,
15 con voz amorosa y baja le comenzó á decir:

—Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos,
20 ponerme en este lecho, donde yago tan molido

ésta es una, el artículo *el* vale y significa *en cuanto al*, por lo que *toca*, ó *hace*, *al*, y así, ha de entenderse: y *en cuanto al* aliento..., á él le pareció que [Maritornes] arrojaba de su boca un olor suave...

9 “Falta un *ni*, y sobra el *no*”, afirma Clemencín. Deshiciera la transposición, leyendo: “Y era tanta la ceguedad..., que *no* le desengañaban el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella”, y se vencería de que ni sobra un *no* ni falta un *ni*.

y quebrantado, que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible. Y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora 5 de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto. 10

Maritornes estaba congojadísima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del harriero, á quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando 15 más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podía entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, 25 enarboló el brazo en alto y descargó tan terri-

17 *Coima* es palabra de germanía y significa mujer mundana, concubina.

ble puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de
5 trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que
10 debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha, se levantó y, encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que
15 era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? Á buen seguro que
20 son tus cosas éstas.

19 “Expresión sobradamente propia y natural”, dice Clemencín al llegar á este punto. Y añade: “Las de esta clase deben evitarse en el discurso de un libro... Á no ser que se diga en abono de Cervantes que intentó remedar y de esta suerte criticar algunos pasajes de los libros caballerescos donde se incurre en este defecto...” Á la verdad, para la defensa de Cervantes no había que acudir á este socorrido expediente, sino demostrar que en el tiempo de nuestro autor no se hacía asco á la palabra *de las cuatro letras*, ni por las personas más encopetadas, como en el de Clemencín y en el nuestro. Mas esta tarea es larga para la presente edición y aplázola para la futura.

En esto, despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando 5 á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que, á su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los 10 dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el harriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando á don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero 15 con intención diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así como suele decirse: “el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo”, daba el harriero á San- 20

18 No cabe ironía más sutil para calificar la tremenda trifulca debida á la libidinosa condescendencia de Maritornes, á la locura de D. Quijote y á los endiablados celos del harriero de Arévalo.

20 A lo que creo, ninguno de los anotadores del *Quijote* ha dicho qué sea esto de “el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo”, si bien tampoco han confesado que no lo saben. ¡Antes mártires que confesores! Tales palabras son de un cuentecillo popular infantil. Una hormiguita sembró, Dios sabe á cuánta costa, tres garbanzos debajo de las ramas de un peral; y viendo que al día siguiente no

cho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron á oscuras, dábanse tan sin compasión, todos á bulto, que á doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo ansi-

habían nacido, acudió en su impaciencia al hortelano para que arrancara el peral, y, pues no le hizo caso, fué importunando sucesivamente á la hortelana, á la justicia, al rey, á la reina, *al ratón, al gato, al palo*, á la candela, al agua, al buey y al carnicero, para que cada cual obligase al anterior, hasta conseguir por esta cadena de amenazas que el hortelano hiciera lo que se le pedía. En fin, amenazado el buey por el carnicero, dijo: “Pues yo me bebo el agua, para que el agua apague la candela, para que la candela queme *el palo*, para que *el palo* mate *al gato*, para que *el gato* se coma *al ratón...*”, y así retorna de uno en otro, hasta que enojándose la hortelana con el hortelano, éste dice:

Pues yo arranco el peral,
Para que á la hormiguita
Le nazca su garbanzal.

10 “Habíala —dice Pellicer— en Toledo, Talavera y Ciudad Real. Componíase de caballeros y gente noble, y era condición fuesen hacendados y poseyeran colmenares en los montes de Toledo. Tenía por instituto perseguir á los ladrones y salteadores, llamados *golfines* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó San Fernando en el año de 1220. Podían no sólo prender y sustanciar las causas á los reos, sino sentenciarlos á muerte de saeta, que, según dice Francisco de Medina (*Gran-*

mesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á oscuras en el aposento, diciendo:

—¡Ténganse á la justicia! ¡Ténganse á la Santa Hermandad!

5

Y el primero con quien topó fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y, echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: “¡Favor á la justicia!”; pero viendo que el que tenía asido no

10

dezas de España, pág. 196), se executaba en Peralbillo, ó Peroalbillo, en el término de Miguelturra, cerca de Ciudad Real. Carlos V mandó que les diesen muerte antes de asae-tearlos. Entre los individuos de que se componía su cabildo ó tribunal había un Cuadrillero mayor, que, además de los tenientes, tenía en las ciudades, lugares y ventas otros cuadrilleros comisarios, como lo era este que asió la barba de don Quijote. Sebastián Munster hizo el año de 1559 una puntual descripción de esta Hermandad ó tribunal en su *Cosmografía*, folio 60.”

2 ¿Por qué *media vara*, y no vara entera? He aquí una de tantas cosas como han dejado de explicar los anotadores del *Quijote*. La vara, representativa de la autoridad real, era alta ó baja, y á esta última llamaban *media vara*. Cervantes desempeñó sus funciones de comisario por S. M. para la provisión de las galeras reales, llevando siempre *vara alta de justicia*. Esto de la *media vara* de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, así como la condición de que había de ser de color verde, consta por una certificación dada en Toledo por el escribano Pedro del Castillo, de la cual resulta que en 30 de Abril de 1512 se acordó “que los quadrilleros de la Ermandad trajesen para su conocimien-to y distincion la *media vara de color verde*, so pena de privación de oficio y perdimiento de su salario”. (Biblioteca Nacional, Ms. Dd, 49, hoy núm. 13.030, folio 74 v.)

se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

- 5 —¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre!

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el harriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á
15 buscar luz, para buscar y prender los delinquentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo,
20 encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XVII

DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHE PANZA PASARON EN LA VENTA QUE, POR SU MAL, PENSÓ QUE ERA CASTILLO. 5

Había ya vuelto en este tiempo de su paraismo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le 10 comenzó á llamar, diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

10 Esto de *en el val de las estacas* es, á la par que alusión á *los pinos* (que decía Sancho) de los yangüeses del cap. XV (II, 20, 23), evidente reminiscencia de un antiguo romance que comienza:

Por el val de las estacas...,

y que Clemencín creía perdido para siempre, al copiar otro romance en que se cita su primer verso. No lo estaba, por dicha, pues se conserva en más de una antigua colección y Cortejón lo ha copiado íntegramente:

Por el val de las estacas
El buen Cid pasado había:
A la mano izquierda deja
La villa de Constantina...

—¿Qué tengo de dormir, pesia á mi—respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche?

5 —Puedeslo creer así, sin duda—respondió don Quijote—; porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi
10 muerte.

—Sí juro—respondió Sancho.

—Dígolo—replicó don Quijote—porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.

—Digo que sí juro—tornó á decir Sancho—
15 que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho—res-

✓ 1 A la verdad, en este pésete sobra la *a* de *pesia*, que no es la misma preposición que inmediatamente sigue, y había de decirse *pese á mí*, ó *pesi á mí*; pero la costumbre, que hace ley, arrimó la tal preposición al verbo, haciendo una sola palabra con él, y, así embebida la *a*, trajo otra para que hiciera la vez de la antigua, y quedó dicho *pesia á mí*, *pesia á tal*, y no sólo *pesia tal*, como dice el *Diccionario* de la Academia, artículo *pesia*. Sobre los ejemplos que cita Cortejón, véase uno muy curioso de Tirso de Molina, en *No hay peor sordo...*, acto I:

CRISTAL.

Yo entonces le dije: “¡*Pesia á tal!* no es el perro mío;
Pero no siendo judío,
Entrar pudo en esta iglesia.”

pondió don Quijote—, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso—respondió Sancho—, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no quería que se me pudriesen de guardadas. 5

—Sea por lo que fuere—dijo don Quijote—; que más fío de tu amor y de tu cortesía; y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré en- 10
carecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su per- 15
sona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como 20
la ventura me había puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por 25
dónde venía, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo

todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los harrieros, que, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde
5 conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco—respondió Sancho—: porque más de cuatrocientos moros me han apo-
10 rreado á mí, de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced, menos mal, pues tu-
15 vo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante, ni lo

✓
11 *Ser una cosa tortas y pan pintado* significa, según el *Diccionario* de la Academia, “ser un trabajo, infortunio, disgusto ó desacierto mucho menor que otro con que se compara”. *Llamábase pan pintado* aquel en que, para mejor vista, se imprimían antes de cocerlo ciertos moldecillos; mas lo bueno no estaba en la *pintura*, sino en que á la masa de este pan se le echaba algún aceite y ajonjolí, con que lo hacían más gustoso que el ordinario. Aún en Andalucía, en Osuna á lo menos, llaman la *pintadera* al sello que ponen en el pan, así en las panaderías como en las casas, para que no se confunda con otro; de donde el siguiente refrancillo de muchachos: “El que se come la *pintaera*, se casa con la hija e la *panaera*.”

pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

—Luego ¿también estás tú aporreado?—respondió don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pesia á mi linaje?—dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo—dijo don Quijote—; que yo haré agora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo:

—Señor, ¿si será éste, á dicha, el moro en-

13 Nuestros abuelos llamaban *pañó de cabeza* al *pañuelo* que solía y suele hacer las veces de gorro de dormir, y que asimismo se ata apretando la frente para hallar alivio á la jaqueca. Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte III, *Elegía á Benalcázar*, canto X:

Y entonces, á la puerta de un platero,
Jorge de Quintanilla, que lo vía
Con *pañó de cabeza* y un sombrero,
Presente yo, le dijo qué tenía,
Y respondió: “Señor, aquí me muerdo
De dolor de cabeza cada día...”

16 Este modo adverbial, *á dicha*, que ya salió una vez en el cap. II (I, 85, 16), equivale á *por ventura*, y ésta tanto puede ser mala como buena.

cantado, que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro—respondió don Quijote—, porque los encantados no se dejan ver
5 de nadie.

—Si no se dejan ver, déjanse sentir—dijo Sancho—: si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías—respondió don Quijote—; pero no es bastante in-
10 dicio ése para creer que este que se vea sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se
15 estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole:

—Pues ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo más bien criado—respondió

2 “*Olvidarse—ó dejarse, ó quedarse—en el tintero* alguna cosa, es auerse descuydado de escriuirla”, dice Covarrubias; pero de este significado, que es el natural y directo, pasó al más amplio de “olvidarla ú omitirla”, como dice la Academia, y al de dejar algo por hacer de una obra ó tarea, que es el sentido en que aquí lo dice el con razón escamado escudero.

✓ 19 *Más bien criado* quiere decir aquí *con más buena crianza*; con el miramiento y estilo propios de una mejor educación. El de *buen hombre* es tratamiento despectivo, y por eso lo rechazó D. Quijote, y no porque el cuadrillero no le diese *don*, que ni correspondía á los hidalgos (contra lo que el Sr. Cortejón imagina), ni podía dárselo, aunque qui-

don Quijote—, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desafortunado á los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y, alzando el candil con todo su aceite, dió á don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:

—Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es—respondió don Quijote—; y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo

siera, quien no sabía su nombre, ni, por tanto, le nombró por él. *Buen hombre* equivale en pasajes como el del texto á *pobre hombre*, y ser *un pobre hombre* y ser *un pobre diablo*, como, á la francesa, decimos hoy, son locuciones equivalentes.

1 Éste es el *que*, indicio de una elipsis, que suele hallarse en algunas locuciones condicionales, y del cual traté, aunque de paso, en nota del cap. X (I, 229, 16): “Hablará yo más bien criado si fuera *el mismo* que vos sois.” Hoy no se usa el *que* en esa locución, pero sí en estotra: “*Yo que tú, ó que él*, habría hecho esto, ó lo de más allá.”

19 En este y otros lugares *aunque más* equivale á *por más que*, ó *por mucho que*.

procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad
5 que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba
10 escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que
15 hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á don Quijote, que estaba con
25 las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que

26 Poco antes, como nota Clemencín, se ha dicho que el cuadrillero dejó á D. Quijote "muy bien descalabrado" (55, 8), lo cual no concuerda con lo que se dice ahora.

levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba, con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y 5 cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le 10 hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz, á modo de bendición; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero 15 y cuadrillero; que ya el harriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así, se bebió 20 de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar, de manera, que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación 25 del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedóse dormido más de tres

horas, al cabo de las cuales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado
5 con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo á milagro
10 la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos, y envasó bien poco menos
15 que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verda-
20 deramente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo
25 para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced—replicó San-

cho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto, hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con ta-

7 A juicio de Clemencín, “hace falta un *ni*, que aparentemente omitió por descuido el impresor. *Que ni la estera ni la manta fueron más de provecho*”. Según esto, también faltarán cinco *nies* en los siguientes versos de Barahona de Soto (*Fábula de Vertumno y Pomona*, pág. 620 de mi estudio sobre este poeta):

La nueva conversación,
La gala, la gentileza,
Ni el cortesano blasón,
El título y la grandeza
Le dan tormento y pasión;

porque lo que el autor quiso decir fué que *ni* la nueva conversación, ó trato de gentes, *ni* la gala, *ni* la gentileza, *ni* el blasón cortesano, *ni* el título, *ni* la grandeza, importaban un bledo á Pomona. No: lo que en todo esto hay que notar es lo que allí dije: que “en las expresiones doble ó múltiplemente negativas hoy no se omite el *ni* ó el *no* del primer extremo; pero, por lo común, se omitía en lo antiguo”. No hace falta, pues, el *ni* que echaba menos el erudito comentador; más bien es un *no* lo que hace falta, junto al verbo, y lo que Cervantes rara vez omitía. Ejemplos: “... se hallaron en ella acaso (en la venta) dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años: *el uno ni el otro no* pasaban de diez y siete...” (*Rinconete y Cortadillo*, pág. 245 *b* de mi edición crítica). “... que *el mosqueo de las espaldas ni el apaleo del agua en las galeras no* lo estimamos en un cacao.” (*La Gitanilla*.) Y así era corriente decirlo: “Quédese con el freno la mula; *que ella ni yo no* habemos de comer bocado.” (Lope de Vega, *Entremés del*

les parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su
5 amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener; pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al
10 mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien también ayudó
15 á vestir y subir en el asno. Púsose luego á caballo y, llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Poeta; en las *Obras de...*, edición de la Academia, tomo II, pág. 197.) Que es como si dijéramos hoy, sin quitar ni añadir palabras y con sólo ordenarlas de otra manera: "que no habemos de comer bocado *ella ni yo*". Pero, ¿á qué me afeito en buscar ejemplos, cuando en el capítulo anterior (42, 9) hemos visto uno que viene de perlas al caso? Allí se lee: "...que *el tacto, ni el aliento...*, no le desengañaban..."

18 Los idiomas tienen, para las ocasiones, su buen humor y su picante ironía, lo mismo puntualmente que las personas. Á esto se debe que *rabón* y *pelón*, contra lo aumentativo de su desinencia, signifiquen *sin rabo* y *sin pelo*, y que el *ratón* y el *piñón* sean mucho más pequeños que la *rata* y la *piña*. Se cuenta de un inglés que preguntó en Málaga á su *cicerone* si en el puerto podría ver algún *boque-*

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía 5 que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; á lo menos, pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar. 10

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradeceróslas 15 todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden 20 y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme,

ron: el hombre imaginaba que este animal sería poco menos grande que una ballena. Asimismo *lanzón* es diminutivo de lanza: la *lanza cortilla* de que hablaba el poeta Guevara en unos versos que extracté en el cap. I (I, 48, 1).

4 *También* no significa *tampoco*. Trataremos de esto con más extensión, refutando á Clemencín, en nota del cap. XL de esta primera parte.

no hay sino decilla; que yo os prometo por la orden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mesmo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester
10 que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es ésta?—replicó don Quijote.
15 jote.

—Y muy honrada—respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí—respondió don Quijote—; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es
20 castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga; que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que
25 jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que

padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. 5

—Poco tengo yo que ver en eso—respondió el ventero—; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. 10

—Vos sois un sandio y mal hostelero—respondió don Quijote.

Y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta, sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alóngó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría; porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero y amenazóle que si no 15 20

5 Ya vimos que *cómodo* suele ser sustantivo y significa *comodidad* (I, 247, 9). Consiguientemente, puede decirse y dijo aquí Cervantes *incómodos*, en equivalencia de *incomodidades*.

le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida; porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

- 10 Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la He-

12 Se dijo *peraile*, por metátesis de *pelaire*, al oficial de la lana, que le sacaba pelo; es decir, al cardador de paños. De los de este arte, generalmente apicarados y traviesos, en especial los *finos de Segovia* —recuérdese la nota del cap. III (I, 92, 1)—, salió el llamarse de la *carda*, expresión que con frecuencia se halla en los romances jácara. En las pendencias que cualquiera de ellos promovía, acudían los demás, todos á una, como cuentan de la gente de Fuente Ovejuna, y para pedir auxilio el que de ellos se encontraba en aprieto, gritaba: “¡Aquí de la carda!” refrán legítimo de los del oficio, como lo dice el Dr. Suárez de Figueroa. (*El Passagero*, alivio IX, folio 424 v. de la edición original, 1617.)

12 En nota del cap. III (I, 94, 1) queda dicho algo acerca del Potro de Córdoba y de la fama que tenía su gente; pues bien, los *agujeros del Potro* eran de lo peorcito de ella, y así lo decía un refrán que inserta el maestro Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (página 349 a): “Cordobés, mala res: de una aguja hace tres.”

13 El barrio de la Feria, de Sevilla, se llamó así, como dijo el historiógrafo hispalense Alonso de Morgado, por “la feria harto notable de todas mercaderías, que se haze to-

ria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, 10

dos los jueves en la plaza y alrededor de la iglesia parroquial de *Omnium Sanctorum*" (*Historia de Sevilla...*, Sevilla, Andrea Pescioni y Juan de León, 1587). Tal feria data del tiempo en que fué reconquistada la ciudad. Los mozos del barrio de la Feria (*Heria*, pronunciado con aspiración andaluza) tenían ganada universal fama de bravos, como se demuestra por dos lugares de *El Rufián dichoso*, de nuestro autor: uno, de la jorn. I, en que Antonia dice de Lugo:

¿Hay más que ver que le dan
 Parias los más arrogantes,
 De la *Heria* los matantes,
 Los bravos de San Román?

y el otro, en la jorn. III, cuando fray Antonio, el antiguo trainel de Lugo, dice, recordando las mocedades de éste:

Que, por Dios, y así me goce,
 Que le vi reñir con doce
 De *Heria* y de San Román.

De la antigua *Heria* de Sevilla ha tratado mi querido amigo D. Joaquín Hazañas en su libro intitulado *Los Rufianes de Cervantes: El Rufián dichoso y El Rufián viudo* (Sevilla, 1906), págs. 238-240. También puede verse acerca de ella la nota 62 de mi edición de *Rinconete y Cortadillo* (página 377).

comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo; 5 el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y, hallándola 10 cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y pres- 15 teza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebran-

2 El meritísimo Bowle, para ilustrar esta indicación, cita tres pasajes de nuestros clásicos; el primero, de Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*, parte I, libro III, cap. I): "...comenzaron á levantarme en el aire, *manteándome como á perro por carnestolendas*"; y los otros dos, de Vicente Espinel (*Marcos de Obregón*, relación I, descanso V, y relación III, descanso X): "Miércoles de ceniza era día de mucha recolección; todo el pasado había sido alegría para los muchachos y *trabajos para los perros*."—"... me hallaron puesto al sol, *más afligido que perro manteado*."

9 *Pena*, en una de sus acepciones, significa *trabajo*, y de aquí se dijo *valer*, ó *no valer*, la *pena* una cosa, frase que tiene puesta en entredicho un excelente hablista y filólogo de nuestros días. Así, *penado* equivale en este lugar á *penoso* ó *trabajoso*.

tado, que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y, subiéndole encima, le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: 5 10 15

—Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el san-

9 “Este manteamiento de Sancho—dice Pellicer—es parecido al suceso de Fidelis, escudero de don Florando de Inglaterra, cuando yendo algo apartado de su amo, le asieron cuatro fantasmas y, levantándole en el aire, le atormentaron las carnes con tenazas encendidas, y pidiendo favor y ayuda, oyó su amo sus clamores, vuelve atrás el caballo, y mirado el triste estado de su escudero, no le socorre, excusándose con que toda aquella pesada burla era mera apariencia, y no cosa real y verdadera.”

11 Era el gabán, en los remotos tiempos de Cervantes, “capote con mangas y capilla, del qual usa la gente que anda en el campo, y los caminantes: y algunos en la Ciudad se sirven dellos por ropa de por casa”. (Covarrubias, *Tesoro*, artículo *gavan*.)

tísimo bálsamo—y enseñábale la alcuza del brebaje—, que con dos gotas que dél bebas sanarás, sin duda.

Á estas voces volvió Sancho los ojos, como
5 de través, y dijo con otras mayores:

—Por dicha, ¿hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos,
10 y déjeme á mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y
15 así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su

18 Como de las ropas se suele decir que tienen *puntas y ribetes* de tal ó cual cosa, de las pinturas malas ó medianas se decía, por no menospreciarlas del todo, que tenían *sombras y lejos* de tal ó cual pintor de los más señalados. Ambas maneras de decir pasaron por extensión á calificar otras cosas, la primera, en sentido casi siempre desfavorable; y la segunda, en bueno ó en malo, según caen las pesas.

19 El *así como* de este lugar, que vuelve á salir á los diez renglones, y que ya salió alguna otra vez, por ejemplo, en el cap. V (I, 148, 3), equivale á *luego que*. Igual significado tiene algunas veces el *como* solo; ya tendremos ocasión de notarlo en el cap. XXIV.

asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad 5 es que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, 10

8 Según el insigne gramático D. Rufino J. Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, pág. 293 de la quinta edición, París, 1907), “*echar menos* es extraña adaptación del portugués *achar menos*; y como en esta lengua *achar* significa *hallar*, la frase corresponde al *hallar menos* que se dijo en castellano hasta el tiempo de Cervantes y Valbuena”. “*Echar menos* —advierde el doctísimo filólogo— ya era usual en la primera mitad del siglo xvi, y lo usaron, por ejemplo, Valdés, *Diálogo de la Lengua*, y el maestro Venegas (*Diferencias de libros*). Cervantes usó indistintamente ambas formas: *echar menos*, en este lugar y en el cap. XL, por ejemplo; *hallar menos*, verbigracia, en el XXIII. De fines del siglo xviii acá —añade el Sr. Cuervo— ha ido extendiéndose *echar de menos*, y es hoy comunísimo en España, lo cual no quiere decir que los que hemos conservado el uso antiguo hayamos de abandonarlo.” Pero es lo peor del caso —añado yo— que los que por ignorancia dicen y escriben *echar de menos* tachan de ignorantes á los que lo decimos y escribimos razonablemente, tal como cierto sujeto que, llamándose de apellido *Benjumea*, tenía por toscos é incultos á los que no le llamaban, cómo él á sí mismo, *Benjumeda*, y tal como cierta señorita cursi que se sonrió burlonamente una vez que me oyó decir *jamugas*, y no *hamugas*, como decía ella quebrándose de fina.

que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

3 “*Ardite*: moneda de poco valor que hubo antiguamente en Castilla”, dicen los diccionarios. Pero como lo de *antiguamente* es muy vago y tanto puede hacer á tres como á seis siglos atrás, añadiremos que todavía andaban de mano en mano los *ardites* en el primer tercio del siglo xvi, á juzgar por las siguientes palabras de D. Antonio de Guevara (*Epístolas familiares*, parte I, epístola XLIV, en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo XIII, página 146 b): “El hombre avaro, aunque en estas pocas cosas toma gusto, con otras muchas pasa tormento, es á saber, si le piden dos maravedís para especias, un cuarto para candelas, *un ardite* para comprar una olla, tres blancas para verdura...”

CAPITULO XVIII

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASÓ SANC
CHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE, CON
OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmaya- 5
do, tanto, que no podía harrear á su jumento.
Cuando así le vió don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que
aquel castillo ó venta es encantado, sin duda;
porque aquellos que tan atrozmente tomaron 10
pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fan-
tasmas y gente del otro mundo? Y confirmo
esto por haber visto que cuando estaba por las
bardas del corral mirando los actos de tu triste
tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni, 15
menos, pude apear-me de Rocinante, porque me
debían de tener encantado; que te juro por la fe
de quien soy que si pudiera subir, ó apear-me,

6 Sobre el escribir con *h* harrear, como harriero, y, si salieren al paso, harre, harria y harriería, puede verse una nota del cap. II (I, 75, 2). Arrear es cosa muy diferente.

que yo te hiciera vengado, de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de la caballería, que, como
 5 ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo si pudiera, fuera ó
 10 no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso, como nosotros; y todos,
 15 según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las

✓ 2 Ya salió la palabra *follón* en el cap. III (I, 103, 6). Allí debimos notar, y aquí reparamos la falta, donde asimismo la reparó Clemencín, que *follón*, del latín *follis*, *fuelle*, significa vano, hinchado, fanfarrón. Es voz que aún andaba en uso en la segunda mitad del siglo xvi, como se echa de ver por estos versos de Juan de Castellanos (*Elegías de varones ilustres de Indias*, elegía XI, canto IV):

Los indios, que venían muy *follones*,
 Respondían las armas meneando:
 “Bien sabemos que sois unos ladrones,
 Que andáis noches y días salteando...”

3 Recuérdese el *si supiese* del cap. XII y la nota que allí queda (I, 263, 4).

bardas del corral, ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos 5 cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca 10 y de zoca en colodra, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho—respondió don Quijote—, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en 15 este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede

10 *Andar de ceca en meca* significa—y es cosa muy sabida—vagar “de una parte á otra, de aquí para allí”. *Ceca* —dice Covarrubias—se llamó “cierta casa de devoción en Córdoba, á do los moros venían en romería, y de allí se dijo *andar de Ceca en Meca*”. Cejador, en su *Diccionario del Quijote*, añade que, si bien *Ceca* en árabe es la casa de la moneda y se llamó también así la mezquita de Córdoba, por lo cual *andar de Ceca en Meca* se parece al *andar las estaciones*, á peregrinar á los dos famosos santuarios musulmanes, “hay la dificultad de que falta el artículo, pues se hubiera dicho *de la Ceca á la Meca...*” Así, cabalmente, lo dice el vulgo en Andalucía: mas, con todo esto, hay no poco que hablar de tal frase y de la que en el texto la sigue: *andar de zoca en colodra*. Quédense, pues, otros muchos datos, y lo que se induce en vista de ellos, para mi edición extensamente comentada del *Quijote*.

igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser—respondió Sancho—, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos
 5 caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media ce-
 10 lada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega
 15 el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Ésa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho—respondió don Quijote—; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las
 20 manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun po-

✓ 4 De este *después que*, equivalente á *desde que*, se trató en nota del cap. XII (I, 265, 8).

✓ 10 *Después acá* significa *desde entonces acá*. Es modo adverbial elíptico, por *después de algún tiempo acá* (*desde algún tiempo acá; de algún tiempo á esta parte*). Ambrosio de Salazar, *Espexo general de la Gramática*, pág. 2, dice: "... cuénteme algo de lo que sabe tocante á la diversidad de las lenguas, como de la suya: porque *después de algún tiempo acá*, cada vno la quiere saber..."

dría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera que tenía la virtud dicha, cortaba ⁵ como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso—dijo Sancho—, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á ¹⁰ hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos, que se los papen duelos.

—No temas eso, Sancho—dijo don Quijo- ¹⁵ te—; que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el

² Aquí se refiere D. Quijote á Amadís de Grecia, llamando *el Caballero de la Ardiente Espada* por lo que indiqué en nota del cap. I (I, 57, 12).

⁵ Hartzenbusch en sus dos ediciones y Benjumea en la suya leyeron “fuera *de* que tenía”. Leyeron mal: *fuera* está dicho por *salvo*, ó aparte: “porque, *eso fuera...*” ó “porque, *salvo* que tenía la virtud dicha...”

¹³ Es como si dijera: “y á los escuderos, que los parta un rayo”. “Y á mí, *que me papen duelos*, dicese cuando no meten en cuenta de comodidades á alguno.” (Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, pág. 143 a.) También solían decir, en los mismos casos: *Y yo, que te rite*. Para que el lector vea en cuáles se usaba la locución del texto, citaré dos ejemplos siquiera. Quiñones de Bena-

camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo:

—Este es el día ¡oh Sancho! en el cual se ha
5 de ver el bien que me tiene guardado mi suerte;
éste es el día, digo, en que se ha de mostrar,
tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo,
y en el que tengo de hacer obras que queden
escritas en el libro de la Fama por todos los ve-
10 nideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí
se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un
copiosísimo ejército que de diversas é innume-
rables gentes por allí viene marchando.

vente, en el *Entremés de los coches* (*Entremeses de...*, tomo II, pág. 202):

D.^a QUITERIA. Escoja de las dos la que quisiere,
Y reviente la otra con sus celos.

ANTONIA. Bien; y á nosotras, que nos papen duelos.

Ruiz de Alarcón, *Siempre ayuda la verdad*, acto último (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XX, pág. 247 b):

TELLO. Con el debido respeto
Te abrazo, señora mía;
Pero ha de ser desde lejos.

BEATRIZ. Abrácelo todo allá,
Y acá, que nos papen duelos.

✓ 7 Tanto como en otro alguno está dicho en el significado de *tanto como en el que más*.

11 Á Clemencín le pareció *cuajada* "error de imprenta, por *causada*", y Hartzenbusch en la segunda edición de Argamasilla aceptó la conjetura y enmendó el texto. A haberse percatado de que el *es* se dijo, á la italiana, por

—Á esa cuenta, dos deben de ser—dijo Sancho—; porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó, sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba, ó hacía, era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle:

—Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote—. Favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por

está, no se les hubiera hecho de extrañar la locución. “La calle *estaba cuajada* de gente”, “el rosal *está cuajado* de rosas”, son frases correntísimas.

nuestra frente le conduce y guía el gran emperador Alifanfarón, señor de la grande isla

2 Advierte Clemencín que “Cervantes fué feliz en la formación de nombres ridículos, como éste, el del gigante *Caraculiambro*, la insula *Malindrania...*”, etc. Pero bien pudo advertir asimismo que, por lo que se vislumbra, y á las veces se ve claro, los tales nombrecitos no dejaban de tener su sal y su pimienta. Del del gigante *Caraculiambro* ya indiqué en nota del cap. I (I, 64, 9) lo que buenamente podía indicarse. De *Alifanfarón* dice Cejador que es “nombre bien inventado, con *Alí*, famoso entonces entre los turcos, y *fanfarrón*”. Comienza aquí la enumeración de una cáfila de personajes no tan fantásticos como muchos piensan; pues, á lo que sin pecar de visionario puede colegirse, envuelven alusiones á otros sujetos de carne y hueso á quienes Cervantes conoció, ó de quienes tuvo noticia. D. Aureliano Fernández-Guerra, “dando rienda suelta á la fantasía y acentuando algunas conjeturas”—tales son sus palabras—, probó á descubrirlos y revelarlos, bien que en esta difícil empresa no fuese, ni con mucho, tan buena su fortuna como su deseo. Primero en la revista intitulada *La Concordia*, y después, adicionado y retocado, en apéndice del tomo I del *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, que con los apuntamientos de Gallardo formaron los Sres. Zarco del Valle y Sancho Rayón, vió la luz el curiosísimo trabajo de Fernández-Guerra (*Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina...*), en cuyo capítulo IV, intitulado *Algunos datos para ilustrar el “Quijote”*, se asientan cosas muy peregrinas, que puede ver el lector discreto leyendo esa monografía, escrita habilísimamente, como de tal mano. La crítica sería y reposada, empero, no ha dado por buenas tan atrevidas conjeturas, y quedóse el campo á matas y por rozar, como se estaba; y aun se dificultó más y más la tarea para cualquier nuevo investigador, ya porque el no acertar uno difunde la presunción de que no acertarán otros, ya porque, por lo común, en este linaje de investigaciones cada cual tiene por bueno el resultado de las propias, si alguna vez las hizo, y por malo el de las ajenas; que á nada como á esto puede aplicarse aquella sentencia: *parva propria, magna: magna aliena, parva*. También yo eché mi cuarto á espadas en esto del inquirir y conjeturar,

Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

5

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores?—preguntó Sancho.

—Quiérense mal—respondió don Quijote—porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y, además, agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.

15

—¡Para mis barbas—dijo Sancho—, si no

y pendiente de los últimos retoques tengo ha no pocos años un folleto que intitularé: *Timonel de Carcajona y Espartafilardo del Bosque, disquisición histórico-literaria*; aunque no me fué tan bien con la publicación de *El Loaysa de "El Celoso extremeño"*, que quedara engolosinado para sacar á luz otros estudios semejantes.

1 Así, *Trapobana*, solía decirse; pero es *Taprobana*, nombre que se dió en lo antiguo á la isla de Ceilán.

16 Se jura por lo que se adora ó se estima: por Dios, por la vida, por la salud, por las personas amadas, etc., y las barbas propias eran cosa de mucho aprecio. De ahí, amén de los antiguos ejemplos que citan los anotadores del *Quijote*, el echar á la buena barba el pago de lo que entre varios amigos ó camaradas se comía ó se bebía, como veremos más adelante (p. II, 20). Que en los juramentos *para* equivale á *por* ya quedó indicado en nota del cap. V (I, 144, 14).

hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere!

—En eso harás lo que debes, Sancho—dijo don Quijote—; porque para entrar en batallas
5 semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso—respondió Sancho—; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante
10 caballería no creo que está en uso hasta agora.

—Así es verdad—dijo don Quijote—. Lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedo-
15 res, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más prin-

15 “Conviene observar—escribe D. Andrés Bello (*Gramática*, 11.^a edición, con notas de Cuervo, § 983)—que con los verbos que significan temor, expresado el *que* anunciativo, es negativa ó no la proposición subordinada, según lo sea lo que se teme... Al paso que, callado el *que*—como en el pasaje del texto—, el objeto positivo puede llevar la negación de la misma manera que el negativo: “*Temíase no fuesen* socorridos los enemigos” significa, pues, lo mismo que *temíase fuesen*. Lo dicho se extiende á todos los verbos y frases subordinantes que llevan implícita la idea de temer: “Serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun *corre peligro* Rocinante *no le trueque* por otro” (Cervantes). Este *no*, al parecer superfluo, hace más elegante la frase, y aun á veces (como en el último ejemplo) haría falta.”

cipales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, 5 desde la cual se vieran bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz 10 levantada comenzó á decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el 15 otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembu, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso 20 Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó 25

13 *Jalde* equivale á amarillo encendido. Es voz que hoy apenas se usa sino en la heráldica; pero en el siglo xvii empleábanla con frecuencia los pintores, verbigracia, Francisco Pacheco, en su *Arte de la Pintura* (Sevilla, 1649).

de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas parti-
 5 das á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, se-
 10 gún se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caba-
 15 llero novel, de nación francés, llamado Pierres

✓ 12 Se daba el nombre de *alfanas* á las yeguas muy altas y fuertes, y, como nota Bowle, citando algunos ejemplos, en los poemas caballerescos la *alfana* es generalmente cabalgadura de un gigante.

15 Llamaban Pierres Papín en el último tercio del siglo xvi á cierto francés jiboso que tenía tienda de naipes en Sevilla, en la calle de la Sierpe, todo lo cual consta por un pasaje de *El Rufián dichoso* de Cervantes, jorn. I:

UNO. En la cárcel; ¿no entrevan?

LUGO. ¿En la cárcel?

Pues ¿por qué la llevaron?

UNO. Por amiga

De aquel *Pierres Papín* el de los naipes.

MÚSICO 1.º ¿Aquel francés jiboso?

UNO. Aquése mismo,

Que en la cal de la Sierpe tiene tienda.

Aludiendo á este pasaje, escribí en el *Discurso preliminar*

Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por 5 empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se 10 imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la

de mi edición de *Rinconete y Cortadillo*, pág. 121: "... allí [en Sevilla] y en aquel tiempo [1564-65] hubo de conocer [Cervantes] con humilde tiendecilla de naipes en la calle de la Sierpe, cerca de las casas en que respectivamente vivían el ínclito doctor Monardes y el doctor Cristóbal de la Cuadra, notable cirujano, maestro de Bartolomé Hidalgo de Agüero, á aquel maese Pierre, francés, jiboso, á quien había de aludir, tiempo andando, en una de sus comedias, añadiéndole el apellido *Papín*, recordatorio del Nicolás Papín á quien solía atribuirse la invención del funesto *libro de las cuarenta hojas...*"; y en la nota correspondiente, por un antiguo padrón de la moneda forera, puse en claro que la tienda de *maese Pierre*, que así se le nombra en él, estuvo en el último tramo de la calle de la Sierpe, desde la calle del Azofaifo á la Cámpana. En otras obras de principios del siglo XVII se habla de *Pierre* ó *Pierres Papín*; pero el esclarecer más este punto no es para el poco espacio de que ahora dispongo.

✓ 4 En la heráldica se entiende por *veros*—dice el *Diccionario* de la Academia—"los esmaltes que cubren el escudo en figura de campanillas alternadas, unas de plata y otras de azur y con las bocas opuestas".

imaginación de su nunca vista locura, y, sin parar, prosiguió diciendo:

—Á este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los
5 que beben las dulces aguas del famoso Xanto;

1 Esta enumeración de guerreros más ó menos fantásticos, tan abundante en pomposos pormenores, quizá fué hecha para burlar de Lope de Vega, que escribió otra tan rimbombante y campanuda en el libro III de *La Arcadia* (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XXXVIII, pág. 85). Copiaré algo de ella, y cuenta—*swum cuique*—que esta observación no es mía, sino de mi querido maestro y amigo el Sr. Menéndez y Pelayo. Va diciendo Dardanio á Anfriso, al mostrarle “algunos mármoles, retratos de personas ilustres, de ellas que ya han pasado, y de ellas que aún no han nacido”: “... Este de espantoso rostro, barba erizada y negra, vestido bárbaro y fiereza nunca vista, es el rey de los scitas, tirano de Sarcamanda y Tamorlán famoso... Este ligero que sobre aquel caballo juega la espada, y en cuyo pavés resplandecen diecinueve castillos en campo rojo, es el leonés Bernardo del Carpio... Aquel que en la una mano tiene una aguijada florida y en la otra un cetro de oro, es el godo Vamba, á quien España debe los principios de su policía y aumento de su cristiana iglesia... Aquel que de la mano tiene una hermosa mujer con dos coronas de oro, y una ciudad á los pies, es el aragonés rey D. Fernando, y ella la castellana Isabel, heroica entre mujeres ilustres, y único milagro al mundo de fortaleza y prudencia. Este valeroso caballero de armas negras y doradas, con el tonelete bordado de banderas y pendones, es el invencible cordobés D. Gonzalo Fernández, que llamaron *el Grande* tantas naciones, por sus grandes y celebrados hechos... Este de las bandas verdes y rojas, hasta en los paramentos del caballo, es el invencible caballero, descendiente de los jueces de Castilla, Pero González de Mendoza... Aquel, finalmente, cuya cabeza cana adornan las siempre verdes hojas de la ingrata Dafnes, por tantas victorias merecidas, es el inmortal soldado D. Fernando de Toledo, duque de Alba...”

5 El *Xanto* es un río de Troya, que celebraron Homero y Virgilio.

los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pacto- 5 tolo; y los númeridos, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como

1 Hartzenbusch en las dos ediciones de Argamasilla y Benjumea en la suya leyeron: "*los que pisan los montuosos masílicos campos*", dando al adjetivo *montuosos* otro lugar que el que tiene en todas las ediciones. Creemos acertada la enmienda, porque, como observa Clemencín, "*montuosos* se dice de los sitios, y no de los habitantes: éstos son *montañeses*". Y si no *montañeses*—adjetivo que se refiere á *montañas* y no á *montes*—, *monteses*; pero nunca *montuosos*.

1 "Los *masílicos* — dice Clemencín — eran pueblos de África, y darían nombre á los campos á que D. Quijote dió el nombre de *masílicos*."

2 El Sr. Fitzmaurice-Kelly, siguiendo así á la edición príncipe, lee *cubren*, en lugar de *criban*, y dice en la nota: "*¿Cubren*, errata por *cobran*? *Cribar* "*oro finísimo y menudo*" sería perderlo."

4 Va nombrando D. Quijote algunos ríos cuyos nombres había leído en sus estudios de humanidades. Del Termodonte habla Virgilio en la *Eneida*; del dorado Pactolo (*dorado*, por sus arenas de oro), el mismo Virgilio, Juvenal y otros poetas.

8 Lo del *pelear huyendo* no conviene á los medos, sino á los partos, como explica Clemencín.

9 Con esto de *mudables casas* alude á la cualidad de nómadas de los árabes.

9 Muchos de los pueblos de los scitas eran antropófagos.

blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En esto-
 5 tro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los
 10 tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la

5 Al llamar *olivífero* al Betis recordaba Cervantes aquel sabido verso de un epigrama de Marcial:

Betis olivifera crinem redimite corona.

7 Llama *dorado* al Tajo, lo mismo que poco antes al Pactolo, y por la misma causa. D. Juan de Arguijo nombró juntos á entrambos ríos en su célebre soneto *Al Guadalquivir*:

Tú á quien ofrece el apartado polo,
 Hasta donde tu nombre se dilata,
 Preciosos dones y luciente plata
 Que envidia *el rico Tajo y el Pactolo*...

9 Parece referirse á los campos de Tarifa, llamada *Tarteso* por los habitantes de la antigua Bética.

10 Espinel, en su *Vida de Marcos de Obregón*, relación I, descanso XIV, se hace eco de la añeja y vulgar creencia de que los *campos eliseos* estaban próximos á Jerez de la Frontera, vana opinión que se originó probablemente del parecido que el río *Guadalete*, por su nombre, guarda con el *Leteo*, que rodeaba los dichos famosos campos.

En los eliseos jerezanos prados
 es un verso endecasílabo caído por casualidad de la pluma. ó quizás recordado de alguna poesía, propia ó ajena.

12 En esto de *los vestidos de hierro* alude visiblemente á los vizcaínos, por el mucho hierro que tienen y labran.

sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la masedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío 5 del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una, 10 con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la 15 cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubría á ninguno, le dijo:

—Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced 20

5 Del *escondido curso* del Guadiana habrá ocasión de hablar más adelante.

6 *Silvoso*, dicho de *selva*, *silva* en latín, y no de *silbar*, como entendió malamente Pellicer.

7 Después de haber llamado *silvoso* al Pirineo, por natural asociación de las ideas, nombró Cervantes el Apenino. Debióse probablemente á que recordaría aquel verso del *Orlando furioso* de Ariosto:

Del silvoso Appenin tutte le piante.

14 De la locución *colgado de sus palabras* queda nota en el cap. VIII (I, 210, 13).

dice, que parece por todo esto; á lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso?—respondió don Quijote—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa—respondió Sancho—sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes—dijo don Quijote—te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole:

—Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote; que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero al-

✓ 12 *Oyas*, que hoy decimos *oigas*. Véase una nota del cap. X (I, 241, 12).

guno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace, pecador soy yo á Dios!

Ni por ésas volvió don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:

5

—Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

10

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas, con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dabanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo á todas partes, decía:

15

20

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Ven-te á mí; que un caballero solo soy, que desea, de

3 ¡Pecador soy yo á Dios!... es una exclamación equivalente á ¡pecador de mí! que sale en el cap. V (I, 138, 15). En la segunda parte, cap. XLVI: "No es eso, ¡pecador fui yo á Dios!"

✓ 12 Al verbo *comenzar* se solía dar en lo antiguo el régimen *de*, en lugar del que se le da ahora, que es *á* y con el cual ocurre seis renglones más abajo.

solo á solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó, sin duda, que estaba muerto ó malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; 10 mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza, tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole, de camino,

2 Advierte Clemencín que “en la designación de este nombre pudo tener parte alguna reminiscencia de Cervantes, nacida de la lectura del poeta castellano Juan de Mena, en cuya copla 50 se encuentran los dos nombres de *Pentapolín* y de *Garamanta*”.

4 Como aquí *peladilla*, *almendra* llama Cervantes al *guijarro* pocos renglones después, y *sopa de arroyo* en otro lugar (p. II, 11). Los tres son nombres populares corrientes. También se llamaba á estas piedras arrojadizas *lágrimas de Moysén*.

11 *Almendra*, por el parecido que tienen algunos guijarros, en lo lisos, en lo blancos y en lo ovoides, con las peladillas ó almendras confitadas. Así Amaro, loco donosísimo, famoso por los sermones que predicaba en las calles de Sevilla á fines del siglo XVII, acabó uno del Domingo de Ramos aludiendo á cierto muchacho torerete que estaba con poca devoción entre su auditorio: “Un avemaría por aquel chulo que ha estado haciendo burla de la palabra de Dios, que le dé una vuelta un toro en el Matadero. ¡Aguarda, colegial de la gandinga, y te abriré la corona con una *almendra* de las cinco de David! ¡Aguarda, que allá voy!”

tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero; y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores y cre- 5 yeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la 10 cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la 15 cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros? 20

—Como eso puede desaparecer y contrahacer

21 Ni esta frase es admirativa, ni hay para qué acentuar ese *como*, aunque así no lo entendiera el Sr. Cortejón. La locución que aquí sale no es de la misma naturaleza que aquella *¡Como eso no habrá llegado!*, que salió en el cap. XIII (I, 299, 6), y en la cual el mismo anotador también acentuó el *como*. *Como eso* en el caso presente significa, sin énfasis ni nada que se le parezca, *cosas tales como ésas*. Véase en algunos ejemplos: El doctor Suárez de Figueroa, *El Pasajero*, alivio VI: “Yo hablaré al señor Te-

aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo
 5 había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida,

niente y negociaré su soltura. *Como de esso sabré alcançar, si fuere menester.*” En el *Romancero general*, sexta parte, fol. 194 v. de la edición de 1604:

Díjete que si quería
 Servirse de aquel criado,
 Y respondiome con brío:
 “A fe, ¿burla el muy picaño?
Como á esos picarones
 Estamos acá avezados”;

que es como si dijera: *A picarones como esos...* Lope de Vega, en el acto último de *Los peligros de la ausencia*:

D.^a BLANCA. Pedro vino y me abrazó,
 Los brazos, Inés, caídos;
 Y un hombre que en los abrazos
 Tiene caídos los brazos,
 Lejos tiene los sentidos.
 Sin esto, no preguntó
 Por sus hijos, ni aun hablaba
 En la cruz que le adornaba
 El pecho que me negó.
Como eso en ausencia pasa;
 De que yo presumo, Inés,
 Que fué á traer la de Uclés
 Y dejar la de su casa.

Y, en fin, el mismo Lope, en *La esclava de su galán*, acto I:

PEDRO. Buenos quedamos.

D. JUAN. ¿Qué quieres?

Como eso los hombres pasan
 Por amor.

porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como 5 yo te los pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. 10

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca; y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, 15 cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María!—dijo Sancho—y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por 20 la boca.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que, revol- 25 viéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de

las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á
5 su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse, en esto, don Quijote y, puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le aca-
10 basen de salir los dientes, asíó con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fué adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la
15 mejilla, en guisa de hombre pensativo además.

4 Recuérdese lo dicho acerca de este *de*, redundante hoy, en notas de los caps. II y IV (I, 69, 14 y 121, 4). Y no holgará decir que este *de* es aquel mismo á que se refería Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua*: “una *de* que se pone demasiada y sin propósito ninguno, diciendo: “No os he escrito *esperando de enviar*”; donde estaría mejor, sin aquel *de*, decir “*esperando enviar*”. Ya hemos visto que Cervantes emplea muy frecuentemente este *de*: aquí Sancho propone en su corazón *de* dejar á su amo; y allí Martines promete *de* rezar un rosario (p. I, 27); y allá, en *Persiles y Sigismunda* (lib. I, cap. II), Arnaldo ha ordenado *de* vender á Taurisa...; y acullá (*La Galatea*, lib. I) Elicio jura á Galatea *de* no llevar su ganado adonde ella esté con el suyo. Pero tomado en cuenta lo que en las mencionadas notas queda dicho, se echa de ver claramente que tales *des* no sobrarían, á haberse escrito *hacer propósito*, y no *proponer*; *hacer promesa*, y no *prometer*; *dar orden*, y no *ordenar*; *hacer juramento*, y no *jurar*.

Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así, que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no? — respondió Sancho —. Por ventura, el que ayer mantearon, ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

8 Es esta frase un tópico de la filosofía vulgar, que anda entre las gentes aun en forma de coplilla (núm. 6.824 de mi colección de *Cantos populares españoles*):

Por cosas de este mundo
Nunca te apures;
Que no hay bien que no acabe,
Ni mal que dure.

16 Para Covarrubias, *alhaja* es “lo que comúnmente llamamos en casa colgaduras, tapicería, camas, sillas, bancos, mesas”. Para el *Diccionario* llamado *de autoridades*, *alhaja* es “nombre genérico que se da á cualquiera de las cosas que tienen alguna estimación y valor”; y como para Sancho tenían mucho las cosillas que llevaba en las alforjas, de aquí el que las llamase *alhajas*.

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho?—dijo don Quijote.

—Sí que me faltan—respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos que comer hoy

5 —replicó don Quijote.

—Eso fuera—respondió Sancho—cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados an-

10 dantes caballeros como vuestra merced es.

—Con todo eso—respondió don Quijote—, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aun-

✓ 12 “*Aína*—dice Covarrubias—, palabra bárbara, muy usada, con que damos priesa á que se haga alguna cosa; vale lo mesmo que *presto*. Proverbio: La muger y la gallina, por andar se pierden *ayna*.” Asimismo suele significar *fácilmente*.

✓ 12 Hasta ahora los anotadores del *Quijote* no han sabido decir qué fuera *un cuartal de pan*. Bowle copió á Covarrubias, que sólo dice: “*Qvarial*, cierto peso en el pan.” Clemencín se limitó á decir: “*Cuartal* es la cuarta parte.” ¡Estamos enterados! Y los demás, que yo recuerde ahora, ni una palabra: el Sr. Cortejón trae no menos de nueve ejemplos de *ána*, adverbio que ni duda ni dificultad ofrece; pero del *cuartal de pan* nada dice, como si fuera cosa llana de entender. Para el *Diccionario* de la Academia, *cuartal* es “pan que regularmente tiene la cuarta parte de una hogaza ó de otro pan”; y como *hogaza*, según el mismo léxico, es “un pan grande que pesa *más de dos libras*”, y no se indica cuánto más, cate el lector que nos quedamos sin saber cuánto pesa la cuarta parte, ó, lo que es lo mismo, cuánto pan tomara de buena gana D. Quijote. Si como era man-

que fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como anda- 5 mos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. 10

—Más bueno era vuestra merced—dijo San-

chego y andaba por la Mancha hubiese sido zamorano y andado por tierras de Benavente, otro gallo nos cantara, porque allí los panes grandes se llaman *hogazas de ocho libras*, y los pequeños, *hogazas de cuatro libras*, y *cuartales*, los que pesan dos, así como *libretas* y *medias libretas*, respectivamente, los de una y media libra.

1 *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos, traducido de lengua Griega en la vulgar Castellana é ilustrado con claras y sustanciosas Anotaciones, y con las figuras de innumerables plantas exquisitas y raras, por el Doctor Andrés de Laguna...* Hay diversas ediciones de este libro anteriores á la publicación del *Quijote*. Yo me sirvo de una posterior (Valencia, Claudio Macé, 1651).

10 Es traducción literal del Evangelio de San Mateo (V, 45): *Solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos*. La primera parte de este dicho proverbial anda con frecuencia en los labios del vulgo, y ligeramente variado en un refrán: "Cuando Dios amanece, para todos amanece." De las uvas decía Fr. Pedro Beltrán, dominico, en su poema inédito *La Caridad Guzmaná*, escrito por los años de 1612:

Fruta, como el sol, que nace
Para el bueno y para el malo.

cho—para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían, y han de saber, los caballeros andantes, Sancho—dijo don Quijote—; por-
 5 que caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la plu-
 10 ma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice — respondió Sancho — ; vamos ahora de

7 *Campo real* es *real* ó *campamento*, y el texto no ofrece la dificultad que imaginaron algunos anotadores, ni mucho menos ha menester la enmienda que hizo la edición de Londres de 1738 (“en mitad de un *camino* real”) y parecía plausible á Clemencín.

10 Que *la ciencia*, ó *las letras*, *no embotan la lanza* es frase proverbial que incluye Correas en su *Vocabulario de refranes*, pág. 547 a. Así se ha dicho y repetido por muchos escritores. Barahona de Soto, al fin de su *Fábula de Vertumno* (pág. 637 de mi libro acerca de este poeta):

Y, siguiendo la ordenanza
 Que á ninguno ha echado en mengua,
 Mostró en la amorosa danza
Que la delicada lengua
Jamás embotó la lanza.

Allí puse esta nota: “Expresión proverbial, usada á menudo por nuestros escritores: “*La sciencia non embota el fierro de la lanza*, nin faze floxa la espada en la mano del “caballero.” (El Marqués de Santillana, prólogo de sus *Proverbios*.) En el *Diálogo de la Lengua* dice Valdés á Torres: “¿No habéis oído decir que *las letras no embotan “la lanza?”* Y Julián del Castillo, en su *Historia de los Reyes Godos*: “*Letras no embotan las armas*, según dice el “proverbio vulgar, y es verdadero.”

aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni malos encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

5

—Pídeselo tú á Dios, hijo—dijo don Quijote—, y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atíéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan 10 deste lado derecho, de la quijada alta; que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro—respondió don Quijote—, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor—respondió Sancho.

20

—Digo cuatro, si no eran cinco—respondió don Quijote—; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

25

—Pues en esta parte de abajo—dijo Sancho— no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni nin-

guna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo!—dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba—; 5 que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. Mas 10 á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube, amigo, y guía; que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin sa- 15 lir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho 20 entretenerle y divertille diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

✓ 15 *Seguido*, en su acepción de *derecho*: “que está en línea recta”, dice el léxico de la Academia Española. Juan de la Cueva, *El saco de Roma y muerte de Borbón*, jornada II:

AVENDAÑO. Este camino tomemos,
Que es más cerca y más *seguido*,
Y el robo que emos avido
Entre los dos lo carguemos.

CAPITULO XIX

DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHE PASABA
CON SU AMO, Y DE LA AVENTURA QUE LE SU-
CEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS
ACONTECIMIENTOS FAMOSOS.

5

—Paréceme, señor mío, que todas estas des-
venturas que estos días nos han sucedido, sin
duda alguna han sido pena del pecado come-
tido por vuestra merced contra la orden de su
caballería, no habiendo cumplido el juramen- 10
to que hizo de no comer pan á manteles ni con
la reina folgar, con todo aquello que á esto se
sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta

11 Nota Clemencín que “desde que D. Quijote hizo el juramento de que se trata, que fué después de la batalla con el vizcaíno, no ha contado la historia que hiciese cosa alguna en que lo quebrantase”. Y, advertido, lo demuestra con mucho pormenor. Tiene razón, que le sobra; pero así pensaba Cervantes en estas menudencias cuando escribía su libro como en las nubes de antaño.

quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho —dijo don Quijote—; mas, para decirte verdad, ello se me
5 había pasado de la memoria; y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda; que modos hay de composición en la orden de la
10 caballería para todo.

—Pues ¿juré yo algo, por dicha?—respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado —dijo don Quijote—: basta que yo entiendo que de
15 participantes no estás muy seguro, y, por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así—dijo Sancho—, mire

15 Tanto lo de los *modos de composición* como lo de *no estar muy seguro de participantes* está dicho metafóricamente y por reminiscencia de las *bulas de composición* que da el Comisario general de Cruzada á los que poseen bienes ajenos, cuando no saben quién sea su dueño, y de la excomunión en que incurren los que tratan con el excomulgado declarado ó público. De lo primero quizá no sabría mucho Cervantes; pero sí, á no dudar, de lo segundo, porque sus malaventuradas andanzas en la saca de bastimentos para las galeras reales le echaron encima dos excomuniones, la una, bien conocida de los curiosos, por haber sacado cierto trigo de personas eclesiásticas, almacenado en Ecija, y la otra, recientemente descubierta por mí, “en Razon de aver preso a vn onbre que dizen ser sacristan de la villa de Castro el Río”.

vuestra merced no se le torne á olvidar esto, como lo del juramento: quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.

5

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre; que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fué que la noche cerró con alguna oscuridad; pero, con todo esto, camina-
ban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas, de buena razón hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, ma-

10

15

20

25

yores parecían; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo:

- 5 —Ésta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! —respondió Sancho—: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean —dijo don Quijote—, no consentiré yo que te toquen en el
15 pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

2 *Temblar como un azogado* es una comparación muy popular, nacida del efecto que hace el azogue en los que trabajan en sus minas. Así decía Juan de Mena en sus *Coplas contra los siete pecados capitales*:

Amarillo hace el oro
Al que sigue su minero,
Y temblador el thesoro
Del azogado venero.

14 Las tres ediciones de Cuesta, las dos primeras de Lisboa y algunas otras, dicen *que te toque en*, por omisión mecánica de una *n*, para evitar la repetición “toquen en”. Véase mi tratadillo de *Las erratas tradicionales del Quijote*, que saldrá á luz á la par que el presente volumen.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron —dijo Sancho—, ¿qué aprovechará estar en campo abierto, ó no?

—Con todo eso —replicó don Quijote—, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la 5 experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place —respondió Sancho.

Y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de 10 aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tie- 15 ne frío de cuartana; y creció más el batir y den-

12 *Encamisada*—dice Covarrubias, artículo *camisa*—es “el Santiago que se da en los enemigos de noche, cogiéndolos de rebato, y porque se conozcan los que van á dar el asalto, y se distingan de los enemigos, llevan encima de las armas vnas camisas”. *Encamisados* se llamaba á los que iban en la *encamisada*, y por parecérseles en ir de blanco (con sobrepellices) y en ser de noche, llama Cervantes *encamisados* á los que así y á tales horas caminaban. También se llamaba *encamisada*, según Covarrubias, “la fiesta que se haze de noche, de a cavallo, de repente, sin sacar libreas ni llevar orden de máscara”, acepción que se comprueba por el comienzo de la relación de una fiesta de sortija celebrada en la capital de Parinacocha (Perú) por los años de 1607: “Luego questa nueba se entendió se hizo una *encamissada*, donde salieron mas de quarenta de a caballo...” (Pág. 98 de mi libro intitulado *El “Quijote” y Don Quijote en América*, Madrid, 1911.)

tellear cuando distintamente vieron lo que era; porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera
5 cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas; que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí, con una voz baja y com-
10 pasiva. Esta extraña visión, á tales horas y en

6 No se crea que eran estos lutos más largos de lo que se usaba llevarlos en las fiestas y ceremonias de carácter funeral. En la relación del entierro del Marqués del Gasto, capitán general en Italia del emperador Carlos V (1546), contada por el Gallo en *El Crotalón* de Christoforo Gnosopho, canto XI (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, tomo VII, págs. 185 y siguientes), puede verse hasta dónde se había llegado en este punto; á cada paso hay referencias como las siguientes: “Cerca destos venían dos capitanes a pie *con lobs de luto con faldas muy largas rastrando y capirotos en las cabezas...*” “...yba vna persona muy honrrada con una gran loba de luto..., *en vna mula guarnecida de luto hasta tierra...*” “A este seguían çinco cauallos honrrados con lobs de luto y capirotos en las cabezas a cauallo, *cubiertos los caballos de paño negro hasta tierra*, que no se veyan sino los ojos...” He aquí por qué, enlutando de esta manera las cabalgaduras, D. Quijote y Sancho sólo por el sosiego con que caminaban echaron de ver que no eran caballos, sino mulas, los cuadrúpedos en que iban los seis enlutados. Algo de aquello ha quedado hasta nuestros días: una comparación popular: “Más *cumplio* que un luto: se dice del hombre cumplimentero ó demasiado cortés, jugando del vocablo en esta acepción y la de *largo*, que convenía á los antiguos lutos (mantos, lobs, etc.).” (Pág. 43 de mi libro intitulado *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas*, Sevilla, 1899.)

tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto á don Quijote; que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual ⁵ en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquélla era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero, ¹⁰ cuya venganza á él solo estaba reservada, y, sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y ¹⁵ cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, ó quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, ó vos- ²⁰ otros habéis fecho, ó vos han fecho, algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecis-

1 A juicio de Clemencín, “la palabra *tal* está de más y debió suprimirse”. No entendió que la frase quiere decir: “y en tal despoblado *como aquél...*”, que es lo mismo que si dijera: “y en un despoblado, como era aquél, bien bastaba...”

tes, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

—Vamos de priesa —respondió uno de los encamisados—, y está la venta lejos, y no nos
5 podemos detener á dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula, pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno, dijo:

10 —Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que, alzándose en
15 los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á don Quijote; el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enris-
trando su lanzón, arremetió á uno de los enlu-
20 tados, y mal ferido dió con él en tierra; y revol-
viéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían na-

22 Hoy, escribiendo, diríamos *la presteza con que*, y no con *la presteza que*; pero, hablando, los no muy redichos solemos decirlo á la antigua, como lo escribían Cervantes y todos los autores de su tiempo. Este lugar del texto es muy parecido á aquel otro, “y porque veais, señor, *en el término que* le tenían sus desventuras...”, que sale en el cap. XIII y acerca del cual puse nota (I, 304, 25).

cido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podían mover; así que, muy á su salvo, don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

15

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: “Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.” Estaba una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver don Quijote; y, llegándose á él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría. Á lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrile-

25

gio: que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí —dijo don Quijote—, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? —replicó el caído—. Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza —dijo don Quijote—, si no me satisfacéis á todo cuanto
10 primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho—respondió el Licenciado—; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome

13 Dice D. Rufino J. Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, pág. 273 de la 5.^a edición): “Del uso frecuentísimo de *en* para señalar el tiempo (*en ese momento, en aquellos días, en el siglo pasado*) se origina el anteponer esta partícula á adverbios que sin ella tienen tal significación: *endespúes, enantes, endenantes, enenantes*. Los tres primeros son hoy vulgares en España; el simple *denantes*, corriente en tiempo de Cervantes, ha caído en desuso, ó se ha aplebeyado.” La Academia lo pone como anticuado en su léxico, pero entre los campesinos de Andalucía son muy usuales *denantes, enenantes y endenantes*.

14 Era frecuentísimo en tiempo de Cervantes llamarse licenciados todos los que lo parecían por el traje. Por eso decían: “El hábito le hace licenciado”, como se echa de ver por estas palabras de *La Lozana Andaluza*, mamotreto XXXI:

“LOZANA.—... como hizo la de los Ríos, que fué aquí en Roma peor que Celestina, y andaba á la romanesca vestida con baticulo, y entraba por todo, y *el hábito la hacía licenciada*, y manaba en oro...” Así, entre que, en realidad de verdad, salía demasiada gente de las universidades, y

Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

eran muchos más los que á sí mismos se graduaban, autorizándose con unas reverendas de licenciado, bien pudo escribir, como escribió, el donairoso toledano Sebastián de Horozco (*Cancionero de...*, pág. 45 a):

Que ya, por nuestros pecados,
es tan común bastimento,
que son tantos los llamados
doctores y licenciados,
que de serlo me arrepiento.

1 Preguntaba Clemencín: ¿Por qué se le señaló aquí por patria al bachiller Alonso López, Alcobendas más bien que otro pueblo?" Y añadía: "Quizá envolvió alguna alusión de las que ya se ha dicho que contendrá probablemente el libro de Cervantes, y serían fáciles de explicar en su tiempo." Algo tengo yo que agregar como fundamento de esta razonable sospecha; pero falto ahora del espacio que para ello he menester, "quédese para mañana", como el cuento del portugués, de Baltasar del Alcázar.

9 Dice que murió en Baeza, en lugar de decir en Úbeda, si, como parece, y conjeturó D. Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Cervantes* (Madrid, 1819, páginas 77 y siguientes), dió origen y ocasión á esta aventura del cuerpo muerto la sigilosa traslación que en 1593 se hizo del cadáver de San Juan de la Cruz desde la ciudad de Úbeda, en donde murió y estaba sepultado, á la de Segovia, adonde le llevó un alguacil, á quien, por lo que se contaba, habían sucedido en el camino muy temerosos percances, tales como aparecérsese un hombre que á grandes

—Y ¿quién le mató?—preguntó don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, —respondió el Bachiller.

—Desa suerte —dijo don Quijote—, quitado
5 me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mismo
10 me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

15 —No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos—dijo el Bachiller—, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en
20 mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado

voces dijo: “¿Adónde lleváis el cuerpo del Santo? Dejadlo donde estaba.” Benjumea, por lo de las *calenturas pestilentes* de que después se habla, creyó que en este lugar se alude á la muerte de D. Juan de Austria, que falleció á causa de un tabardillo. Tal conjetura no tiene buen fundamento, pues, como dice el Sr. Cortejón, no puede aludir á don Juan de Austria este citar nombres de poblaciones, “que sólo con la mudanza de un pormenor histórico, única alteración novelesca, son aplicables al austero y perseguido reformador carmelita”. San Juan de la Cruz no había nacido en Segovia, sino en Fontiveros (1542).

de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas —respondió don Quijote— suceden de un mismo modo. El daño es- 5
tuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no 10
pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satana-
ses del infierno; que por tales os juzgué y tuve 15
siempre.

—Ya que así lo ha querido mi suerte —dijo el Bachiller—, suplico á vuestra merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo 20
y la silla.

5 La locución "*el daño está, ó estuvo*, en tal ó cual cosa" quedó explicada en nota del cap. IV (I, 118, 12).

15 "*Siempre*—dice Clemencín—supone un tracto largo y sucesivo de incidentes; circunstancias que aquí no hubo, pues apenas encontró D. Quijote la comitiva del difunto, la embistió, la deshizo, la puso en fuga, y se acabó todo. Bueno hubiera sido—añade—suprimir el *siempre*, y así hubiera quedado más acorde la relación con el suceso." Abundando en la opinión de Clemencín, Hartzenbusch, en las dos ediciones de Argamasilla, enmendó: "que por tales

—¡Hablara yo para mañana! —dijo don Quijote—. Y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán y, recogiendo todo lo que pudo y cupo

os juzgué y tuve *sin duda*.” El Sr. Cortejón defiende la frase del texto original, por parecerle propia de quien, como D. Quijote, no tenía noción del tiempo, pues “de todo se formaba ideas fantásticas”, como no la tuvo cuando á poco rato de estar velando las armas le dijeron y creyó que habían pasado cuatro horas. Mas no está el toque en nada de esto, sino en que, como dice el Sr. Cejador en su *Diccionario del “Quijote”*, *siempre* equivale aquí á “*todo el tiempo, durante toda la aventura*, valor muy común entre los clásicos, casi de negación intensiva en *nunca*, de su afirmación intensiva en *siempre*, y de ambas en *jamás*”.

1 Esta expresión familiar, irónica y admirativa, equivale á ¡*Qué alma de plomo!* ¡*Yo que tú, ó que vos, dejaba para mañana el decir eso, como si nada urgiera el manifestarlo!* Véanse dos formas diversas de la misma exclamación irónica. Cervantes, *El laberinto de amor*, jorn. III:

HUÉSPED. ¿Que no acaba de entender

Que no la quiero prestar?

TÁCITO. ¡*Acabara yo de hablar!*

HUÉSPED. Y vos de importuno ser.

Tirso de Molina, *Cautela contra cautela*, acto I (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo V, pág. 504 a):

CÉSAR. ¿No nos conocéis?

CHIRIMÍA. Estamos

Muy coléricos: no vemos.

LUDOVICO. ¿A César y Ludovico

No conocéis, Chirimía?

CHIRIMÍA. ¡*Hablara para otro día!*

en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y, poniéndole encima della, le dió la hacha; y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañe- 5 ros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole también Sancho:

—Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles 10 vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura*.

Con esto, se fué el Bachiller, y don Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á 15 llamarle *el Caballero de la Triste Figura*, más entonces que nunca.

—Yo se lo diré —respondió Sancho—: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y 20 verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto;

22 Hoy no diríamos *triste figura* para indicar la mala ó *desgarbada figura* de un sujeto; pero tres siglos ha solía llamarse *triste figura* á cualquiera estrafularia y nada airosa. Relatando su vida el licenciado Gregorio Tovar (*Vida y memorias de...*, Biblioteca Nacional, Ms. núm. 19.344), cuenta (fol. 44) que, como el obispo Covarrubias, presidente del Consejo (1571), fuese “en extremo ceremoniático y amigo de los hombres en su traje y vestidos modestos y compuestos”, y él, Tovar, buscando su medra, quisiese ha-

y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso —respondió don Quijote—; sino
5 que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*,
10 cuál, *el del Unicornio*; aquél, *el de las Doncellas*; aquéste, *el del Ave Fénix*; el otro, *el Caballero del Grifo*; estotro, *el de la Muerte*; y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el
15 sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme

cérsele agradable, se determinó á andar con la corriente de mirar en esto su gusto, “y así —añade— dejó crecer mi barba mucho, y me forzaba á no sacar por el cuello camisa alguna, ni por los puños; y como mi hábito entonces era loba y manteo y bonete, y el aliño era tan malo, tenía una *triste figura*, y yo mismo en mi casa me reya de aquel traje...”

10 En todas las ediciones antiguas y en casi todas las modernas se lee “aquél de *las Doncellas*”; sólo Pellicer y Aribau suplieron en las suyas el artículo *el*, visto que lo reclamaban, por uniformidad, las referencias que anteceden y subsiguen: “cuál, *el de la Ardiente Espada*; cuál, *el del Unicornio*; aquéste, *el del Ave Fénix*...; estotro, *el de la Muerte*.” Pero ni aun los editores que suplieron el artículo se dieron cuenta de que faltaba á causa de la omisión mecánica de uno de dos fonemas iguales é inmediatos: “aquél, [el] de *las Doncellas*.”

desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

—No hay para qué gastar tiempo y dineros 5
en hacer esa figura—dijo Sancho—; sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren; que, sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*; y créame, 10
que le digo verdad; porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. 15

11 *Prometer* significa, entre otras cosas, *asegurar, protestar*, acepción que falta en el *Diccionario* de la Academia Española y que se autoriza con otros pasajes de otros autores y del *Quijote* mismo; con éste, verbigracia (p. II, 52): “Tu carta recibí, Sancho mío, de mi alma, y yo *te prometo* y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento...”

13 Hoy diríamos *le hacen*; pero antaño no se podía reprochar el decirlo como aquí Cervantes, y como Arguijo en su famoso soneto *Al Guadalquivir*, del cual cité algunos versos en nota del capítulo antecedente (86, 7):

Tú, á quien ofrece el apartado polo

.....

Preciosos dones y luciente plata

Que *envidia el rico Tajo y el Pactolo*.

Según Salvá, cuando el verbo precede á varios sujetos singulares ligados por la conjunción *y*—como sucede en este caso—puede ponerse en plural, ó concertar con el primero. Bello, observando con atención el uso (§ 832 de la 11.^a edi-

Rióse don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ó rodela, como había imaginado. Y díjole:

- 5 —Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud, si quis suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más, que yo no

ción de su *Gramática*, con notas de Cuervo), cree acertada la regla de Salvá cuando se habla de cosas; pero no en hablando de personas, ni cuando modificaciones peculiares indican un verbo tácito, “pues entonces el verbo expreso concierta con su respectivo sujeto, ya se hable de personas ó de cosas”.

9 En la edición príncipe, en lugar de decirse: *Yo entiendo, Sancho...*, etc., se dice (fol. 84), y cuenta que es Sancho quien habla: “Olvidauaseme de dezir, que aduierta vuestra merced, que queda descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* No entiendo esse Latin, respondió don Quijote, mas yo se bien que no puse las manos, sino este lançon, quanto mas...” Pero como en boca de Sancho es á todas luces impropia la cita, en latín y todo, de unas palabras del Concilio de Trento, tal pasaje, en las ediciones segunda y tercera de Cuesta, seguidas en esto por casi todas las demás, se arregló de manera que fuese D. Quijote quien dijese las citadas palabras latinas. Hartzenbusch, en la segunda edición de Argamasilla (1863), pone ese texto en boca del licenciado Alonso López, añadiendo á las palabras *Olvidábaseme de decir que*, estas otras: *antes dijo á D. Quijote*. El Sr. Fitzmaurice-Kelly echó por otro camino: á la frase *Con esto se fué el bachiller*, que atrás queda (115, 14), hizo seguir el *Olvidábaseme de decir*, y así es el clérigo quien, como es más natural y parece más probable, cita el canon sobredicho. En este punto déjome ir con las ediciones segunda y tercera de Cuesta, y pongo ese parrafillo,

pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid ⁵ Rui Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad del Papa,

verdadero añadido de Cervantes, en el sitio que en ellas ocupa; pero no quiero dejar de contar, siquiera en nota y sumariamente, lo que en esto pasa, ni de poner hasta con su ortografía las variantes de la primera edición, porque es de saber que andan por ahí una cáfila de *escritores* de cántaro, como mozas, que, sin haber leído jamás el *Quijote*, dicen (y alguno hasta *in verbo sacerdotis* lo afirma) que la primera edición está sembrada de pasajes por los cuales á la legua se echa de ver que Cervantes era enemigo encubierto de la Iglesia Católica. Agregan estos tales que cuantos nos ocupamos en estudiar y anotar la famosa novela alteramos y falsificamos bellaquísimamente su texto, seducidos y pagados por... *el oro de la reacción*. El disparate es tan impropio de criaturas dotadas de luz racional, que no merecería tomarse en cuenta, si de ordinario no fuesen las moscas según el bodegón; quiero decir, si no hubiese mil ignorantes prontos á leer y creer lo que caiga en sus manos, por disparatado que ello sea.

7 En las ediciones antiguas, la príncipe entre ellas, "*su Santidad del Papa*", y lo mismo en la de Bowle; pero la Academia en su edición de 1780, modernizando en mal hora el lenguaje, escribió "*el Papa*", y todos la han seguido, sin exceptuar al Sr. Cortejón. No tuvieron presente que *su... de...* (que todavía anda en el habla familiar, v. gr., cuando decimos: "Vi á *su* hermana *de* usted") era en tiempo de Cervantes manera de decir usualísima, aun hablando de tercera persona, cosa que bien se echa de ver en el *Quijote* mismo, por locuciones como éstas: "... no llega á *su zapato* de la que está delante..." (p. I, 30); "... que lo verá cuando *su merced* del señor ventero le pida el menoscabo de todo..." (p. I, 37). Véanse otros ejemplos, no cervantinos: "... y saca vna tabla de los manteles que me embió *su mer-*

por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos, ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

ced de la señora madre del señor Pamphilo..." (Pineda, *Agricultura christiana*, diál. XIX, § IV. "Salieron a rescibir a su Magestad del Emperador rey nuestro señor..." (Relación de la entrada de Carlos V en París el año de 1540: Alenda, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, tomo I, pág. 37 a). En resolución, este su... de..., que no parece de buen pasar á muchos modernos, sale hasta en la partida de bautismo de un primo hermano de Cervantes, hallada recientemente, con mis indicaciones, por mi docto y querido amigo D. Ildefonso de Urquía, abogado y notario de Cabra, en la iglesia parroquial de aquella ciudad (Libro II de Bautismos, folio 317 v.):

"RODRIGO.—En 12 de septienbre [de 1564] se batizó Rodrigo hijo de doña francisca y de andres de cervantes. con padre francisco de cea y comadre *su muger del bachiller leon* Juana de galves. fizolo el bachiller gutierrez.

*El bachllr
Andres gttz."*

3 D. Quijote, al hablar así, se acordaba de aquellos versos del *Romancero del Cid* que dicen:

En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo se había entrado,
A do vido siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado más abajo.
Fuése á la del Rey de Francia;

—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y, corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene; la montaña, cerca; la hambre carga: no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como di-

Con el pie la ha derribado.
 La silla era de marfil;
 Hecho se ha cuatro pedazos,
 Y tomó la de su Rey
 Y subióla en lo más alto.

.....

El Papa, cuando lo supo,
 Al Cid ha descomulgado.
 Sabiéndolo el de Vivar,
 Ante el Papa se ha postrado:
 —Absolvedme, dijo, Papa;
 Si no, seráos mal contado.—
 El Papa, padre piadoso,
 Respondió muy mesurado:
 —Yo te absuelvo, don Ruy Díaz,
 Yo te absuelvo de buen grado,
 Con que seas en mi corte
 Muy cortés y mesurado.

Como se ve—y ya lo advirtió Clemencín—el lance de quebrar la silla no pasó delante del Papa, contra lo que dice D. Quijote. Además, el suceso es fingido, y no real, como lo demostró Fr. Manuel Risco en su obra intitulada *La Castilla y el más famoso castellano*.

cen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza.

Y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese; el cual, pareciéndole que Sancho
5 tenía razón, sin volverle á replicar le siguió. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con
10 la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila
15 de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas,

1 Hernán Núñez el Pinciano, llamado también el Comendador Griego, incluye en su copiosa colección paremiológica este refrán, pero en su forma más corriente en el siglo XVI: "el muerto á la fosada, y el vivo á la hogaza." En Andalucía lo dicen de otra manera: "El muerto al hoyo, y el vivo al bollo." Es de notar, y Clemencín reparó en ello, que éste es el primer refrán que en el *Quijote* dice Sancho, "el cual los usa tanto en lo sucesivo, que ya en el capítulo XXV le reprende su amo por la multitud de adagios importunos que enhila".

16 En opinión de Clemencín, "debió borrarse el pronombre *la*, que es superfluo, estando representado el nombre por el otro pronombre relativo: *mas sucedióles otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas*". No acertó el ilustre comentador con el hito de este pasaje, pues no estaba sino en que, como en otros muchos, hay una elipsis de la palabra *tal*: "Mas sucedióles otra desgracia, *tal*, que Sancho la tuvo por la peor de todas." Aunque no citó

y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y, acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

5

como ejemplo estas mismas palabras, no se le fué por alto á Bello tal linaje de elipsis, y aun las tuvo por bellezas, y no por fealdades. “Es usada y elegante—dijo—la elipsis de *tal* antes de este *que*: “En lugar de una reverencia, hizo una cabriola, *que* se levantó dos varas de medir en el “aire” (Cervantes): *una cabriola tal, que*. “Se comenzaron “á descoger y desparcir unos cabellos, *que* pudieran los del “sol tenerles envidia” (el mismo): *tales, que*. “Encerráronse “los dos en un aposento, donde tuvieron un coloquio, *que* no le hace ventaja el pasado” (el mismo). (*Gramática*, § 1063 de la undécima edición, con notas de Cuervo, París, 1908, por la cual cito siempre.)

CAPITULO XX

DE LA JAMÁS VISTA NI OÍDA AVENTURA QUE CON
MÁS POCO PELIGRO FUÉ ACABADA DE FAMOSO
CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACA-
BÓ EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. 5

—No es posible, señor mío, sino que estas

5 Aquí sobra razón á Clemencín: el epígrafe de este capítulo no es, ciertamente, un dechado de corrección ni de claridad. Cervantes quiso decir “que se iba á tratar de una aventura jamás vista ni oída, y que, á pesar de esto fué acabada sin peligro por D. Quijote, y tan sin peligro, que no lo fué con menos ninguna otra por famoso caballero en el mundo; á esto corresponde y se ajusta perfectamente el suceso”. El comentador, que tampoco estuvo muy afortunado en el concertar de estas palabras, añade que “*más poco*, por *menos*, no se sufre en castellano”. Sea así en buena hora, y esto pase por uno de tantos andalucismos del *Quijote*; porque es de advertir que en Andalucía es usualísimo ponderar la escasez diciendo *más poco*, en lugar de *menos*: “Aquel fué el año de *más poco* trigo que se ha visto en el mundo.” Una copla popular, y entiéndase, para entenderla bien, que los andaluces suelen llamar *lacha* á la vergüenza:

Poca-lacha le pusieron
Al hombre del otro día,
Poca-lacha le pusieron;
Pero *más poca* tenía.

yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así, será bien que vamos un poco más adelante; que ya toparemos donde po-
 damos mitigar esta terrible sed que nos fatiga,
 5 que, sin duda, causa mayor pena que la hambre.

Parecióle bien el consejo á don Quijote y, tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto

1 Quedósele sabrosa la mano á Clemencín después de censurar la incorrección del epígrafe del presente capítulo, quiso seguir acertando, y erró, por no entender que éste es uno de los muchos casos en que los escritores del mejor tiempo de nuestras letras usaban el indicativo donde nosotros empleamos el subjuntivo. Ya advertimos en la nota del cap. XII (I, 270, 8) como estaba muy bien dicho: "Nadie la miraba que no *bendecía* á Dios", usando el pretérito imperfecto de indicativo por el de subjuntivo, y ahora nos sale al paso el presente de aquel modo, *dan*, en lugar del de estotro, cosa tampoco rara en nuestros escritores de antaño, aunque de ello no se diese cuenta Clemencín. Unos ejemplos entresacados del *Quijote*: "Perdóname, niña, que te *despierto*..." (p. I, 43). "¿Es posible que tal *hay* en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores?" (p. II, 23). "¿Es posible que *tengo* en mis brazos al mi caro amigo..." (p. II, 54). Véanse, además, algunos ejemplos de otros autores. Rodríguez Florián, en la escena VII de la *Comedia llamada Florinea* (1554), hace decir á Marcelia: "No es posible, hijas, que no les *ha* sucedido algun embaraço, que ansi tardan." Rojas Villandrando, en el libro II de *El viaje entretenido* (tomo I, pág. 263 de la edición de 1901):

Amor, de amor nacido y engendrado,
 A la fe de tu amor estoy rendido;
 Amor, si en fe de amor fe te he tenido,
 ¿Cómo es posible, amor, que me *has* dejado?

3 *Vamos*, en significado del *vayamos* de hoy, como *vais* por *vayáis*. Recuérdense las notas que acerca de ello quedan en los caps. X (I, 241, 14) y XII (I, 277, 8).

sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oídos ⁵ un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del ¹⁰ agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor ¹⁵ á cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles

1 *Relieves*, en su acepción, hoy poco usada, de residuo ó sobras de la comida.

3 Clemencín observa que ahora decimos ordinariamente á *tientas*. Sí, y no menos ordinariamente, á *tiento*, como se echa de ver en la calificación popular de los taimados: “Es un cógelas á *tiento* y mátalas callando.” Y en aquel silogismo burlesco estudiantil, medio en verso, medio en prosa, que citó Quevedo (*El Parnaso Español*, Musa V):

Pulgas me pican;
El candil está muerto:
Ergo sequitur, sequitur
Que me pican á *tiento*.

Este modo adverbial ha salido ya alguna vez en el *Quijote*, verbigracia, en el cap. XVI (II, 47, 9).

altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante y, embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia, y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurez-

2 Acerca de la acepción de *temeroso* en este como en otros lugares puede verse una nota del cap. XIV (I, 308, 8). Y en el presente, pocos renglones más abajo (129, 4): "el *temeroso* ruido de aquella agua..."

can las más claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece ⁵ que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del ¹⁰ mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho, con ¹⁵ el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y qué-

6 Advierte Pellicer que D. Quijote alude aquí “al río Nilo, que, naciendo en la alta Etiopía, en el monte de la Luna, según se creía antiguamente, se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas ó cascadas”. La frase del texto que ha ocasionado esta nota es un sonoro verso endecasílabo ocasional:

desde los altos montes de la Luna.

7 *Incesable, por incesante.*

17 ¡Qué pronto ha salido otro pasaje como el que ocurre al comienzo del capítulo! (126, 1). *Se muestra*, que hoy diríamos, en subjuntivo, *se muestre*. Y así lo enmendó Hartzenbusch en la segunda edición de Argamasilla, por no haber reparado al leer nuestros buenos autores de antaño en ese no muy raro empleo de un modo por otro.

date á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

1 Clemencín, para demostrar que esto del encargar la espera de tres días era imitación de un lugar del *Amadís de Gaula*, copia, aunque sin decir que la copia, una cita de D. Juan Bowle. Bien pudo añadir, pues cien veces lo habría oído siendo muchacho, que en los cuentos populares es frecuente el prevenir á sus acompañantes el protagonista (casi siempre, el menor de los tres hermanos que salen á correr mundo cuando su padre, á sus instancias, les da *armas y caballo*), al resolverse á entrar en la espantable cueva en que el gigantazo tiene encantada á la inevitable princesita, que si á los tres días no ha dado cuenta de su persona, le tengan por muerto y lleven á sus parientes la triste noticia de su fin.

3 Dice Clemencín que estas palabras *por hacerme merced y buena obra* son una "fórmula usada en los testamentos, que aquí está en su lugar, puesto que D. Quijote hacía á Sancho un encargo para después de su muerte". Algo hay que rectificar en esto: las tales palabras son una fórmula escribanil de que se hacía uso, no en los testamentos, sino en las escrituras de préstamo sin interés, en las cuales el deudor manifestaba que su acreedor le había prestado tanto ó cuanto dinero, *por hacerle merced, ó placer, y buena obra*. Así el mismo Cervantes, en escritura (Sevilla, 2 de Diciembre de 1585) en que se obligó á pagar á Gómez de Carrión 204.000 maravedis..., "los cuales son por otros tantos que á mi ruego e ynterceçion e por me hazer *plazer e buena obra* me aueis prestado..." (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos inéditos*, tomo II, pág. 93). El empleo de tal frasecilla meramente escribanesca en un trance como este en que aquí se halla D. Quijote torna aún más cómico de lo que es en sí el grave encargo *mortis causa* que hace á su fiel escudero.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decille:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: 5
ahora es de noche; aquí no nos vee nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído 10
predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y 15
bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande 20
ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, 25
creyendo valer más, y no menos; pero como la

13 Es una máxima bíblica (*Eclesiástico*, III, 27): *Qui amat periculum in illo peribit.*

cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, 5 veo que, en pago y trueco della, me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguizado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fe- 10 cho, dilátelo, á lo menos, hasta la mañana; que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche 15 en la línea del brazo izquierdo.

3 *Negra*, no en la acepción de “infeliz, infausta y desventurada” que da á esta voz el *Diccionario* de la Academia, sino mejor en la también traslaticia de *maldecida*, *descomulgada* ó *empecatada*. Fué palabra muy repetida en tal significación por el vulgo. En el *introyto* y *argumento* de la *Farsa llamada de Ardamisa*, de Diego de Negueruela, reimpressa por Rouanet en la *Biblioteca Hispánica* (París, 1900):

Aunque creo
que con el *negro desseo*
que tengo de mi Llocia,
no podré dezir arreo
mi *negra mensageria*.

15 “Vna costelacion ay en el Cielo, de Estrellas—dice Covarrubias—, que llamamos *la bozina*, en el circulo Setemprtrional ó Artico, *Vrsa Minor*, por cuyo movimiento la gente que anda en el campo conoce las horas de la noche. Díxose assí, porque las Estrellas de que consta parece formar una bocina.” La regla para conocer la hora por la

—¿Cómo puedes tú, Sancho—dijo don Quijote—, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

5

—Así es—dijo Sancho—; pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debajo de tierra, cuanto más encima, en el cielo; puesto que, por buen discurso, bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

10

—Falte lo que faltare—respondió don Quijote—; que no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero; y así, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aquí; que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto.

15

20

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrima-

Osa menor es complicada, y medio la explican Pellicer y Clemencín; á lo menos, no la explican claramente. Pero, ante todas cosas, es de notar que Sancho, debajo de las ramas de unos árboles, como estaba, y siendo, además, oscura la noche, no veía la *bocina*, ni pizca del cielo, como él mismo confiesa poco después.

mas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido
5 ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera, que cuando don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

10 —Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar á la Fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

15 Desesperábase con esto don Quijote, y, por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y, sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegar y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease,
20 se, creyendo, sin duda, que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo:

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á

13 Se dice *dalle*, según Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*), “significando insistencia en las cosas: comer y *dalle*; pecar y *dalle*; llamar y *dalle*; porfiar y *dalle*”.

24 Acerca de la locución *ser contento de* puse nota en el cap. IX (I, 224, 18).

que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar—respondió Sancho—; que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿Á qué llamas apearse, ó á qué dormir? —dijo don Quijote—. ¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío—respondió Sancho—; que no lo dije por tanto.

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo, que

1 *Reir el alba* es uno de los más gentiles y significativos decires tropológicos que tiene el pueblo. Como se echa de ver por el lugar en que lo trae á cuento Cervantes, no es propio del estilo poético, si tal podía creerse, sino del corriente y familiar. Con todo, Quevedo incluyó esta frase en la larga tiramira de modos de decir que quería desterrar de nuestra lengua (*Premática que este año de 1600 se ordenó por ciertas personas deseosas del bien común, y de que pase adelante la república, sin tropezar ni usar bordoncillos inútiles...*, con que algunos tienen la buena prosa corrompida y enfadado el mundo. (Apud Biblioteca de Rivadeneira, tomo XXIII, pág. 431 a).

quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole don Quijote que
5 contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

—Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que, si la ácierto á contar y no me
10 van á la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere á buscar... Y advierta vuestra merced, señor mío, que el
15 principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera; que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: “y el

8 Iba hablando Cervantes de Sancho, y, de pronto y sin preparación, éste mismo habla de sí y por sí. Lo propio sucede en diversos lugares del *Quijote*, y en otro de *Rinconete y Cortadillo*, en que va relatando el autor, y súbitamente habla en su lugar Monipodio. (Véase en mi edición crítica del *Rinconete* la nota 200, pág. 446.)

13 A esta formulilla tradicional del comenzar los cuentos populares solía agregarse *y para la manceba del abad*, quizás no tanto por austera reprobación de su amancebamiento como por envidia ruin de su buena vida. Así, con estas palabras del remate, recuerda Quevedo la formulilla en su *Visita de los chistes*. Rodrigo Caro, en sus *Días geniales ó ludicos* (diál. VI, párr. III), cita una fórmula diferente, menos epigramática, aunque más patriótica: “Érase lo que era, el mal, que se vaya, el bien, que se venga; el mal para los moros, y el bien para nosotros.” Otros, co-

mal, para quien le fuere á buscar”, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos 5 éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho—dijo don Quijote—, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.

—Digo, pues —prosiguió Sancho—, que en 10 un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba 15

mo recuerdan el supuesto Avellaneda (cap. XXI de su *Quijote*) y Alonso de Ledesma (*Juegos de Noches Buenas á lo divino*, Barcelona, 1605), añadían entre *Érase que se era* y lo que sigue las palabras *que norabuena sea*. Clemencín afirma que siendo él niño, todavía se empezaban los cuentos con el *érase que se era*; yo no he alcanzado eso; en Andalucía cuando yo era muchacho comenzaban diciendo: *Era esta vez, como mentira que es...*, ó bien, *Hágote, cuento, de saber...*

1 Ni aun llamando *Catón Zonzorino* á Catón Censorino, ó el Censor, ha parecido á alguien de buen pasar que Sancho sepa ni jota de las sentencias que á aquél se atribuyen.

13 *Como digo de mi cuento* es frase familiar y está registrada en el léxico de la Academia Española. Cortejón, por no haberse hecho cargo de ello, puntúa así: “el cual pastor ó cabrerizo, *como digo, de mi cuento...*”, con lo cual estropea la tal expresión.

Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico; y éste ganadero rico...

—Si desá manera cuentas tu cuento, Sancho —dijo don Quijote—, repitiendo dos veces lo
5 que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento —respondió Sancho— se cuentan en mi tierra
10 todas las consejas, y yo no sé contarlos de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres —respondió don Quijote—; y, pues la suerte quiere que no pueda
15 dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima —prosiguió Sancho—, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba
20 algo á hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístela tú?—dijo don Quijote.

2 Aunque parezca raro, es muy cierto que hubo y hay autores que escriben casi casi como contaba los cuentos Sancho Panza: repitiendo locuciones, para ir enchufando con ellas las siguientes.

4 Sancho no lo repetía dos veces, sino una, ó, lo que es lo mismo, lo iba *diciendo* dos veces. *Repetirlo dos veces* sería *decirlo tres*.

—No la conocí yo —respondió Sancho—; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales, que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesan jamás. La Torralba, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le había querido.

—Ésa es natural condición de mujeres—dijo don Quijote—: desdeñar á quien las quiere y

9 Aquí es claro—y no en el cap. X (I, 232, 2)—que *omecillo* está usado en la acepción de rencor ú odio.

17 Casi todos los editores modernos del *Quijote*, y con ellos el Sr. Cortejón, acentúan este *mas*, sin darse cuenta de que aquí *mas que* no es sino locución conjuntiva equivalente á *aunque*. Y sólo entendiéndolo así hace buen sentido la cláusula; que no lo tiene el decir *más que nunca le había querido* de quien no le había querido jamás.

amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió —dijo Sancho— que el pastor puso por obra su determinación y, antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura, para pasarse á los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fué tras él, y seguía-le á pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que lleva-

1 Concordando con nuestra poesía erudita la seguidilla popular

La mujer y la sombra
Tienen un símil:
Que, buscadas, se alejan;
Dejadas, siguen,

sentencia que no es sino la que aquí asienta D. Quijote, cité en mi estudio intitulado *La copla* (Madrid, 1910, página 45), versos del *Romancero general* y de Pedro Torrellas, Lope de Vega, Ruiz de Alarcón y Campoamor. Pude citar asimismo lugares análogos de otros autores, y aun alguno más de Cervantes, por ejemplo, éste de la jorn. III de *El laberinto de amor*:

MANFREDO. En eso echarás de ver,
Camilo, bien claramente
Que apenas hay accidente
Que sea bueno en la mujer.
Quieren do han de aborrecer;
Vanse de adonde han de estar;
Temen donde han de esperar;
Esperan do han de temer.

12 Para el *Diccionario* de la Academia, *muda* es, genéricamente, “afeite para el rostro”. Cortejón afirma, sólo glosándolo, “que *mudas* se llaman los afeites con

se, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase á él, ni á su ganado, de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos

que las mujeres procuran hermosear sus caras". Algo hay que *mudar* en estas definiciones, y los definidores nada habrían perdido en consultar á Covarrubias, que dice, ya especificando, en su *Tesoro*: "*Muda*, cierta vntura que las mugeres se ponen en la cara para quitar della las manchas." Pudo añadir: "y para mejorar de color." Lupercio Leonardo de Argensola, en su sátira *A Flora* (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XLII, pág. 272):

¿Quién podrá enumerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?

Aquí, para enrubiar, el sahumerio
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimiterio.

Allí, la miel mezclada, que se emplea,
Con mostaza y almendras, en ser *muda*
Para mudar color á la que es fea.

De esto de las *mudas* se puede y se debe decir mucho más, siquiera para que abran los ojos los que imaginan que en lo histórico, como en lo afectivo,

Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

3 Para evitar la anfibología, Clemencín advierte que Sancho quiere decir, no que se llegó á efectuar el paso, sino que el pastor "se llegó á la orilla del río con el designio de pasarlo". En menos palabras: que á significa aquí *para*, como en tantas otras partes.

y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á sí un barco, tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y, con todo esto, le
5 habló, y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó á volver, y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el
10 pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero, de la otra parte, estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pes-
15 cador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas —dijo don Quijote—: no andes yendo y viniendo desam-
nera, que no acabarás de pasarlas en un año.

20 —¿Cuántas han pasado hasta agora?—dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé?—respondió don Quijote.

—He ahí lo que yo dije: que tuviese buena
25 cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso? —respondió don Quijote—. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado, por extenso, que

si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera —respondió Sancho—; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían 5 pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.

—¿De modo—dijo don Quijote—, que ya la 10 historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre —dijo Sancho.

—Dígame de verdad —respondió don Quijote— que tú has contado una de las más nuevas 15 consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa

19 D. Quijote, ó Cervantes por su boca, dice irónicamente todo esto. El cuento es viejísimo y era antaño y es aún muy popular. Así, Cervantes no tuvo que tomarlo de las *Cento novelle antiche* (1571), como presumió Bowle, ni de la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso (siglo XII), como otros quieren, ni siquiera, como dice el Sr. Cortejón, copiando á nuestro gran polígrafo el Sr. Menéndez y Pelayo, “de una colección esópica del siglo XV, en que ya venía incorporado”. Cervantes debió de tomar tal cuentecillo de la tradición oral, en donde anda todavía, y de aquí el irónico elogio de D. Quijote: “Dígame de verdad... que tú has contado una de las más nuevas consejas... que nadie pudo pensar en el mundo...” Siendo yo niño, me solía contar este cuento para dormirme una antigua criada de mi

de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser —respondió Sancho—; 5 mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir: que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere —dijo don Quijote—, y veamos si se puede mover Ro- 10 cinante.

Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar

casa, de quien aprendí la mitad del *folk-lore* que sé y he ido publicando en libros y periódicos. Pero en la versión de mi antigua sirvienta Lola Rivera (que no quiero dejar de citar su nombre) no eran cabras, sino pavos los que atravesaban el río, ni había que irlos contando uno á uno á medida que se suponía que pasaban. Decía: “Empezaron á pasar pavos; y pasar pavos, y pasar pavos...”, sin añadir otra cosa. Y cuando, hartado de oír cien veces *y pasar pavos*, la requería yo para que siguiese adelante con su cuento, respondía que la manada era muy numerosa, y el puentecillo muy estrecho, y que mientras no acabaran de pasar los pavos no podía proseguirse la narración. Y así, *pasando pavos, pasando pavos*, y con la monotonía del repetirlo, venía el sueño, que era una bendición. A este cuentecillo, análogo al del texto y al que se cuenta en el cap. XXI del *Quijote* de Avellaneda, ya me referí en 1882, en mi colección de *Cantos populares españoles*, nota 20 de las *Rimas infantiles* (tomo I, pág. 112). Recientemente se ha publicado muy lejos de España, en Chile, una versión, también popular, del mismo cuentezuelo, entre los *Cuentos chilenos de nunca acabar* coleccionados y anotados por D. Ramón A. Laval y sacados á luz en los *Anales de la Universidad de Chile*, si bien el colector ha hecho tirada aparte, y honrándome con la dedicatoria de un ejemplar (Santiago de Chile, Impr. Cervantes, 1910).

saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto, parece ser, ó que el frío de la mañana, que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fué soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento

8 Esta de *hacer uno lo que otro no pudiera hacer por él* es una frase eufemística vulgar, que suele oírse al que se separa de sus amigos para despachar ciertos menesteres.

todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo.

⁵ Oyólo don Quijote, y dijo:

—¿Qué rumor es ése, Sancho?

—No sé, señor—respondió él—. Alguna cosa nueva debe de ser; que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

⁹ Frase es ésta, *nunca comienzan por poco*, en que han tropezado algunos editores del *Quijote*, aunque no los que han hecho la vista gorda y pasado por aquí como gato por brasas. Clemencín afirmó que “ó esta contestación de Sancho no significa nada, ó debió decirse *siempre comienzan por poco*, ó bien *nunca comienzan por mucho*”. Salió al paso á Clemencín D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes...* (1854), exponiendo que Sancho, para hacer más creíble á su amo que el sospechoso ruido era un segundo anuncio de la grande, extraordinaria y próxima aventura ya anunciada por el primero, le recordaba “que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco, esto es, no son de ordinario precedidas de un solo aviso ó anuncio...” Todo esto holgaba, con sólo que Clemencín hubiese parado la atención en que, como él mismo dice alguna vez, las partículas *por* y *para* se usaban promiscuamente, y así, en un lugar (p. I, 18), “*Para* mis barbas, dijo Sancho...”, y en otros, “*Por* lo que yo quiero á Dulcinea, tanto vale como la más alta princesa...” (p. I, 25), y “...donde pienso hartarme *por* tres días...” (p. I, 50). Véase qué buen sentido hace el pasaje que ha originado esta nota, dando por hecho que el *por* significa en él *para*, como en los dos citados últimamente: “Alguna cosa nueva debe de ser; que las aventuras y desventuras nunca comienzan *por* (*para*) poco.” Sin entrar en estos razonamientos, *para* enmendó Hartzenbusch en la segunda edición de Argamasilla, tal como lo requiere el sentido de la cláusula.

Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y, con tono algo gangoso, dijo:

—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo —respondió Sancho—; mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar—, respondió don Quijote.

—Bien podría ser —dijo Sancho—; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres ó cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona... alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas; porque corvetas (con perdón suyo), no las sabía hacer. Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura. Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vió quién lo podía causar; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y, tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres

2 *Hacer uno de su persona* es locución equivalente á *hacer del cuerpo*, y falta en el léxico de la Academia, aun hallándose empleada por buenos escritores. Quevedo, *El Buscón*, libro I, cap. III: "... dijimos al fin que nos dolían las tripas y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días..."

días, á lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornóle á referir el recado y embajada que había de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llamar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio.

Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y, por lo menos, cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto, que mostrase flaqueza alguna; antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguiale Sancho á pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á su ju-

mento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de
5 unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido
10 y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, su-
15 plicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y, de camino, se encomendaba también á Dios, que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista, por entre las
20 piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel
25 horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los ha-

16 Según Clemencín, "mejor estuviera *pedía* en lugar de *se encomendaba*, que no enlaza bien con lo que sigue de la oración". No entendió que en este caso *que* equivale á *para que*, como en otros significa *de que*.

bía tenido. Y eran (si no lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vió lo que era, en-
mudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle San-
cho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el
pecho, con muestras de estar corrido. Miró
también don Quijote á Sancho, y vióle que te-
nía los carrillos hinchados, y la boca llena de
risa, con evidentes señales de querer reventar
con ella, y no pudo su melancónia tanto con él,
que á la vista de Sancho pudiese dejar de reir-
se; y como vió Sancho que su amo había co-
menzado, soltó la presa de manera, que tuvo ne-
cesidad de apretarse las ijadas con los puños,
por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y
otras tantas volvió á su risa, con el mismo ímpe-
tu que primero; de lo cual ya se daba al diablo
don Quijote, y más cuando le oyó decir, como
por modo de fisga:—“Has de saber ¡oh Sancho

¹ *Si no lo has por enojo, ó por pesadumbre*, eran en los siglos XVI y XVII formulillas vulgares de pedir venia, de las cuales, como de la otra, *con perdón*, que sale en el cap. II (I, 77, 10), se usaba y se abusaba, entremetiéndola en el discurso á cada triquete, y no pocas veces sin que viniera á cuento. Quevedo la proscribió en su *Premática* del año 1600, antes citada. Hállase en otros pasajes del *Quijote* (p. I, 29, y II, 38).

¹² *Melancónia*: una de las antiguas formas de nuestra voz *melancolía*. Véase *malenconía*, en nota del capítulo XXI (II, 175, 1).

amigo! que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos...” Y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus bur-
las, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

—Sosiéguese vuestra merced; que por Dios que me burlo.

—Pues porque os burláis, no me burlo yo —respondió don Quijote—. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son

de batán, ó no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis ja-⁵ yanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

--No haya más, señor mío--replicó Sancho--; ¹⁰ que yo confieso que he andado algo risueño; en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa ¹⁵ de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos, el que yo tuve; que de

1 El muy docto hispanista Sr. Fitzmaurice-Kelly no advirtió que este *Y más, que* equivale á *Y además, que*, y enmendó la frase, leyendo: "*Y más dijo* que podría ser..." No lo habría entendido así á reparar en que poco después (154, 13) dice Sancho: "...que yo he oído decir: "Ése te quiere bien que te hace llorar"; y *más, que* suelen los "principales señores, tras una mala palabra que dicen á un "criado, darle luego unas calzas..."

6 La frase figurada no es *echar á las barbas*, sino *echar á uno el gato á las barbas*, locución de donde Cervantes hizo y recortó la del texto, y que significa, más bien que atreverse con uno, insultarle ó denostarle, como dice el *Diccionario* de la Academia; "sacudir de sí el peligro y echarlo al otro", como decía Covarrubias.

vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo —respondió don Quijote— que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de
5 risa; pero no es digna de contarse; que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.

—Á lo menos—respondió Sancho—, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón,
10 apuntándome á la cabeza, y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oído decir: “Ése te quiere bien que te hace llorar”; y más, que suelen
15 los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas, ó reinos en tierra
20 firme.

—Tal podría correr el dado —dijo don

13 De ordinario se dice tal refrán en esta otra forma: “Quien bien te quiere, te hará llorar.”

21 Para el *Diccionario* de la Academia, *correr el dado* significa “tener suerte favorable”. Eso será “correr bien el dado”; lo otro equivale tan sólo á *echar ó estar echada la suerte*, buena ó mala. *Tal, ó de tal manera, podría correr el dado, que...*, equivale en el lugar del texto á *tan bien ó tan favorablemente podría depararlo la suerte, que...* En el cap. XXV vuelve á salir esta frase figurada, con un aditamento que nos obligará á tratar de ella nuevamente.

Quijote—, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y 5 reportes en el hablar demasiado conmigo: que

3 Bien podía saber Sancho una sentencia que, como ésta, andaba repetidísima en el púlpito y en los libros. Es, dice el Sr. Cortejón, “frase de los moralistas cristianos” y se refiere á “los movimientos psico-fisiológicos, de la emoción no sometida á la voluntad libre”. Ambrosio de Morales, en una de sus notas al *Arte de servir á Dios* de Fr. Alonso de Madrid (pág. 127 de la edición de Valencia, 1903, preparada por el docto franciscano Fr. Jaime Sala), dice: “*Los primeros movimientos no los podemos excusar*: forzoso es que nos combatan.” Aun en las comedias que se escribieron á imitación de la *Celestina* sale tal cual vez esa máxima de moral, muy cómicamente puesta en los labios de gente *non sancta*. Feliciano de Silva, en la *cena XXIII* de su *Segunda comedia de Celestina*:

“FELIDES.—Y aun por eso dice David, madre: airaos y no queráis pecar, porque *los primeros movimientos de la ira no son en manos de los hombres*, mas la razon ha luego de señorear la inclinacion natural de la venganza.”

Y el bachiller Rodríguez Florián en la escena XXI de su *Comedia llamada Florinea* (fol. 74 de la edición de 1544):

“FELISINO.—Bien dizes; que *los primeros movimientos no son en mano del hombre*; pero hemonos de ayrrar sin pecar.”

Y el autor de la *Comedia llamada Seraphina*, en la *cena III*, fol. 117 b de la edición de Sevilla (1546):

“DAVO.—*El primer movimiento no es en mano del hombre*: dize platon: mas la perseverancia en el pecado abominable cosa parece.”

No es éste el único lugar del *Quijote* en que el buen Hidalgo Manchego, pasado uno de sus ímpetus, cita para disculparse tal manoseada sentencia de los moralistas: también la invoca en el cap. XXX.

en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo á gran falta, 5 tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandallín, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la 10 mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo, *more turquesco*. Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su 15 nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado y de caballero á escudero. Así que, desde hoy en adelante,

II Clemencín advierte que esta frase latina, que equivale al modo adverbial *á la turquesca*, es decir, á uso ó estilo de los turcos, “recae sobre la inclinación de la cabeza y del cuerpo, pero no sobre lo de la gorra en la mano”. Y añade poco después: “Pero no debe parar aquí esta nota sin advertir que nada de esto de la gorra, cabeza ni cuerpo de Gandallín se lee en la historia de Amadís de Gaula. Inventólo D. Quijote, á quien le venía á pelo para su intento, y, como loco, pudo hacerlo de buena fe, arrastrado de su desvariada imaginación, según que lo hizo en el cap. XV con los azotes del mismo Amadís y con la melecina del caballero del Febo.”

nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, ⁵ el salario, á lo menos, no se ha de perder, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice —dijo Sancho—; pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y ¹⁰ fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante

² *Cordelejo* significa, como dice la Academia Española, chasco, zumba ó cantaleta, y úsase principalmente con el verbo *dar*. Compruébese el significado con algunos ejemplos: Tirso de Molina, en *Los tres maridos burlados* (*Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo XVIII, pág. 486 b): “Llegaron, en fin, á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á *dar cordelejo* de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido...” Calderón, *Los tres mayores prodigios*, jorn. II (*Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo VII, pág. 279 a):

PANTUFLO. (*A Teseo*.) ¡Ah, señor!
Por Júpiter, que me hables;
Por Apolo, que me escuches.
Ya, si éstas son burlas, basten.
Hilo pido; *no me des*
Cordelejo. ¡Ay! ¡Que me asen!
¡Por el supremo dios Momo,
Que no me responde nadie!

en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, ó por días, como peones de albañir.

—No creo yo —respondió don Quijote— que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podía suceder; que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Así es verdad —dijo Sancho—, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no

2 *Albañir* se decía, más comúnmente que *albañil*, á principios del siglo XVII, y así lo registra Covarrubias en su *Tesoro*. Es forma desusada hoy, pero que no por eso deja de merecer sitio en el *Diccionario* de la Academia. Pedro Espinosa, en *El Perro y la Calentura* (*Obras de...*, pág. 191): “Habrador, el horno se caldea por la boca. Privado, en lo alto se aprende el vuelo del *albañir*.”

10 *Por pocas cosas* equivale aquí á *por cosas menudas* ó *de poco momento*; á lo que hoy diríamos *por poca cosa*.

12 Las palabras *en él* se refieren al mundo, último nombre masculino mencionado; pero no al otro mundo, que es el que se nombra en el texto, sino á éste.

fuere para honrarle, como á mi amo y señor natural.

—Desa manera —replicó don Quijote—, vivirás sobre la haz de la tierra; porque después de á los padres, á los amos se ha de res- 5 petar, como si lo fuesen.

4 A Hartzzenbusch le pareció incompleta esta frase y enmendó: "... vivirás *largamente* sobre la haz de la tierra." Esto, en la primera de las ediciones de Argamasilla; que en la segunda lo retocó así: "... vivirás *largo tiempo* sobre la haz de la tierra." Aquí el autor de *Los Amantes de Teruel* iba de la mano con Clemencín, para quien "por descuido del autor ó del impresor se omitió el *largo tiempo* que debió seguir al *vivirás*, donde hace tanta falta, que parece mentira que lo omitiese Cervantes en el manuscrito original". Ahora poco ha, el Sr. Cortejón, siguiendo los pasos de los escritores antedichos, dijo que "por lo que respecta al sentido incompleto de la frase *vivirás sobre la haz de la tierra*, parece indudable que no se ha de achacar á inadvertencia del autor, sino á yerro de imprenta". ¡Pues no, señor! No hubo tal yerro: se decía como lo dijo Cervantes, y con más lectura, ó con mejor memoria, ni se habrían escrito tales notas, ni se habrían hecho tales enmiendas. Correas insertó esta locución en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (pág. 311 a): "*Vivirá sobre la haz de la tierra.*" Se dice "del manso y pacífico, y del cobarde". Sazedo, en sus coplas *sobre los diez mandamientos* (*Cancionero general* de Castillo, tomo I, página 38):

Si los honras, ciertamente
bevirás sobre la haz
de la tierra.

CAPITULO XXI

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS Á NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO.

5

En esto, comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, tor- 10 ciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes. De allí á poco, descubrió don Quijote un

4 Llamar *invencible* á D. Quijote, como se llamó á otros caballeros fabulosos, tales como *el invencible caballero Lepolemo*, es una donosísima ironía, que no puede menos de hacer asomar la sonrisa á los labios del lector, trayendo á la par á su memoria el recuerdo de las malaventuradas aventuras que habían acaecido á nuestro pobre hidalgo con el mozo de mulas de los mercaderes toledanos, con los yangüeses, con el harriero de Arévalo, con el cuadrillero y con los pastores que en mal hora le convidaron á probar de unas gentiles peladillas de arroyo.

hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo:

✓⁵ —Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias

✓⁵ 5 Uno de los refranes que tratan de los refranes no lo dice así, sino de esta manera: *No hay refrán viejo que no sea verdadero*. Y, en efecto, de la vejez, como al vino, viene á los refranes gran parte de su valor, porque en ella está fundada la prueba de la verdad que predicán. Así dice otro: “Dichos *de viejas* arrancan las piedras”, y, sobre que las viejas solían ser quienes con más frecuencia usaban los refranes (y así el Marqués de Santillana, como él indicó en el epígrafe de su coleccioncita paremiológica, *ordenó estos refranes que dizen las viejas tras el huego*), á la *vieja*, á la experiencia, se suelen referir los refranes mismos. Verbigracia: “Por San Francisco se siembra el trigo: *la vieja* que lo decía, ya sembrado lo tenía”; “Desde Navidad á San Andrés, aun no hay un mes: *la vieja* que lo buscó, en San Facundo lo halló.” Y, en fin, *ensiempos de la vieja* se les solía llamar (Paz y Melia, *Noticia de la Biblia puesta en romance por Rabí Mosé Arragel de Guadalfajara* (1422-1433), en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo*, tomo II, pág. 72): “*Ensiempro de la vieja*: Ve do vas, qual vieres, tal faz.” Con todo esto, también se dijo el refrán tal como lo cita Cervantes: así lo trae Correas en su *Vocabulario de refranes* (pág. 89), y así lo había escrito medio siglo antes el sevillano Juan de Mal-lara en el *Preámbulo* de su *Philosophia vulgar* (Sevilla, Hernando Díaz, 1568): “*No hay refrán que no sea verdadero*, porque lo que dize todo el pueblo no es de burla, como dize Hesiodo...” Cervantes volvió á encarecer la fe que merecen los refranes en el cap. XXXIX de esta misma parte primera del *Quijote*, por boca del Cautivo que cuenta su historia: “Hay un refrán en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia...”

sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: “Donde una puerta se cierra, otra se abre.” Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace—dijo Sancho—; que no querría que fuesen otros batanes, que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido.

—¡Válate el diablo por hombre —replicó don Quijote—, que va de yelmo á batanes!

3 En Andalucía lo modifican hiperbólicamente: *ciento se abren*. Una seguidilla popular (núm. 4.935 de mis *Cantos populares españoles*):

Dices que no me quieres
Tú, ni tu madre:
*Si una puerta se cierra,
Ciento se abren.*

12 “Yelmo encantado—dice Clemencín—que ganó Reinaldos de Montalbán matando al rey Mambrino, que lo llevaba.”

—No sé nada —respondió Sancho—; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

5 —¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? —dijo don Quijote—. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

10 —Lo que yo veo y columbro—respondió Sancho—no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ése es el yelmo de Mambrino—dijo
15 don Quijote—. Apártate á una parte y déjame con él á solas; verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme —re-
20 plicó Sancho—; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me men-

2 Alude aquí Sancho á la prohibición de hablar demasiado, que le había hecho D. Quijote en el capítulo anterior (155, 6).

19 *En cuidado me lo tengo*, dijo D. Quijote en el capítulo XII, y allí puse nota acerca de esta frase (I, 276, 11).

21 Refiérese aquí Sancho, insinuándolo y no más, al refrán que dice: "*Quiera Dios que orégano sea, y no se nos vuelva alcarabea.*"

téis, ni por pienso, más eso de los batanes —dijo don Quijote—; que voto..., y no digo más, que os batanee el alma.

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliera el voto que le había echado, redondo como ⁵ una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo, y el caballo y caballero que don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y el ¹⁰ otro, que estaba junto á él, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azófar; y quiso la suerte ¹⁵ que, al tiempo que venía, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como ²⁰ Sancho dijo, y ésta fué la ocasión que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que

✓ 4 Acerca del significado de este *que* (*de que*) recuérdese una de las notas del capítulo anterior (150, 16).

✓ 5 Pues si lo echó redondo, sólo por eufemismo acababa Cervantes de poner en boca de su hidalgo las palabras “y no digo más”, porque parece claro que lo que D. Quijote dijo fué: *voto á Dios*.

veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos. Y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á
5 todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:

—Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame
10 de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.

El barbero, que, tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza sino fué el dejarse caer del asno
15 abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual
20 se contentó don Quijote, y dijo que el pagano

9 En el cap. IV, "Non fuyáis..., gente cautiva". Allí queda nota (I, 129, 15).

✓ 9 Aquí, como diría Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, § 249), el verbo *entregar* enseña la oreja, pues se descubre á qué ralea pertenece, aunque por verbo regular lo estime la Academia Española. Los campesinos andaluces no sólo dicen *entriego*, *entriegas*, etc., sino, además, usan el sustantivo *entriega*, formado como de *fregar*, *friega*, de *segar*, *siega*, etc. Bien que la dicha Academia, en su léxico, reconoce que en lo antiguo se usó el sustantivo *entriego* en el significado de *entrega*, 1.^a acepción.

había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el 5

4 La Academia tiene por anticuada la voz *distinto* en su significado de *instinto*; pero es lo cierto que no sólo era de uso corriente en tiempo de los Reyes Católicos, sino mucho después. Aquí la emplea Cervantes por boca de D. Quijote, que sabe hablar bien, y otra vez en el cap. L, por boca de un canónigo muy docto y discreto. Suárez de Figueroa dice en el alivio IX de *El Passagero* (1617): "Sea siempre rector de las acciones el entendimiento, de quien, y del racional *distinto*, sereis facilísimamente señor si también os armaredes con el arnés y escudo de la paciencia." Y aún, años después, escribía el antequerano Pedro Espinosa (*Obras de...*, pág. 110):

Eres norte á la aguja del *distinto*;
Que del calor del aire está el jacinto.

4 Cuéntase del castor, desde tiempo muy remoto, que dándose cata de que sus perseguidores quieren cazarlo por aprovecharse de la materia medicinal que tiene en ciertos órganos, se los corta con los dientes y así libra la vida. Hoy está desterrada esa errónea creencia: no hay tal *autocastración*: el *castóreo* es producto de unas glándulas que junto al ano tiene aquel animal, así la hembra como el macho, cosa que ya era bien sabida en el siglo *xvi*, no obstante lo cual los escritores traían á cuento el del castor, como aquí Cervantes, y Fr. Luis de Granada en el *Símbolo de la Fe*, según nota Clemencín, y Lope de Vega en su poema de *San Isidro*, en el cual uno de los pobres invitados á comer por el Santo dice, relatando el naufragio en que perdió sus riquezas:

¿Qué os contaré cuánta hacienda
Al mar entonces le di?
Por salvarme, *el castor fui*,
Que arroja la mejor prenda:
Rico entré, pobre salí.

yelmo; el cual, tomándole en las manos, dijo:

—Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí.

Y dándosela á su amo, se la puso luego en la
5 cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje; y como no se le hallaba, dijo:

—Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le fal-
10 ta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

—¿De qué te ríes, Sancho?—dijo don Qui-
15 jote.

—Ríome—respondió él—de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero, pintiparada.

20 —¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún

3 El *real de á ocho* era una moneda de plata que tenía el peso y el valor de ocho reales de plata.

✓ 18 El *almete* sólo cubría el casco de la cabeza del soldado, tal como el bonete el de las personas eclesiásticas, por lo cual estas prendas representaban simbólicamente á entrambas clases sociales, como se echa de ver en un refrán poco usado hoy: “Entre *almete* y bonete se hacen cosas de copete.” Quiere decir: cosas de capital y transcendencia.

extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere; que para mí que la conozco no hace al caso su trasmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada; cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. 15

—Eso será—dijo Sancho—si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. 20

—No me da mucha pena el haberle perdido;

9 “La alhaja—observa Clemencín—era de oro purísimo, y la había de componer el herrero. Tal estaba la cabeza del pobre hidalgo.”

11 Aquí se equivocó D. Quijote: Vulcano no forjó armas para Marte; antes éste las forjó para Vulcano, de la peor de las especies, teniendo tratos y contratos con Venus su mujer.

que ya sabes tú, Sancho—dijo don Quijote—, que yo tengo la receta en la memoria.

—También la tengo yo—respondió Sancho—; pero si yo le hiciere ni le probare más
5 en mi vida, aquí sea mi hora. Cuanto más, que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo de ser otra vez manteado no digo
10 nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

15 —Mal cristiano eres, Sancho—dijo oyendo esto don Quijote—, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábette que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué
20 costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que á no entenderlo yo ansí, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que
25 el que hicieron los griegos por la robada Ele-

✓ 5 *Su hora*, por alusión á la de su muerte. Así suele decirlo el vulgo: "Le llegó *su hora*." Y así Quevedo intituló uno de sus cuentos *La hora de todos*.

na. La cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes.
Y dijo Sancho:

—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero de-
jando esto aparte, dígame vuestra merced qué
haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que según él puso los pies en polvorosa y cogió las

15 Más comúnmente que *poner los pies en polvorosa*, se decía y se dice *poner pies en polvorosa*, como en la décima del Donoso, poeta entreverado (I, 39, 6). En el habla de germanía *polvorosa* significa *calle* y *senda*. Uno de los medios á que los germanes acudieron para formar su segundo vocabulario fué dar á las cosas el nombre de una de sus principales cualidades, convirtiendo de esta manera en sustantivos los adjetivos, como se echa de ver en el curiosísimo romance, mal atribuído á Juan Hidalgo, que empieza:

En Toledo, en el altana,
Un lobo mayor ha entrado.

Su *segundo* vocabulario dije, porque, como manifesté en el *Discurso preliminar* de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo* (pág. 286), en la segunda mitad del siglo xvi hubo, consecutivamente, dos diversas hablas de germanía, y la más vieja de entrambas iba de capa caída en 1580, á causa de haberse vulgarizado mucho; por esto decía el anó-

de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás. Y ¡para mis barbas, si no es bueno el rucio!

nimo autor de uno de los romances que Juan Hidalgo dió á la estampa:

Habla nueva germanía,
Porque no sea *descornado*;
Que la otra era muy vieja
Y la *entrevan* los villanos.”

Y en la nota correspondiente á esta indicación copié un fragmento de tal romance:

Cáscaras llama á las medias;
Al zaragüel, *arrojado*;
Llama á los zapatos *duros*;
Que las piedras van pisando.
.....
Al manto llama *ligero*,
Que el aire lo va volando;
A los botines, *dichosos*;
Que ven lo que va tapado.

1 En una de las notas á los versos preliminares del *Quijote* (I, 39, 8) paramos algo la atención en que, al decir

Que el tácito *Villadie-*
Toda su razón de esta-
Cifró en una retira-,

se daba á entender “que Villadiego fué un hombre llamado así, y no un lugar de este nombre, como generalmente se cree”. Ahora nos salen al paso *las de Villadiego*, esto es, *las calzas de Villadiego*, y vuelve á ocurrirnos idéntica duda. ¿Fué Villadiego un hombre que, por tales ó cuales circunstancias, hizo sus calzas famosas y las legó á la tradición para que *las tomasen* cuando fuesen á huir, ó fué un pueblo renombrado por las calzas ó alpargatas que en él se hacían? Sin espacio aquí sino para enunciar la cuestión, remitiré al lector curioso al interesante artículo que, respondiendo á uno de sus preguntantes, insertó D. José María Sbarbi en el núm. 14 de *El Averiguador Universal* (Madrid, 31 de Julio de 1879), y en el cual transcribió el culto pare-

—Nunca yo acostumbro—dijo don Quijote—despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso lícito es 5 tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea; que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. 10

—Dios sabe si quisiera llevarle—replicó Sancho—, ó, por lo menos, trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno 15 por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto—respondió don Quijote—; y en caso de duda, hasta estar

miólogo una jocosa décima de antaño, que explica, ingeniosamente á lo menos, la frasecilla proverbial:

Villadiego era un soldado
Que á San Pedro, en ocasión
De estar en dura prisión,
Nunca le faltó del lado.
Vino el espíritu alado,
Y, lleno de vivo fuego,
Le dice á Pedro: —Sal luego;
Toma las calzas; no arguyas.—
Y, por ponerse las suyas,
Tomó las de Villadiego.

mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

—Tan extrema es—respondió Sancho—, que si fueran para mi misma persona no los
5 hubiera menester más.

Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del
10 real, que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían, por el miedo en que les habían puesto.

15 Cortada, pues, la cólera, y aun la malenco-

7 Con alguna irreverencia, que está solamente en la forma, y no llega al fondo, trajo á cuento Cervantes, para referir el cambio de una albarda por otra, la frase latina *mutatio caparum*, con que el *Ceremonial romano* significa el cambio que los cardenales y prelados de la curia romana hacen anualmente de sus capas y mantos de piel, por otros de seda encarnada, ceremonia que se celebra el día de la Resurrección.

7 A las mil lindezas, que hoy diríamos á las mil maravillas.

8 ¡Donosa aplicación de la frase sólo referente á las mejoras testamentarias!

9 Clemencín creía que “está invertido el orden de las palabras, el cual debiera ser: “de las sobras del real del acémila que despojaron.” Sabido es que en una de sus acepciones *real* vale campamento.

15 “Según el léxico de la Academia, *cortar la cólera* es “tomar un refrigerio entre dos comidas”; y siendo *refrigerio* “corto alimento que se toma para reparar las fuer-

nía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino, por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto, se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura, sin otro disignio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo:

—Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? Que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido más de cuatro cosas

zas”, cortar la cólera viene á ser tomar refacción, ó un piscolabis: algo de comer; algo que, como dicen, se pegue al riñón.” Esto dije en la nota 153 (pág. 418) de mi edición de *Rinconete y Cortadillo*, en donde cité el pasaje del *Quijote* que ahora da pie para la presente, y añadí que “hoy suele decirse *cortar la bilis*”.

1 En el *Diccionario* de la Academia está, aunque como anticuada, la voz *malencolía*, pero no en la forma *melanconía* (II, 151, 11), ni en estotra (en Italia, *malinconia*), aunque con frecuencia salen al paso, especialmente en los libros de los siglos xv y xvi. El licenciado Gutiérrez, en unas coplas respondiendo á otras de Sebastián de Horozco (*Cancionero* de éste, pág. 45 a):

Yo no supe hasta ayer
de vuestra *malenconía*.

Cervantes, en otros lugares del *Quijote* (p. I, 37, y p. II, 13), escribe consiguientemente *malencónico*.

en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se malograra.

—Dila—dijo don Quijote—, y sé breve en
5 tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor—respondió Sancho—, que de algunos días á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando
10 estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así, se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la
15 intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así, me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún emperador, ó á otro príncipe grande, que tenga alguna
20 guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del se-

2 *Pico*, no porque “la punta ó extremidad de la lengua se llamó *pico* por la semejanza con el de las aves”, como dice Clemencín, sino porque en Andalucía se nombra vulgarmente *pico* al extremo de muchas cosas; á lo que otros llaman *punta*; verbigracia: “se sentó en un *pico* de la banca”; “se le paró una mosca en el *pico* de la nariz”.

ñor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar, á cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de 5 los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.

✓ —No dices mal, Sancho—respondió don 10 Quijote—; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algún gran 15 monarca ya sea el caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces, dicen-

1 No se me alcanza por qué el Sr. Cortejón, como Clemencín, rechaza el *sirviéremos* de la edición príncipe y prefiere el *serviremos*. El sentido del pasaje pide claramente el futuro imperfecto de subjuntivo, y no el de indicativo. Bien que Cortejón, á juzgar por la variante que saca como texto de la edición primera, pensó equivocadamente que ésta dice *sirviésemos*, siendo así que no dice sino *sirviéremos*.

3 Poner en escrito una cosa equivale á escribirla, y así se dijo desde tiempo muy remoto. El Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, copla 1.236 de la edición de Ducamin:

quantas ordenes son *non las puse en escrito*:
“venite, exultemus!”—cantan en alto grito.

do: “Éste es el caballero del Sol”, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. “Éste es —dirán—el que venció en singular batalla al
5 gigantazo Brocabruno, de la gran fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años.” Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos, y luego, al alboroto
10 de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas, ó por la empresa

1 Las más de las ediciones modernas, aun las de Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, dicen *ó de la Serpiente*, siguiendo á las ediciones segunda y tercera de Cuesta. Y ¿por qué no *de la Sierpe*, como dice la príncipe? ¿No se llamó Palmerín de Oliva *el caballero de la Sierpe*? ¿No se llamó así también Belcar, aquel duque de Ponte y de Durazo que figura en el *Palmerín de Inglaterra*?

6 Clemencín detiénese á manifestar que “decimos *Gran Turco*, pero no *Gran Mameluco*”, y que *Mameluco* no es cosa de Persia, sino de Egipto, ni tampoco es nombre de dignidad, como el de Soldán... “Pero los locos—añade—tienen libertad, todavía más amplia que los pintores y los poetas, para inventar y fingir cuanto quieran.” Por ahí había de empezar Clemencín su nota.

11 *A las fenestras, y no á las ventanas*, que es lo mismo, por imitar el habla arcaica de los antiguos libros de caballerías.

13 *Empresa* es—dice Covarrubias—“cierto símbolo, ó figura enigmática, hecha con particular fin, endereçada a conseguir lo que se va a pretender, y conquistar, ó mostrar su valor y ánimo”. Y poco antes: “Y porque los caualleros

del escudo, forzosamente ha de decir: “¡Ea, sus! Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, á recibir á la flor de la caballería, que allí

andantes acostumbrauan pintar en sus escudos, recamar en sus sobreuestes, estos designios, y sus particulares intentos, se llamaron empresas.”

✓ 1 Según Pellicer y Clemencín, la interjección *sus* viene del adverbio latino *sursum*, arriba. Para Covarrubias es “palabra antigua que vale *supra*; y de allí *suso*, como Valera de *suso* y Valera de *yuso*, que es lo mismo que *de arriba* y *de abajo*”. La Academia no da en su *Diccionario* la etimología de esta palabra, y el Sr. Cejador, en el suyo del *Quijote*, manifiesta: “No de *sursum*, que dió *suso* (Alex., 1852), etc., como *deorsum* dió *yuso*, y no *yus*, pues la *o* no se pierde en castellano, además de que *sus* no tiene el valor adverbial y de preposición de *suso*, *yuso*, sino únicamente el interjeccional de ¡arriba! ¡ánimo! Es el *zu-z*—añade—que en Eúskera vale lo mismo, de *zu*, *zu-tu*—alzarse, erguirse...” Sin entrar ni salir en ello, recordaré, por lo que pueda contribuir á esclarecer este punto: 1.º, que algunas veces se ha dicho *suso*, como interjección, en lugar de *sus*; y 2.º, que otras se ha dicho *sus*, como adverbio, en lugar de *suso*. Ejemplos de lo uno: en el *Aucto de los Triunfos de Petrarca* (Rouanet, *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI*, tomo II, pág. 492):

MUERTE. *Suso!* entrad, malos y buenos,
al triunfo de mi victoria...

E igualmente en la *Farsa de los cinco sentidos* (*Ibid.*, tomo III, pág. 327):

VER. Ea, *suso*, començemos:
entónese cada qual,
y a Dios mil loores demos...

Ejemplo de lo otro: Un refrán de los que á cada paso trae á cuento Gerarda en *La Dorotea* de Lope de Vega, esc. V del acto IV (fol. 210 v. de la edición príncipe, 1632): “Ni tan *yus*, ni tan *sus*”; que es como si dijese cualquiera de estotros refranes: “Ni tan monte, ni tan ponte”; “Ni tanto, ni tan poco, caballero loco”; “Ni calvo, ni con dos pelucas”; “Ni harre, que trote, ni so, que se pare.”

viene". Á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la
5 mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se pueda ha-
10 llar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la in-
15 tricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fa-

✓ 3 *Dar paz á uno* es "saludarle, besándole en el rostro, en señal de amistad". Para la Academia, que así lo define, es frase anticuada; mas pareceme que no, porque se dijo en todo el siglo xvi. Fr. Francisco de Osuna, *Norte de los estados...*, fol. 35: "Ponte delante della—de la desposada—y tocando con tus manos las suyas dile: Señora, *quereys paz?* Ella respondera: si, y luego *tu la as de besar* diziendo. Pues yo tambien: y no se hos olvide. No dexes de hazer esto, que algun tiempo sera menester traello a la memoria: aunque agora parezca juego de desposados."

✓ 15 Ya vimos en el prólogo (I, 24, 16) y en el cap. I (I, 53, 16) que Cervantes, como todos los escritores de su tiempo, decía *entricar* y *entricado* á lo que hoy llamamos *intrincar* é *intrincado*. Ahora dice *intricable*, y no sé á punto fijo si por *intrincable* ó que se puede enredar, ó por *inextricable* ó difícil de desenredar.

blar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, á algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien 5 pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo, con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con 15 cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo.

Mandaré luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará 20

5 “*Escarlata* — dice Covarrubias — es la color subida y fina del carmesí, ó grana fina; y desta seda, ó paño, se vestían los grandes Príncipes, y oy dia es la color del abito de los Cardenales y de algunas potestades seglares...”

7 Tanto Pellicer como Clemencín dan á *farseto* por voz italiana, que significa *jubón*, y, en efecto, esta voz sale en el canto XVII del *Orlando furioso*. Mas tanto llegó á tomar carta de naturaleza en España, que por voz española la incluyó en su *Vocabolario* Franciosini: “*Farseto, una sorte di giubbone.*”

fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada, además, por haber puesto y colocado
5 sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey, ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte)
10 licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas
15 de un jardín, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la In-

✓ 15 Clemencín dice que “mejor estuviera *que cae al aposento*, y mejor aún *al que cae el aposento*, porque el aposento es el que cae al jardín, y no al revés”. Hartzenbusch, en las dos ediciones de Argamasilla, y Díaz de Benjumea en la suya, enmendaron: “...por las rejas *del aposento donde ella duerme que caen á un jardín*, por las cuales...”; pero rehacer así, ó es escribir un *Quijote* nuevo, ó cerca le anda. Dos cosas hemos de notar en este punto, y es la una que *á* y *en* son preposiciones que se usan indistintamente para indicar lugares, y de igual manera *al* y *en el*. Así, lo mismo se lee “vivía *á* las tendillas de Sancho Bienaya”, cap. III (I, 107, 3), y “Anselmo el rico, que vivía *á* San Juan” (cap. XXXV), que “porque antes se arrojaria *en* la mar...” (cap. XLI), y “se tomaría el expe-

fanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmaya-
ráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mu-
cho, porque viene la mañana, y no querría que
fuesen descubiertos, por la honra de su señora;
finalmente, la Infanta volverá en sí, y dará ⁵
sus blancas manos por la reja al caballero, el
cual se las besará mil y mil veces, y se las ba-
ñará en lágrimas. Quedará concertado entre los
dos del modo que se han de hacer saber sus
buenos ó malos sucesos, y rogará la Prin- ¹⁰
cesa que se detenga lo menos que pudiere; pro-
metérselo ha él con muchos juramentos; tór-
nale á besar las manos, y despídese con tanto
sentimiento, que estará poco por acabar la
vida. Vase desde allí á su aposento, échase so- ¹⁵

diente de que el gran D. Quijote pasase *en Berbería*" (p. II, 64). Esto, por un sí; que por otro, y pues la sintaxis en los buenos tiempos de Cervantes no andaba tan afinada como ahora, bien podría ser que debiese de leerse así: "por las rejas de un jardín, que cae en [él] (*al cual cae*) el aposento donde ella duerme"; y en este caso habría, además del *á* significando *en*, una de tantas omisiones mecánicas de una de dos sílabas iguales é inmediatas.

14 No afirmaré, como Clemencín, que aquí está viciado el texto, "ni que había de decir *estará en poco el acabársele la vida*, ó *faltará poco para acabársele la vida*"; pero sí diré que no recuerdo haber leído en otra parte *estar poco por* en significado de *faltar poco para*. Para tachar de viciados los textos debe caminar con mucha discreción: aun los anotadores del *Quijote* no sabemos mucho del habla del tiempo viejo, y á lo mejor sucede lo que con el *poco más á menos* que sale de cuando en cuando en esta obra (I, 186, 3; II, 26, 18, etc.): que se ha tenido por errata el *á* hasta que hemos demostrado que no lo es.

bre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reina y de la Infanta; dícnle, habiéndose despedido de los dos, que
5 la señora Infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera de-
10 lante, halo de notar todo, vásele á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de Reyes ó no; asegúrala la doncella que
15 no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto

2 No hay en esto el pleonismo que halló Clemencín: *madrugar* es, como dice Covarrubias, “levantarse de buena mañana”, ó bien “levantarse al amanecer ó muy temprano”, como dice en su léxico la Academia; pero como en esto cabe más y menos, *madrugar muy de mañana* equivale al *madrugar mucho* de los refranes “No por mucho *madrugar* amanece más aína” y “Al que *mucho madruga*, Dios le ayuda”. *Madrugar muy de mañana* es, pues, *madrugar antes del día*, como se lee en otro lugar del *Quijote* (p. II, 9), ó *madrugar al amanecer*, como dice Quevedo en la *Vida del Buscón*, libro II, cap. VI.

5 Hoy diríamos *indispuesta*, mejor que *mal dispuesta*; pero antaño se decía como lo dice D. Quijote. Ambrosio de Salazar, *Espexo general de la Gramática*, pág. 1.^a: “... dígame si se sirue, cómo se halla de salud, porque me dixeron que estaua *mal dispuesto* ayer tarde.”

real y grave; consuélase con esto la cuitada: procura consolarse, por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, concíértase que la pida á su padre por mujer, en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que

2 Todas las ediciones modernas, excepto la de Máinez y la de Fitzmaurice-Kelly, se apartaron aquí de la primera, y muchas leyeron “y procura consolarse”, siendo así que en aquélla no se encuentra tal conjunción, ni hace falta alguna; antes, por sobrar, estropea el sentido de la cláusula. No hay en este lugar una repetición, como malamente se ha creído, sino una rectificación, cosa en la cual no han caído los editores, por ser elíptica la frase, al estilo y manera usuales en Andalucía: “consuélase con esto la cuitada [*mejor dicho*] procura consolarse, por no dar mal indicio...”

6 Clemencín repara doctoralmente: “Se triunfa del enemigo, pero no de las batallas. Debió escribirse *triunfa en muchas batallas*, y así diría acaso el original.” El señor Cortejón se inclina á pensar que D. Quijote dijo *batallas* por *ejércitos*. Por ahí estaba el camino. Una de las acepciones de *batalla* es “cada uno de los trozos en que se dividía antiguamente el ejército”, y así lo demuestran las palabras de Hurtado de Mendoza que el Sr. Cortejón cita en apoyo de su conjetura. *Triunfa de muchas batallas* significa, pues, *triunfa de muchos escuadrones*, entendiéndose por escuadrón lo que se entendía en tiempo de Cervantes: “porción de tropa formada en filas con cierta disposición, según las reglas de la táctica militar”.

sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo
5 que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la Infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su
10 escudero con una doncella de la Infanta, que será, sin duda, la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

—Eso pido, y barras derechas —dijo Sancho—: á eso me atengo, porque todo, al pie
15 de la letra, ha de suceder por vuestra merced llamándose *el Caballero de la Triste Figura*.

—No lo dudes, Sancho —replicó don Quijote—; porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido
20 los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Sólo falta agora mirar qué rey de

7 Recuérdese lo dicho en nota del cap. XVI acerca de la locución *en dos palabras* (II, 33, 9).

13 El modo adverbial á *barras derechas* equivale á *sin engaño*, y se originó, sin duda, del juego de barras. Quiñones de Benavente, en el *Entremés famoso de el Talego-niño* (*Entremeses de...*, tomo I, pág. 80):

D.^a REVERSA. Vamos por la vianda.

GARROTE.

Eso

Pido, y las barras derechas.

los cristianos ó de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda á la corte. También me falta otra cosa: 5 que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de reyes, ó, por lo menos, primo segundo de emperador; 10 porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos; así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es ver- 15 dad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos, y podría ser que el sabio que

2 Aquí la locura de D. Quijote le hace olvidarse de la fe debida á su Dulcinea, y no está más cuerdo Sancho, á quien se le va de la memoria que es casado, y sueña con casarse ventajosamente.

17 “Las leyes del Fuero Juzgo—recuerda Clemencín—, que rigieron en España desde su establecimiento en el período de la dominación goda hasta entrado el siglo XIII, y se repitieron en fueros posteriores, imponían *quinientos sueldos* de pena á los que hacían perjuicio ú ofensa grave á personas nobles, las cuales percibían esta multa en indemnización del agravio... De aquí vino la denominación de *hidalgo de devengar quinientos sueldos*.” Algunos han entendido que se decía “*hidalgos de vengar quinientos sueldos*”; pero es disparate, debido, en cuanto á este pasaje del

escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes
 5 en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente ba-
 10 ja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no

Quijote, á que la edición príncipe, por yerro, dice *y he devengar*; y en cuanto á otros libros, á que se cometió en ellos la frecuente errata de omitir mecánicamente una de dos sílabas iguales: la primera de *devengar*, después de la preposición *de*. Acerca de esto puede verse la nota 38 de las que puse al borrador de *Rinconete y Cortadillo* (página 341 de mi edición) y mi tratadillo intitulado *Las erratas tradicionales del Quijote*.

2 Para Clemencín, mejor diría “mi parentela y *ascendencia*, porque *descendencia* significa la progenie subsiguiente...” Haciendo caso omiso de la contradicción que hay entre las palabras *progenie* y *subsiguiente*, ¿quién dijo á Clemencín que por *descendencia* no se entendía en el habla vulgar todo el linaje, tanto el anterior como el posterior á la persona de quien se trataba? Sólo entendiéndolo así como lo digo hace buen sentido el final del segundo cuarteto de uno de aquellos crueles sonetos con que despiadadamente se vapulearon, estando presos en Sevilla, Alonso Álvarez de Soria y Cristóbal Flores Alderete (pág. 181 de mi libro intitulado *El Loaysa de “El Celoso extremeño”*):

Que ya yo he visto aquí, tras desta reja,
 Presas y presos vuestros *descendientes*.

fueron; y podría ser yo éstos, que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el Rey mi suegro, que hubiere de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á 5 pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más gusto me diere; que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo 10 de sus padres.

—Ahí entra bien también—dijo Sancho—lo que algunos desalmados dicen: “No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza”; aunque mejor cuadra decir: “Más vale salto de 15 mata que ruego de hombres buenos.” Dígolo porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregalle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el 20 daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes.

✓ 23 Según Covarrubias, “*estar á diente*, como haca de buldero”, significa “no haber comido”. En el texto vale “estarse sin probar bocado”. Castillejo, en su *Diálogo y discurso de la vida de corte* (Biblioteca de Rivadeneyra, tomo XXXII, pág. 217 b):

Y al sabor

De la privanza y favor,

Si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por ligítima esposa.

—Eso no hay quien lo quite —dijo don Quijote.

—Pues como eso sea —respondió Sancho—, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

—Hágalo Dios —respondió don Quijote— como yo deseo y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.

15 —Sea par Dios—dijo Sancho—; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

—Y aun te sobra —dijo don Quijote—, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque en haciéndote conde, cádate ahí caba-

Riquezas, mandos y honores,
Créceles más el ardor
De la corte y sus amores;
En la cual,
Según dice Marcial,
Tres ó cuatro comúnmente
Se gozan lo principal;
Los otros *andan á diente*.

llero, y digan lo que dijeren; que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—Y ¡montas que no sabría yo autorizar el litado! —dijo Sancho.

—*Dictado* has de decir, que no *litado* —dijo su amo.

—Sea así —respondió Sancho Panza—. Digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mía que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un

3 No están conformes los léxicos en el significado de la interjección familiar ¡montas...!, que alguna vez se lee ¡monta...!, y en mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo* puse acerca de esta voz (págs. 435-437) una larga nota, cuyas últimas líneas copiaré aquí: “Ahora sí es fácil fijar los significados análogos que tiene esta empecatada interjección. En estos ejemplos, sin exceptuar ninguno, el ¡montas... está empleado en significado de ¡A fe..., ¡Va-ya..., ¡Cuidado..., ¡Digo...; pero es de advertir que en seis de los siete úsase en frases exclamativas en que, por ironía, se encarece lo contrario de lo que suena la letra, y tan sólo en el tercero se entiende á lo llano. En Andalucía, donde se habla aún más con el gesto que con la palabra, y, por tanto, más para los ojos que para los oídos, es obligado complemento de las expresiones irónicas un guiño ó un gracioso mohín de los labios. A veces las antecede ó las subsigue truhanescamente un chasquido de lengua, ó, como en la tierra de Jaén, un leve ronquido, cosa de que hacen donaire y burla los andaluces de las otras provincias.”

ropón ducal á cuestras, ó me vista de oro y de perlas, á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

- 5 —Bien parecerás—dijo don Quijote—, pero será menester que te rapas las barbas á menudo; que, según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días, por lo menos, á tiro de escopeta se
10 echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más —dijo Sancho— sino tomar un barbero, y tenelle asalariado en casa? Y aun, si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

- 15 —Pues ¿cómo sabes tú—preguntó don Quijote— que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

—Yo se lo diré —respondió Sancho—. Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí
20 vi que, paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo

1 Refiérese Sancho, como dice Clemencín, al “manto forrado de armiños, propio de la dignidad y jerarquía de duque”.

21 Á lo que parece, Sancho aludió en estas palabras á D. Pedro Girón, el *gran* Duque de Osuna, inmortalizado por sus gloriosos hechos, y casi tanto como por ellos, por

aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. ⁵

—Digo que tienes razón —dijo don Quijote—, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de ¹⁰ más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

cuatro de los mejores sonetos que hizo Quevedo en toda su vida, especialmente por aquel que empieza así:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la Fortuna.

D. Pedro Téllez Girón nació, no en Valladolid, ni en 1579, como equivocadamente se ha venido diciendo, sino en Osuna, á 17 de Diciembre de 1574. Su partida de bautismo, de que mi buen amigo y paisano D. Antonio Valderrama, docto arcipreste de la dicha villa, me ha dado copia certificada, se publicó muchos años ha en la pág. 5 del tomo XLIV de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. El Duque murió, estando preso, en 1624. De él dijo Domingo Antonio Parrino, en su *Teatro de los Gobiernos de los virreyes de Nápoles*, tomo II, pág. 119: *Di picciolo non avea altro che la statura*.

4 Nota Pellicer que “ésta, en efecto, era la costumbre en tiempo de Cervantes. “Cuando salga el señor fuera de “casa á pasear ó hacer alguna visita, ha de ir el caballero “rizo detrás á caballo”, decía el año de 1614 D. Miguel Yelgo, en su *Estilo de servir á príncipes*, fol. 84”.

—Quédese eso del barbero á mi cargo —dijo Sancho—, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde.

—Así será —respondió don Quijote.

- 5 Y alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII

DE LA LIBERTAD QUE DIÓ DON QUIJOTE Á MUCHOS DESDICHADOS QUE, MAL DE SU GRADO, LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo XXI quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venían ansimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie; los de á caballo, con escopetas de rueda, y los de á pie, con dardos

18 Las escopetas y arcabuces *de rueda* se llamaron así porque, á diferencia de los arcabuces antiguos, no se disparaban con mecha, sino montando la llave ó eslabón por medio de una rodaja, para que el pedernal colocado junto al oído diese lumbré é incendiase el cebo.

y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo:

—Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.

5 —¿Cómo gente forzada? —preguntó don Quijote—. ¿Es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso —respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada
10 á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolución —replicó don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es —dijo Sancho.

15 —Pues desa manera —dijo su amo—, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced —dijo Sancho—

1 Las ediciones antiguas y muchas de las modernas leyeron como nosotros, y *que así*. Clemencín, á quien en esto han seguido otros, Fitzmaurice-Kelly entre ellos, omitió el *que*. No repararon en que todavía viene rigiendo el "Cuenta Cide Hamete Benengeli" del principio.

3 Se dijeron *galeotes*, de *galea*, nombre latino é italiano de la *galera*.

7 Por boca de D. Quijote discretea Cervantes con el doble sentido á que se presta la locución *gente forzada del Rey*, pues la preposición tanto puede indicar que era gente á quien el rey *había forzado* ó hecho violencia, como que era gente—y así lo repone Sancho—que iba condenada, por sus delitos, á servir *de por fuerza* en las galeras de Su Majestad.

que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó, en esto, la cadena de los galeotes, y don Quijote, con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Majestad, que iba á galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

—Con todo eso —replicó don Quijote—, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió á éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijese lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaven-

9 *Guarda*, en su significado de *guardador*, ó *el que guarda*, era palabra femenina en tiempo de Cervantes. Por eso intituló nuestro autor uno de sus entremeses *La guarda cuidadosa*.

20 *Fe*, en su acepción oficinesca de testimonio ó certificación. Aún solemos decir *fe de bautismo*, *fe de vida*, á las certificaciones por donde consta que fuimos bautizados y que vivimos al tiempo de su fecha.

turados, no es tiempo éste de detenernos á sac-
carlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se
lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán
si quisieren; que sí querrán, porque es gente
5 que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara
aunque no se la dieran, se llegó á la cadena y
al primero le preguntó que por qué pecados iba
de tan mala guisa. Él le respondió que por ena-
10 morado iba de aquella manera.

—¿Por eso no más?— replicó don Quijote—.
Pues si por enamorados echan á galeras, días
ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra
15 merced piensa —dijo el galeote—; que los míos
fueron que quise tanto á una canasta de colar
atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo
tan fuertemente, que á no quitármela la jus-
ticia por fuerza, aún hasta agora no la hubiera

19 En *Rinconete y Cortadillo* la Pipota cuenta que el Renegado y Centopíes habían llevado á su casa una canasta de colar, llena de ropa blanca, con su cernada y todo, “que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla”. Y allí, anotando este pasaje y á vueltas de citar estotro del *Quijote*, dije: “Cuando, como decía Monipodio, el oficio andaba muy flaco, á hurtar canastas de colar, como zorras á grillos, se andaban aquellos amigos de lo ajeno; que, al cabo, pensarían, menos da una piedra. Decíalo así *Guzmán de Alfarache* (parte II, libro III, cap. VI): “... nunca faltaban por los trascorrales algunas *coladas*, que, *con las canastas mismas* trasponíamos en los aires.”

dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabóse la obra.

5

1 *En flagrante ó in fraganti*: en el acto mismo de cometer el delito.

2 *No hubo lugar de tormento, ó á tormento*, porque, como advierte Clemencín, “el tormento ó tortura se daba en los casos de semiplena probanza, y en el de nuestro galante la había entera”.

4 En la edición príncipe, *tres precisos*, tal como en la presente; en la segunda de Cuesta, por evidente errata, *tres precios*, y en la tercera del mismo, *tres años*, lección esta última que han seguido los más de los editores modernos, entre otros, Pellicer, Clemencín y Hartzenbusch. Los Sres. Fitzmaurice-Kelly y Ormsby, en la introducción á su edición del *Quijote* (Edimburgo, 1898), pág. 20, conjeturaron que “en un lenguaje de esta índole [de germanía], *precisos* sería un vocablo á propósito é inevitable para indicar años de trabajos forzados en las galeras”. La expresión es elíptica, como la inmediatamente anterior de “acomodáronme las espaldas con ciento”, en la cual se sobrentiende *azotes*, y como la que poco después dice otro penado: “habiendo paseado las *acostumbradas*”, suple *calles*. Era muy del hablar de los jácaros—V. una nota del cap. XXI (171, 15—omitir los sustantivos y subrogar en su lugar los adjetivos. Así, el decir “*tres precisos de gurapas*” significa *tres años que precisamente* había de estar el penado en las galeras, amén de algún tiempo más, que se cumplía ó no en ellas, á voluntad del juez sentenciador.

La enmienda de *años* por *precisos*, que apareció en la tercera edición de Cuesta (1608), es señal muy convincente de que, contra lo que sin buen fundamento se ha dicho y propalado, Cervantes no corrigió tal edición. Él, de seguro, no habría quitado ese *precisos*, tan de la germanía como las *gurapas*, y el *canario*, y las *acostumbradas*, y el *cantar en el ansia* que salen luego.

—¿Qué son gurapas?— preguntó don Quijote.

—Gurapas son galeras —respondió el galeote.

5 El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por
10 él el primero, y dijo:

—Éste, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —repitió don Quijote—.
¿Por músicos y cantores van también á ga-
15 leras?

—Sí, señor —respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

11 *Canario* llamaban en la jerga de los jácaros al que, con tormento ó sin él, confesaba su delito. Y alguna vez, *calandria*. Quiñones de Benavente, en su *Entremés de la Visita de la cárcel* (*Entremeses de...*, tomo I, pág. 88), dice por boca de Juan Matías, cuando salen encadenados los presos:

Plaza, plaza al comisario
De las jaulas de la mar,
Que á encerrar lleva *calandrias*,
Porque *cantaron* acá.

17 En *Rinconete y Cortadillo* dice Ganchuelo: "...porque los días pasados dieron tres *ansias* á un cuatrero que había murciado dos roznos, y, con estar flaco y cuartanario, así las sufrió *sin cantar* como si fueran nada..." Explicando este páase escribí lo que de explicación puede servir para estotro del *Quijote*: "*Cantar*, en lenguaje de

—Antes he yo oído decir—dijo don Qui-

germanía, es *confesar*, en el tormento ó fuera de él; pero *cantar en el ansia* no es precisamente *confesar en el tormento*, como dijo una de las guardas de los galeotes..., de donde, sin duda, lo ha tomado para su léxico la Academia, sino *confesar en el tormento del agua*. Este líquido, entre los germanes, se llamaba *ansia*, cuando no *clariosa*, y *ansia*, asimismo, según el *Vocabulario* sacado á luz por Juan Hidalgo, el horrible tormento llamado *del agua*, que consistía en extender sobre la cara del paciente un paño de lino, que le tapaba las narices, para que no pudiese respirar por ella, é ir destilando el agua en la boca por medio del paño y á chorro, para que lo arrastrase consigo hasta lo profundo de la garganta. González de Montes, el reformista de cuyo libro *Artes de la Inquisición Española* tomo esta noticia (págs. 80 y 81 de la traducción de D. Luis Usoz), añade: "Diríase aquí que el infeliz moribundo estaba en la agonía "en que suelen hallarse los que van á exhalar el último "aliento, á no ser porque á éstos nadie les quita el recurso "de la respiración, y aquél no tiene modo de respirar, im-"pidiéndole el agua hazerlo por la boca, y por las narices "el paño. Pero cuando se saca de lo último de la garganta el "pañó (lo cual se haze muchas vezes para que el atormen-"tado responda á las preguntas) empapado en agua y san-"gre, diríase que con él se le arrancaban al infeliz las en-"trañas." Que este tormento, como los demás, se daba no sólo por orden de los inquisidores, sino también por mandato de las justicias ordinarias, que conocían de las causas seguidas por hurtos, robos, etc., dícenlo los tratados de procedimientos judiciales de antaño y el tener nombre germanesco tal martirio. Y dícelo aún más claramente el tratarse de este linaje de tortura en los *Romances de germanía* del procurador Cristóbal de Chaves, en uno de los cuales, el de *la vida y muerte de Maladros*, se describe después de la del torno ó garrote. Véase lo referente á entrambos:

Al punto el boche Ganzúa
Desolló al jaque Maladros,
Y sentólo en las parrillas,
Con cincha el árbol atando.
Comenzóle á retorcer

jote— que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote.

5 Mas una de las guardas le dijo:

Los *bramantes* con los palos,

Diciéndole á cada vuelta

Que *garle* lo demandado.

El decía á todo *nones*

Cuanto le era preguntado;

Renueva el torneo tras esto,

Y en las *parrillas* lo ha echado.

Las *pirámides* le liga,

Los *bramantes* apretando,

Rodeándole la frente

Con un torzal muy delgado.

Comienza la *clariosa*

A remojarle los labios,

Llevando tras sí el *cedal*,

Vaciando apriesa el *pitaflo*.

El jaque, *viendo tal ansia*,

Y que no paraba un rato,

Pide que el *bramante* aflojen;

Que quiere *cantar* de plano.

Para los poco versados en el lenguaje de la jacarandina, daré las equivalencias de las palabras de germanía que salen en estos versos: *boche*, verdugo; *desollar*, desnudar; *parrillas*, potro ó burro en que daban el tormento; *árbol*, cuerpo; *bramantes*, cordeles; *garlar*, hablar; *pirámides*, piernas; *clariosa*, como queda dicho, agua, y *pitaflo*, jarro.

1 Este dicho es un refrán muy corriente, que también anda en las coplas del vulgo (núm. 5.076 de mi colección de *Cantos populares españoles*):

Quien canta, su mal espanta,

Y aquel que llora, lo aumenta;

Yo canto por divertir

Penillas que me atormentan.

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. Á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado 5 le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos azotes, que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en 10 poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene

11 Entiéndase *para decir nones*, esto es, para perseverar en la negativa. *Nones* sale con frecuencia en los romances de germanía, y acabamos de verlo dos notas atrás. En el primero que se compuso en esta jerga, y que empieza: “En la ciudad de Toledo”, publicado por Juan Hidalgo con los otros *Romances de germanía* de Cristóbal de Chaves, hablando de un ladrón famoso (*baile* en el habla de los jácaros):

Llevado lo han á la trena,
 Donde los juéces son;
 Siete *ansias* le habían dado,
 Todas de grande pasión;
 Diz á todo el baile *nones*,
 Si no hubiera información.

Y Quevedo, en *El Parnaso Español*, Musa V, jácara VII:

Granizó el diablo testigos
 De lo que no ven ni oyen;
 Pusiéronme en el caballo
 De las malas confesiones.
 Andaba el “Di la verdad”
 Entre cuerdas y garrotes;
 Yo en el valor y el negar
 Fuí doce Pares y *nones*.

un *no* como un *sí*, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de
5 camino.

—Y yo lo entiendo así —respondió don Quijote.

El cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual, de presto y con mucho des-
10 enfado, respondió y dijo:

—Yo voy por cinco años á las señoras guras por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana —dijo don Quijote—por libraros desa pesadumbre.

15 —Eso me parece —respondió el galeote—

2 Con ligera variante, lo mismo que este galeote dice Cortadillo á Monipodio en el *Rinconete*, en cuya edición crítica puse la nota que extracto ahora (pág. 410): “Bien mirado, estas expresiones no son de Cervantes, sino de los delincuentes inconfesos de su época. Él las oiría muchas veces, especialmente cuando estuvo preso. Así, los galeotes con quienes topó el héroe manchego escarnecían y tenían en poco al cuatrero que había confesado su delito, “porque dicen ellos...”, etc. La frase del *sí* y del *no* perdura en el uso de la población carcelaria, y quiere decir que no teniendo un *no* más letras que un *sí*, no cuesta más trabajo responder con aquél que con éste... Esa misma frase es también argumento de la dialéctica popular amatoria, y así se echa de ver en mi colección de *Cantos populares españoles*, tomo II, núm. 1.883:

Tantas letras tiene el *sí*
Como letras tiene el *no*;
Con el *sí* me das la vida,
Y la muerte con el *no*.

como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera unta-⁵ do con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de

6 *Péndola*, pluma, de donde *pendolista*. *Untar*, en su acepción figurada, es, como dice la Academia, “corromper ó sobornar á uno con dones ó dinero”. Y es muy propio este verbo para indicarlo, porque quien unta, suaviza, y evita el chirriar de las ruedas al dar vueltas en sus ejes. Así, lo mismo se dice *untar*, á secas, que *untar el eje*, ó *untar la mano* á uno. Y porque la plata tiene especial virtud usada en esa clase de unciones, se la llamaba *unto de Méjico*. Enríquez Gómez, *La Garduña de Sevilla*, cap. IV: “Por vida del Rey, señor Arenillas, replicó el juez, que tan *untadas* tiene usarced las manos *de unto de Méjico* como yo el cuerpo de agua.” Y por el *ra ra* que hacen los pesos duros al irlos contando uno sobre otro, llamóse también *unto* ó *emplasto de ranas* el soborno que con ellos se hace. Moreto, *El desdén con el desdén*, jorn. II:

DIANA. Mil escudos te apercibo
Si tú su desdén allanas.

PADILLA. Sí haré: el *emplasto de ranas*
Poné por madurativo.

8 Como *zoco*, que es árabe, significa *plaza*, decir *plaza de Zocodover* es pleonástico, y ya lo indicaba Clemencín, “como decir *punto de Alcántara*, *río Guadiana*, *ciudad de Medina*, *castillo de Alcalá...*”, etc. En cosas como éstas, nada tan curioso como lo que sucedió en Osuna con el nombre de una calle: llamábase, á la antigua, *cal de Negros*; pasaron los años y el vulgo entendió que las tres palabras eran el nombre de la calle, como si se refiriese á la *cal de los negros*—que presumo que, en su caso, sería el carbón—y todos dieron en llamarla *calle de Caldenegros*, con lo cual la llamaron *calle* dos veces, y ambas en castellano.

Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca
 5 que le pasaba del pecho; el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venía, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo:

—Este hombre honrado va por cuatro años
 10 á galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido, en pompa y á caballo.

8 *Lengua*, en la significación, usualísima antaño, de *intérprete*.

10 Esto de *las acostumbradas*—sobrentendiendo *calles*—lo tomó la germanía del texto de las sentencias en que se condenaba á azotes, ó á muerte en horca. El procurador sevillano Cristóbal de Chaves, en su *Entremés de la Cárcel de Sevilla* (que todavía hay quien atribuya, muy equivocadamente, á Cervantes), hace leer al escribano una sentencia: “Fallo que por la culpa que contra Paisano resulta, le debo condenar y condeno a que de la cárcel do está sea sacado públicamente en un asno de albarda, y un pregonero delante que manifieste su delito, y sea llevado *por las calles acostumbradas*, y de allí sea llevado á la plaza, donde estará una horca hecha...” Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio*, acto II:

TARSO. ... Y poco faltó, por Dios,
 Para ser en Portugal
 Caballeros á lo asnal,
 Pues que supimos los dos
 Que el Duque mandado había
 Que *por las acostumbradas*
 Nos diesen las pespuntadas
 Orden de caballería.

11 Dice á caballo, por decir *caballero en un asno de albarda*, ó *caballero á lo asnal*, como escribía Tirso; y en

—Eso es —dijo Sancho Panza—, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

—Así es —replicó el galeote—; y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. ⁵ En efecto, quiero decir que este caballero va

pompa, por el aparatoso acompañamiento del sentenciado: pregonero, alguacil, corchetes, y larga y ruidosa muchachería, y por la trompeta, que llamaba gente entre pregón y pregón. Véanse unos renglones de la sentencia que en 1567 dictó el Santo Oficio de Valencia en causa contra Miguel Pérez, estudiante, por delito de herejía (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Valencia, leg. 28, número 24): "... E por la fraction e rompimiento de las carceles le condenamos a que otro dia siguiente *por las calles públicas acostumbradas* desta ciudad, *cauallero en una bestia de albarda*, desnudo hasta la cintura, le sean dados çient açotes con voz de *pregonero y trompeta pública* que manifieste sus delitos..." Y aun para más *pompa*, pues el del viejo galeote cervantino lo requería, y á eso se alude probablemente con lo de *vestido*, pondríanle una loba y una corza ó mitra de cartón. Tirso de Molina, *Averigüelo Vargas*, acto III:

SANCHA. Tomar es bellaquería;
 Porque alcahuete por toma
 No se imagina bien dél,
 Y una mitra de papel
 Le dan, sin bulas de Roma.

Antes que Tirso, había aludido á lo de la infamante mitra el toledano Sebastián de Horozco, *Cancionero de...*, pág. 24, en sus coplas *A una p... vieja alcahueta*:

No hay mozo ni despensero
 que á tu casa no se acorra,
 cayendo con su dinero.
 Pues quarte del *roca*dero
 y açotes con miel y borra.

El último verso se refiere á que solían emplumar á estas reos, enmelándolas antes, para que se les pegaran bien las plumas.

por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

—Á no haberle añadido esas puntas y collar —dijo don Quijote—, por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que
10 no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores

1 Aún á principios del siglo xvii eran de buen pasar el vocablo *alcahuete* y sus deudos propincuos *alcahueteria*, *alcahuetear* y *alcahuetazgo*, que así como ellos suenan andaban escritos en la *Nueva Recopilación*. Pero pocos años después desterráronse tales palabras del lenguaje culto, y quedaron relegadas al uso de la gente vulgar, melindre de que con donosura se burlaba D. Pedro Calderón, por boca de un rústico, en la jorn. I de *Celos*, *aun del aire matan*:

¡En qué cosas se mete
El que se mete á... Consonante, vete,
Pues nombre es más pulido
Agente de negocios de Cupido.

13 Esta festiva opinión no era sólo de D. Quijote; compartíala con él, á lo menos, el poeta extremeño D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, quien, á fines del siglo xvi, ó en los primeros años del xvii, antes de ser conde de la Roca, escribió en Sevilla un desenfadado *Elogio de los alcahuetes* (Biblioteca Nacional, Ms. M. 82, hoy núm. 3.888), del cual entresaco algunos tercetos, amén de los dos que publicó Pellicer:

de lonja, y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á menos, pajecillos y truhanes, de pocos años y 5 de poca experiencia, que á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la

Contra el desprecio vano e ynorante
nombre que da esta edad al de *alcagüete*
deseo cantar, si á tanto soy bastante.

Porque no ay çelo justo que no inquiete
uer que exercicio tal, siempre dichoso,
oy no se estime, abone y se respete.

.....

¿ Por qué rraçon abia de auer castigo
para vna gente que es tan provechosa,
sino antes premio y galardón amigo?

La más habil, treznada e ingeniosa,
la más sutil y más seuera abia
de profesar tan importante cosa.

.....

No me engaña afición: vsar debiera
este exercicio afable dignamente
la jente en ciencia y calidad primera,

Vn examen discreto y dilixente
se auia de haçer para otorgar el grado,
y vn Colejio Mayor para tal jente.

¡ Quantas honras y vidas a costado
exercerlo personas indecentes,
qual mulatilla, truhan, paxe priuado!

8 En el *Diccionario* de la Academia está registrada la frase proverbial *helársele á uno las migas*; pero hasta en el significado es distinta de esta otra: *helársele á uno las migas entre la boca y la mano*. Volvióla á usar Cervantes, por boca de una endemoniada, en *Persiles y Sigis-*

boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones porque convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario
 5 oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga, por alcahuete,
 10 me la ha quitado el adjunto de ser hechicero. Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que
 15 le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujer-

munda: "...pero, con todo eso, la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, á los desdichados *se les suelen helar las migas entre la boca y la mano.*"

1 *No saber uno cuál es su mano derecha* vale "ser incapaz y de poco talento", lo mismo que aquella otra, usualísima también, y no incluida en el *Diccionario* de la Academia, *no saber uno dónde tiene las narices.*

15 Esto mismo, y casi con las mismas palabras, volvió á decir Cervantes en sendos pasajes, que cita Bowle, de *El licenciado Vidriera* y *Persiles y Sigismunda*. Nuestro autor pensaba en esta materia como todos ó los más de los hombres cultos de su tiempo. Lope, en *La gran columna fogosa*, *San Basilio Magno*, jorn. I:

ENCANTADOR. Mira, Patricio, ya sé
 Que hay muchas suertes de hechizos;
 Pero todos son sin fuerza
 Para hacerla al albedrío.

Calderón, en la escena última de la jorn. II de *El Mágico prodigioso*, hace decir á Cipriano, cuando el demonio le

cillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos, con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. 5

—Así es —dijo el buen viejo—; y en verdad, señor, que en lo de hechicero, que no tuve culpa; en lo de alcahuete no lo pude negar. Pero nunca pensé que hacía mal en ello: que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo. 10 que no me deja reposar un rato. 15

Y aquí tornó á su llanto como de primero; y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de á cuatro del seno y se le dió de limosna.

Pasó adelante don Quijote y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado: 20

—Yo voy aquí porque me burlé demasiada-

ofrece enseñarle una ciencia por medio de la cual traiga á su mandar á Justina:

Lo que ofrecí está en mi mano;

Pero lo que tú me ofreces

No está en la tuya, pues hallo

Que sobre el libre albedrío

No hay conjuros ni hay encantos.

mente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, 5 que no hay diablo que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víame á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa; mozo soy: dure la vida, que con ella todo 10 se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobres, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y sa- 15 lud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

Éste iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

20 Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco.

7 *Perder uno los tragaderos, ó el gaznate, es ser ahorcado.* En la edición príncipe, “*víame á pique*”, como nosotros leemos; muchos corrigieron *vime*; en la de Cortejón se lee *vine*, es de creer que por errata.

22 Casi todas las ediciones, siguiendo á las primeras, arriman estas palabras, *un poco*, á lo que sigue, y no á lo que antecede: metía el un ojo *en el otro*; *un poco venía* diferentemente atado que los demás...; y así, los comen-

Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo ó pie de amigo; 5 de la cual decendían dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera, que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á lle- 10 gar á las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda: por-

tadores, ó creyeron, como Clemencín, que esas dos palabras sobaban de todo punto, ó estimaron, como Calderón y Cejador, que son una antífrasis y que han de entenderse por *mucho*, á la manera que se entienden las locuciones *ahí es un grano de anís*, y *no era nada lo del ojo*, y *llevábalo en la mano*. Creo que no dieron en el hito. Quien dió en él fué Andrés Ramírez, al leer en su edición (Madrid, 1774): “metía *un poco* el un ojo en el otro”: á esa oración, y no á la siguiente, pertenecen las dos palabras, y así lo ha entendido el Sr. Cortejón en su texto, aunque por su nota más pudiera pensarse que lo entiende como D. Juan Calderón.

5 El *guardaamigo* ó *pie de amigo*—dice Clemencín, de acuerdo con los Dictionarios— “era una horquilla que se ponía debajo de la barba á los reos, para que no pudiesen ocultar el rostro cuando los sacaban á azotar, ó á la vergüenza”.

6 Las palabras *de la cual* se refieren á *la cadena*. No huelga advertirlo, porque gramaticalmente parecen referirse á *la argolla* del pie de amigo.

12 *Prisiones* son, según Covarrubias (artículo *prender*), “los grillos y cadenas que echan al que está preso”.

que tenía aquél solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían
5 que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener —dijo don Quijote—, si no han merecido más pena que echalle á las galeras?

—Va por diez años —replicó la guarda—,
10 que es como muerte civil. No se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor comisario —dijo entonces el galeo-
15 te—, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me

10 *Muerte civil—civil*, dicho malamente por la guarda,— es la “mutación de estado por la cual la persona en quien acontece se contempla en el derecho, respecto de los efectos legales, como si no fuera”. (*Dicc.* de la Academia.)

12 No había que buscar á Pasamonte en las obras de Pulci, donde, muerto por Orlando, le halló Bowle. Clemencín advirtió que “uno de los que firmaron la relación de Tembleque, en la Mancha, dada de orden de Felipe II el año 1575..., se llamaba Alonso Sánchez *de Pasamonte*”. También nosotros hemos tropezado con los *Pasamontes* de Tembleque: con un Cristóbal de Pasamonte, casado con María de Lero y que vivía en aquella población á fines del siglo xvi. (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Toledo, Pruebas genealógicas de su nieta Lucía de Lero y de su marido Pedro Méndez Ajofrín, naturales de Tembleque, para ser familiares del Santo Oficio; leg. 387, número 1.778.)

llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con menos tono —replicó el comensario—, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece —respondió el galeote— que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, ó no. ¹⁰

—Pues ¿no te llaman así, embustero? —dijo la guarda.

—Sí llaman —respondió Ginés—; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde ¹⁵ yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si

¹⁵ Dije en una nota (pág. 223) del *Discurso preliminar* de mi edición de *Rinconete y Cortadillo*: “La referencia que tenía que hacer la Cariharta al trabajo y afán con que había ganado los veinticuatro reales que envió al Repolido era escabrosilla; pero Cervantes, por su singular ingenio, supo salir de ella sin daño de barras; como sacó á Sancho y á D. Quijote del mal paso de los batanes, y como en *El Ingenioso Hidalgo*, parte I, cap. XXII, hizo decir á Ginés algo que, dicho á cartas vistas, no sería de buen pasar; pero que, hábilmente dicho, pasó bien, y aun la perspicacia de Clemencín no entendió la frase... Confío en que la entenderá el Sr. Cortejón, nuevo y brioso comentador del *Quijote*.” Meses después, y como accediendo á mi deseo, el Sr. Cortejón tocó este punto en las *observaciones generales* del tomo II de su lujosa edición de la inmortal novela (pág. LXXXII), al tratar de algunos *pasajes escabrosos*, y ahora digo que me salió mal la cuenta: temí que el

tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios; que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita
5 por estos pulgares.

—Dice verdad —dijo el comisario—; que él mismo ha escrito su historia, que no hay más, y deja empeñado el libro en la cárcel, en doscientos reales.

10 —Y le pienso quitar —dijo Ginés—, si quedara en doscientos ducados.

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que

Sr. Cortejón no llegara, y se ha pasado; temí que se *plantara* con veintiocho ó veintinueve en este como juego de la treinta y una..., y ha hecho treinta y tres. Pues el asunto, de todas maneras, es malillo de aclarar, ayúdeme á ello Lope de Vega, con un pasaje, que viene aquí pintiparado, de la jorn. I de *Los jueces de Castilla* (*Obras de...*, edición de la Academia Española, tomo VII, pág. 373):

SANCHO. Fembra, esperad.

ELVIRA. Macho, ¿á qué?

SANCHO. Á oirme, si no os aburro.

ELVIRA. Nunca oí hablar un burro
Fasta que vos escoché.

SANCHO. *Mentís por la barba entera.*
Mirad dónde la tenéis.

ELVIRA. Tomá. (*Dale un bofetón.*)

En dos palabras: Ginesillo, como el Sancho de Lope, demostró con su *escabrosa* alusión que era un desvergonzado; pero no que fuese otra cosa mucho peor.

10 *Quitar*, en su acepción, hoy poco usada, de *desempeñar*.

10 Uno de los frecuentes casos en que *si* equivale á *aunque*: *aunque quedara*.

mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren. Lo que le sé decir á voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* —respondió el mismo.

—Y ¿está acabado? —preguntó don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado —respondió

10

1 La célebre novela de este título, y de cuyo autor no se sabe nada con certeza, sino que no fué D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien comúnmente la han atribuído.

6 En el cap. VIII (I, 196, 1) enmendé, haciéndolo plural, un *le*—“aunque se *les* salgan [á los caballeros andantes] las tripas por ella” [por la herida]—, creyendo que, como gramaticalmente aquel pronombre debía estar en plural, había sido puramente mecánica la omisión de la *ese*, y debida á seguir la *ese* de *salgan*. Confieso que erré: de hombres es el errar, y de demonios perseverar en el error. Ese *le* me parece un disparate, ciertamente; pero ha sido y es tan general su uso en tales casos, que tengo por indudable que ni en aquel lugar ni en el que da ocasión para esta nota fué errata de la imprenta, sino manera de decir de Cervantes. Y piénsolo así porque escribió ese *le* por *les* en un verso que no lo sería si se convirtiese en plural el singular (*El trato de Argel*, jorn. IV):

ALVAREZ. Primero veré yo puestas por tierra
Estas flacas murallas, y este nido
Y cueva de ladrones abrasado,
Pena que justamente *le* es debida
A sus continuos y nefandos vicios.

Más espacio del que aquí tengo requiere esta curiosa particularidad de nuestra habla popular.

él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habéis estado en ellas?

5 —dijo don Quijote.

—Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho —respondió Ginés—; y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí ten-
10 dré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

15 —Hábil pareces —dijo don Quijote.

—Y desdichado —respondió Ginés—; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos —dijo el comi-
20 sario.

—Ya le he dicho, señor comisario —respondió Pasamonte—, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobres que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su

7 El *bizcocho* era lo que hoy llamamos *galleta*. El *corbacho*, el azote con que regalaban las espaldas á la chusma.

10 Aquí podrían recordársele á Ginesillo sus palabras: “¿Cómo acabarás tu libro si aún no está acabada tu vida?”

Majestad manda. Si no, por vida de... —basta—, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos; que ya es mucho regodeo éste. 5

Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese al- 10
gún tanto suelta la lengua. Y volviéndose á todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que 15
vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y, final- 20
mente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera, que me está di- 25
ciendo, persuadiendo, y aun forzando, que mues-

26 Clemencín echaba menos un régimen común para decir, persuadir y forzar, pues el último pide á que, y no que,

tre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y
5 opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir
10 en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas —añadió don Quijote—, que estos pobres no han
15 cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres,
20 no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta

como los otros. Con el *que* seco iba bien acompañado el verbo *forzar*, pues, como hemos dicho, *que* vale con frecuencia á *que* y *para que*.

13 Nota Clemencín que está dicho *hizo* por *hicieron*. Asimismo pudo notar que algunos renglones antes se dice: “y que podía ser que *el poco ánimo...*, *la falta de dineros...*, *el poco favor...*, y, finalmente, *el torcido juicio* del juez, *hubiese* sido causa...” De estas faltas de concordancia, más aparentes que reales, he tratado en algunas notas, v. gr., en una del cap. II (I, 80, 14) y en otra del XVI (II, 39, 6).

mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

5

—¡Donosa majadería! —respondió el comisario—. ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para man- 10
dárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

13 El uso, en tiempo de Cervantes —como dice Clemencín—, empezaba ya á hacer indecente la palabra *bacín*, que en lo antiguo había significado *bacía* ó *palangana*; y al par que Covarrubias en 1611 insertaba en su *Tesoro* la frase proverbial *ser una cosa bacín de barbero*, por encarecimiento de haberse divulgado mucho, como el golpe dado en la bacía, manifestaba ser el *bazín* “vaso de contumelia, porque vaciamos en él los excrementos”. La expresión del comisario, pues, pareció á D. Quijote afrentosa, y bien lo demostró con lo que incontinenti habló é hizo.

13 *Buscar tres, ó cinco, pies al gato* es frase proverbial que significa buscar ocasión de pesadumbre y enojo. Más corriente ha sido decir *cinco pies*, y parece más propio, lo uno, porque hallar *tres* pies á quien tiene *cuatro* es cosa fácil y nada ocasionada á pendencias, mientras que hallarle *cinco* es imposible; y lo otro, porque solía añadirse: *y él no tiene sino cuatro*, y aun esta otra coletilla: *no, que cinco son con el rabo* (Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, pág. 318 a).

—¡Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco!
—respondió don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en
5 defensa, dió con él en el suelo, malherido de una lanzada; y avínole bien: que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus
10 espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procura-
15 raran, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes, que

1 La ira saca de tino á D. Quijote, quien responde al comisario apostrofándole con la primera referencia á gatos que se le viene á la memoria: con una reminiscencia del cuentecillo infantil de la hormiguita del garbanzal, ya recordado por Cervantes en el cap. XVI (II, 45, 19): *el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo...*

7 Observa Clemencín que “al principio de este capítulo se dijo que eran dos los de á pie, y otros dos los que venían á caballo y con escopetas”, y que “ahora se supone que no la llevaba sino uno solo”, mientras que en las frases siguientes “se indica que los de á caballo no tenían más armas que sus espadas; y, finalmente, añadiéndose que el comisario derribado era el de la escopeta, y que los de á caballo pusieron mano á sus espadas, resulta que eran tres los montados. Tal era—añade—la distracción y descuido con que se escribía el admirable libro del *Quijote*”.

se desataban, ya por acometer á don Quijote, que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho, por su parte, á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y, arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciése mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual, á campana herida, saldría á buscar los delin-
cuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

—Bien está eso —dijo don Quijote—; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

16 *A campana herida*, tal como lo prevenían las ordenanzas de la Hermandad, como se ve en la ley IV, tít. XIII, libro VIII de la *Nueva Recopilación*: "... y los quadrilleros, luego que el tal delito (cualquiera que fuese caso de Hermandad) les fuere denunciado, ó lo supieren en qualquier manera, de su oficio sean tenudos de seguir y mandar que sigan los malhechores, hasta cinco leguas dende, haciendo todavía dar apellido, y *repicando las campanas* en todo lugar donde llegaren, porque assimismo salgan y vayan de los tales lugares en prosecucion de los malhechores."

Y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les
 5 dijo:

—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofende es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta
 10 experiencia, el que de mí habéis recebido; en pago del cual querría, y es mi voluntad, que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la
 15 señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía á en-

13 Otra vez *vais*, en su antiguo significado de *vayáis*. Recuérdese la nota correspondiente del cap. XII (I, 277, 8). D. Quijote hace ciudad al Toboso: ¿qué menos, morando allí quien era señora de sus pensamientos é imán de su corazón?

16 *Encomendar*—define Covarrubias—es “embíar encomiendas al ausente. Dice el romance viejo:

Dezilde que su esposica
se le embia a encomendar.”

Pero no se crea que Cervantes tomó esta locución del mencionado romance; era de uso general. Así Ferrán Alfonso, procurador de la Hermandad vieja de Toledo, en carta á ella (Valladolid, 18 de Febrero de 1417): “Señores parientes et amigos Diego Ferrin et Pero Ferrandes, alcalles. Yo el vuestro Ferrand Alfon *me vos embio encomendar*. Plegavos saber que despues que vos escreví...” (Biblioteca Nacional, Ms. Dd, 49, hoy núm. 13.030, fol. 100).

comendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y, hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes, á la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y ⁵ dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, ¹⁰ y cada uno, por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que, sin duda alguna, ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es ¹⁵

⁴ Se mandaba á uno lo mismo á la mala que á la buena ventura. Fr. Juan de Pineda, *Agricultura Christiana*, diál. XXII, § VIII: “*Á la mala ventura* vaya muger que por donde fuere la han de sacar por el rastro del olor de bodega.”

¹¹ La mala puntuación de las primeras ediciones, copiada, en este pasaje, por todas ó casi todas las modernas, la del Sr. Cortejón inclusive, da á la frase objeto de esta nota un significado diferente del que reclama su natural sentido. Puntuaron así: “...sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra...” Las palabras *por su parte*, son un inciso: de esta manera se entiende que lo que Ginesillo dice es: “procurando cada uno, *por su parte*, ó *por lo que á él toca*, meterse en las entrañas de la tierra”; y no, como se entendía, solos y divididos, y cada uno *por lugar diferente que los otros*. ¿A qué había de repetir este concepto, si ya con lo de *solos y divididos* lo había expresado claramente?

mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y ésta es cosa
 5 que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es
 10 ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues voto á tal —dijo don Quijote, ya puesto en cólera—, don hijo de la puta, don Gi-

1 Servicio y montazgo llama donosamente Ginesillo, con nombres de contribuciones de aquel tiempo, á la obligación que quería imponer á los galeotes su libertador.

7 Según el *Diccionario* de la Academia, se llama figuradamente *las ollas de Egipto* á la vida regalona que se tuvo en otro tiempo, y úsase esta frase con los verbos *desear, recordar, volver*, etc. Mas debe advertirse que no siempre se refiere á vida regalona, y el presente pasaje es buena prueba de ello. Por eso, comentando esta frase D. Joaquín Bastús (*Nuevas anotaciones al Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, Barcelona, Viuda é hijos de Gorchs, 1834), decía: “Alude, si bien en sentido contrario, á lo que se lee en el cap. XVI de los *Números*, cuando, murmurando los hijos de Israel contra Moisés porque les había traído al desierto, se acordaban de cuando estaban en Egipto sentados junto á las calderas ú ollas llenas de carne.”

14 De la misma manera que para acentuar y agravar el significado de los dicterios suelen usarse los adjetivos en su forma aumentativa (*ladronazo, picarón, vejancón*, etc.), así

nesillo de Paropillo, ó como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestras.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela; y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho

también, con el propio fin, y como para *calificar* las injurias y hacerlas subir de punto, se antepuso el *don* á los calificativos deshonorosos y se dijo: *don ahorcado*, *doña borracha*, *don bellaco*, *doña p...*, *don mal viejo*, *doña mala hembra*, etc. Y aun tal cual vez se usaron conjuntamente el *don* y la terminación aumentativa: riñendo en la *Segunda Comedia de Celestina* (cena IV) el pajecillo Canarín y el rufián Pandulfo, aquél llama á éste *don rufianazo*, *don fanfarrón* y *don bellacazo*. Este *don* no se ha conservado en el uso hasta hoy, y en su lugar se emplea por el vulgo un *so*, contracción de *seor*, como éste lo es de *señor*, diciéndose: *so pillo*, *so ladrón*, *so tunante*, á quien nuestros abuelos habrían apostrofado con el otro encarecimiento: *don pillo*, *don ladrón*, etc.

2 *Rabo entre piernas* quiere decir humilde y medroso, como perro á quien acaban de golpear.

6 Leemos *acometido*, como está en la edición príncipe y en las dos primeras de Lisboa, y no *cometido*, como han leído todos los demás. Estuvo muy bien dicho *acometer un disparate*, una empresa disparatada; como lo estuvo igualmente, en el cap. XIII, *acometer una aventura* (I, 292, 10).

se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el
5 cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tie-
10 rra, con que la hizo casi pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gabán, y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los

11 “La ropilla—dice Bastús en sus *Nuevas Anotaciones*, citadas poco ha,—era una especie de sobrevesta ó vestidura corta con mangas cortas también y sueltas, que solían llevar los caballeros sobre sus armas, para conservar el lustre de éstas.” También se vestía ajustada al medio cuerpo, sobre el jubón.

12 Las *grebas* eran—dice Covarrubias—“armadura de las piernas desde la rodilla hasta la garganta del pie”. También las llamaban *canilleras*.

14 El modo adverbial *en pelota* no siempre significa *en cueros*, porque no siempre está dicho del latín *pellis*, piel. Véanse otros dos lugares del *Quijote*, en los cuales, como en este que anotamos, no tiene tal significación. “Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en *pelota*...” (p. II, 54). “Hízolo así D. Quijote (echó su ferreruero sobre las espaldas de su escudero) y, quedándose en *pelota*, abrigó á Sancho...” (p. II, 71). En estos casos tal modo adverbial significa, no *en cueros* ó *en carnes*, sino *en ropas interiores*, ó *menores*, y no se originó de *pellis*, piel, sino de *pellote*: de

demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

5

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote; el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras, que le perseguían 10 los oídos; Rocinante, tendido junto á su amo: que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto 15 bien había hecho.

aquel *pellote* que sale en el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, copla 863 de la edición de Ducamin, cuando habla Trataconventos á doña Endrina:

Desde aquí a la mi tienda non ay si non vna pasada,
en pellote vos yredes como por vuestra morada...

CAPITULO XXIII

DE LO QUE LE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUÉ UNA DE LAS MÁS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTAN.

5

Viéndose tan malparado don Quijote, dijo á su escudero:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

—Así escarmentará vuestra merced —respondió Sancho— como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará

8 Según Clemencín, “está demás, ó el pronombre *lo*, ó la conjunción *que*”. Puntuara como debía, y no como las ediciones antiguas, y ya holgaba su reparo.

otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís; y sepa que ya me
5 parece que sus saetas me zumban por los oídos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho —dijo don Quijote—; pero porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de
10 ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres,
15 mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo

2 Acerca de *no hay usar* recuérdese una nota del capítulo X (I, 234, 10).

5 Ya dijimos (II, 46, 10) que era muerte de saeta la que imponían á los malhechores las ordenanzas de la Santa Hermandad. Sobre cómo se ejecutaba esta pena puede verse la primera parte de la ley VII, tít. XIII, libro VIII de la *Nueva Recopilación*.

16 Para Clemencín, "*desde ahora para entonces* va bien: es un mentís anticipado; pero *desde entonces para ahora* envuelve un absurdo, que sólo cabe en la cabeza de un loco. Cervantes —añade— esforzó lo ridículo de la idea, dando este aire de fórmula forense á la frase que la expresa..." ¡Como que era, en realidad de verdad, una de tantas formulillas escribaniles usuales, y nadie lo ha echado de ver hasta ahora! Diego de Navarrete Escarramán, mercader de paños, vecino de Jaén, á 23 de Febrero de 1595 dió poder en aquella ciudad á Pedro de las Casas, ordina-

que mientes y mentirás todas las veces que lo pienses ó lo dijeres. Y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente déste, que parece que lleva algún es, no es, de sombra de miedo, 5 estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos 10 y hermandades que hay en el mundo.

—Señor —respondió Sancho—, que el reti-

rio (harriero), para que comprase en Sevilla “vna tina de pastel de hasta quince mill marauedis”, y para que en su nombre y en razón de la tal compra otorgase cualquiera obligación; “que siendo por el suso dicho fecha y otorgada la dicha escriptura, yo *desde agora para estonces y des-
tonces para agora* la otorgo, apruebo y ratifico y me obligo destar e pasar por ella...” De este poder hay testimonio en el Archivo de protocolos de Sevilla, oficio 15 (Juan de Tordesillas), libro 1.º de 1595, fol. 560.

8 No alcanzo por qué algunos editores, entre ellos Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, han leído aquí *las*, y no *los doce tribus*, como dice la edición príncipe y como generalmente decían nuestros abuelos. En el *Auto de la Asump-
tion de Nuestra Señora* (Rouanet, *Colección de autos, far-
sas*, etc., tomo III, pág. 20):

Esta es la muy clara y nueva estrella
por quien dijo Balan que nasceria
del tribu de Jacob una doncella...

9 En la edición original, *Macabeos*; en la segunda y la tercera de Cuesta, *mancebos*. Á lo que parece, Cervantes quiso referirse á los siete hermanos de quienes trata el cap. VII del libro II de los *Macabeos*, y no á los mancebos del horno de *Daniel*, que no eran hermanos ni fueron

rar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio
5 y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice que hemos menester
10 ahora más los pies que las manos.

Subió don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí
junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar
15 del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía,
20

siete, sino tres; mas sea de ello lo que fuere, de quien, como D. Quijote, *lo había de los cascós*, nada puede llamar la atención: muy luego dice que no tiene miedo ni á Cástor y Pólux, de quienes nunca se ponderó la valentía, sino la buena hermandad.

20 Una de las acepciones de *despensa* es “provisión de comestibles”, y si en otras partes no, aún sigue en uso en Andalucía, en donde es frecuente escuchar “voy por *la despensa* á la plaza”, y en donde llaman al cesto en que cada mañana se conducen los comestibles desde el mercado “la capacha de *la despensa*”.

cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos 5 días, á lo menos, todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, 10 guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena, por virtud y locura de don Quijote, se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón 15 temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir; y como 20 siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir,

3 Aquí pudo y debió contar Cervantes el hurto del rucio de Sancho; mas á la primería, por mero olvido, no lo hizo así, por lo cual en la edición príncipe falta todo este pasaje, desde las palabras *Aquella noche* hasta aquellas otras *al cual, como...* de la pág. 237, línea 13. Cópiolo de la segunda edición de Cuesta.

Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida.

5 Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos
10 su rucio; el cual, viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera, que don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía :

—¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi
15 misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi

5 No contó aquí nuestro autor con qué traza hurtó el rucio Ginesillo, y, á la verdad, Cervantes no tuvo—como dicen—mal resuello para buzo; porque lo vino á relatar diez años después, en el cap. IV de la segunda parte de su inmortal novela.

15 Dijo Covarrubias en su *Tesoro*, artículo *brincar*: “... también llaman las damas *brincos* ciertos joyelitos pequeños que cuelgan de las tocas, porque como van en el ayre, parece que están saltando”. De aquí se llamó *brinco*, ó *brinquiño* (á lo portugués), á toda joyuela ó alhaja que por linda ó preciosa satisfacía al gusto, y aun más allá se extendió el significado: *brinquiño* llamó en 1612 Fr. Pedro Beltrán á la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, en su poema inédito intitulado *La Caridad Guzman*:

Tiene el ancho mar de España
Sobre su arena un *brinquiño*
De esmalte y beldad extraña,

mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veintiséis maravedís que ganabas cada día mediaba yo mi despesa!

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella. 5

Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á don Quijote la merced que le hacía; al cual, como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Redu- 10
cíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y aspe-
rezas habían sucedido á caballeros andantes 15

Limpio más que blanco armiño,
Pues que el pie le besa y baña.

Con todo, Sancho, en el caso del texto tanto pudo llamar á su rucio *brinco de mis hijos* en la mencionada acepción de joyuela, en que todos los anotadores lo han tomado, como en la de animal junto al cual brincaban sus hijos para cabalgar en él.

4 Opino con Clemencín que, pues Sancho va aquí apostrofando á su rucio, “el verbo *ganabas* debe estar en segunda persona, y no en tercera, como lo estampan todas las ediciones”.

y iba pensando en estas cosas, tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte
5 te segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado; y así, iba tras su amo cargado con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no
10 se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto, alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el
15 suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo, y deshechos; mas pesaban
20 tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza

1 Sin la conjunción y antes de *iba pensando* no hace el mejor sentido esta cláusula. Su omisión en todas las ediciones fué, á lo que parece, uno de tantos casos de omisión mecánica de dos letras iguales é inmediatas.

8 La edición príncipe, consiguientemente á no haber hablado del hurto del jumento, dice: "iba tras su amo, *sentado á la mujeriega sobre su jumento*, sacando de un costal..."

Sancho; y, aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, 5 y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y así como los vió dijo:

—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y buscando más, halló un librillo de memo- 10 ria, ricamente guarnecido. Éste le pidió don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced y, desvalijando á la valija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo 15 lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra y, salteán-

10 Llamaban *librillos de memoria*, “porque eran auxilio y, á la par, descanso de la memoria (dije en la página 369 de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*), á unos cuadernos para apuntes, del tamaño de un octavo ó dozavo de pliego... (Lope de Vega, *La Dorotea*, acto II, esc. I): “...que en oyendo un vocablo exquisito, le escribía en un *librillo de memoria*...” De estos librillos se enviaba mucho al Nuevo Mundo, según echo de ver en los registros de ida de naos (Archivo general de Indias): solían costar á seis ó siete reales la docena, y aun tales de ellos, á cuatro”.

dole malandrines, le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso—respondió Sancho—, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí
5 este dinero.

—Verdad dices —dijo don Quijote—, y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate: veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde
10 podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abrióle, y lo primero que halló en él escrito, como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que, leyéndole alto, porque San-
15 cho también lo oyese, vió que decía desta manera:

O le falta al Amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasión que me condena
20 Al género más duro de tormento.

Pero si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razón muy buena
Que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?

25 Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruína.

Presto habré de morir, que es lo mas cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe
30 Milagro es acertar la medicina.

—Por esta trova—dijo Sancho— no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí?—dijo don Quijote.

—Paréceme — dijo Sancho — que vuestra 5 merced nombró ahí *hilo*.

—No dije sino *Fili*—respondió don Quijote—, y éste, sin duda, es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco 10 del arte.

—Luego ¿también—dijo Sancho—se le entiende á vuestra merced de trovas?

—Y más de lo que tú piensas—respondió don Quijote—, y veráslo cuando lleves una carta, 15 escrita en verso de arriba abajo, á mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos ha- 20 bilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes. Verdad es que las

6 El Sr. Cortejón tiene por “alambicamiento y falsa retórica este sutilizar el juego de los vocablos *hilo* y *Fili*”. No logramos vislumbrar tal alambicamiento, ni retórica ninguna, falsa ni verdadera, sino pura y simplemente que Sancho, á quien no se le alcanzaba pizca de *Filis* ni de *Filenas*, entendió *hilo* donde *Filis* se decía, y su amo, como es natural, le deshace el error.

coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced—dijo Sancho—; que ya hallará algo que nos satisfaga.

5 Volvió la hoja don Quijote, y dijo:

—Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor?—preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores—respondió don Quijote.

10 —Pues lea vuestra merced alto—dijo Sancho—; que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place—dijo don Quijote.

Y leyéndola alto, como Sancho se lo había ro-
15 gado, vió que decía desta manera:

“Tu falsa promesa y mi cierta desventura

7 “*Cartas misivas* ó mensajeras—dice Clemencín—se llaman las *epístolas*, á distinción de las diplomáticas ó documentos de los protocolos y archivos, que también se llamaban *cartas*.” Y todavía hoy en el habla vulgar se llaman así: *carta* de pago, *carta* de vecindad, *carta* de lasto, etc.

16 Esta carta, de malísimo gusto, como dice Clemencín, es una muestra fiel del que dominaba en el tiempo de Cervantes en materia de correspondencia epistolar amorosa. No quiso Cervantes remedar el estilo de las inventadas en los libros de caballerías, sino el de las que real y verdaderamente se escribían y cambiaban entre los amantes de carne y hueso, cuáles correspondidos y cuáles desdénados. No cuento aquí con espacio para citar ejemplos de lo que digo: quédense, pues, para mi edición del *Quijote* extensamente comentada.

me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡oh ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, 5 no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el 10 cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste y yo no tome venganza de lo que no deseo.”

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote: 15

—Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante.

Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros 20 no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores: favores y desdenes, solenizados los unos y llo-

17 Si no embrollado, como repara Clemencin, no está este pasaje lo claro que fuera de desear. Leyendo *sino que* en lugar de *más de que* se habría aclarado algún tanto, especialmente por evitar así la aparente contraposición del *más* con el *menos* que hay pocas palabras antes.

rados los otros. En tanto que don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscase, escudriñase é inquirese, ni costura
5 que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y aunque no halló más de lo ha-
10 llado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en
15 servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de
20 la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamien-

13 Aquí, entre estas desdichas, debiera mencionarse por los editores que han suplido la omisión del hurto del rucio, á contar desde la segunda edición de Cuesta, la falta del jumento, pues la tenía Sancho por la mayor de las desventuras que le habían ocurrido en sus malandanzas con su aventurero amo.

tos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar 5 otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vió que 10 por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata, con extraña ligereza. Figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebulta- 15 dos, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos calzones, al parecer, de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta; y aunque 20 pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más 25 siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscallo,

aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña; que él iría por la otra, y podría ser
5 que topasen, con esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso—respondió Sancho—; porque en apartándome de vuestra merced, lue-
10 go es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será—dijo el de la Triste Figura—, y
15 yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela: qui-
20 zá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

Á lo que Sancho respondió:

—Harto mejor sería no buscallo; porque si
25 le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero,

1 Acerca de esta locución, *aunque supiese*, que ya ha salido en el presente tomo (72, 3), recuérdese una nota del capítulo XII (I, 263, 4).

claro está que lo tengo de restituir; y así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor; y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hacía franco.

—Engañaste en eso, Sancho—respondió don Quijote—; que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, cuasi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo.

Y así, picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte; y, habiendo rodeado parte de la montaña,

6 Alude Sancho al refrán “Al que no tiene, el Rey lo hace libre”, nada verdadero mientras duró la prisión por deudas.

10 Parece que sobran las palabras *cuasi delante*. Á lo menos, no encajan bien con las anteriores ni con las subsiguientes. ¿Quiso decir D. Quijote *cuasi delante de él*, refiriéndose á la reciente aparición del Roto? Téngolo por probable.

18 En las ediciones primera y segunda de Cuesta y en las que en esto las han seguido, en lugar de *á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte*, se dice: *con su acostumbrado jumento*.

hallaron en un arroyo caída, muerta, y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía
5 era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la monta-
10 ña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado
15 sino de pies de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

20 —Apostaré que está mirando la mula de al-

1 Repara Clemencín, á veces algo ligero en sus juicios: "Diciéndose que estaba *muerta*, bien hubiera podido omitirse que estaba *caída*." No: primero, al ver desde lejos la mula, sólo pudieron notar que estaba *caída*; acercáronse un poco y se dieron cuenta de que estaba *muerta*, y aún más cerca después, vieron que estaba, no sólo *caída* y *muerta*, sino también *medio comida de perros y picada de grajos*. Quien no estudie despacio lo que comenta dejará pasar á menudo, sin echarlos de ver, los pormenores más delicados del *Quijote*, y aun los tendrá por defectos, como ocurrió en este caso á Clemencín.

quiler que está muerta en esa hondonada. Pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar. Díganme: ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie —respondió don Quijote—, sino á un cojín y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo —respondió el cabrero—; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sutil, y de debajo de los pies se le levanta allombre cosa

11 Falta á la palabra *sutil* en el *Diccionario* de la Academia la acepción de *astuto*, que es cabalmente la en que está usada en esta frase, no hecha por Cervantes, sino corriente en el habla vulgar de los siglos XVI y XVII. Lope de Vega, en la jorn. I de *El Labrador venturoso* (*Obras de...*, edición de la Academia Española, tomo VIII, página 9), hace decir al viejo Fileno, cuando siente á su lado, echada, á D.^a Elvira:

Cosa blanda me parece
 Esto que he sentido aquí:
 ¡Voto al sol, que no me engaño!
 Aquí duerme un serafín.
 ¡Cosa que *el dimuño sea*,
Porque dicen que es sutil...!

12 En todas las ediciones, menos en la presente, y *debajo y se levanta*. Faltaban la preposición *de* y el pronombre *le*, á causa de dos de las frecuentes omisiones mecánicas de letras ó sílabas iguales é inmediatas.

12 *Levantársele* á uno *de debajo de los pies*, ó *de entre los pies* (de donde menos pudiera pensarse), cosa de donde le venga su desgracia era frase muy del vulgo. Así, en una jácara de D. Jerónimo de Cáncer y Velasco (*Obras varias poéticas de...*, pág. 25):

donde tropieze y caya, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mismo es lo que yo digo —respondió Sancho—; que también la hallé yo, y no
5 quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba; que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre —dijo don Quijote—, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas
10 prendas?

—Lo que sabré yo decir —dijo el cabrero— es que habrá al pie de seis meses, poco más á menos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar un mancebo
15 de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntónos que cuál parte desta sie-

Pególa con muy buen ayre
Una pisa de patadas,
Que, cuando el demonio quiere,
De entre los pies se levantan.

Decir *allombre* por *al hombre* es cosa propia del habla rústica. Rojas Zorrilla, en la jorn. III de *Obligados y ofendidos*, y *gorrón de Salamanca*, pone en boca del Mellado, rufián, esta redondilla:

Pero no importa el rigor
Que vaya á gurapas, pues
No dirán que *ellombre* es
Solomista ni traidor.

rra era la más áspera y escondida; dijímosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad; porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir; y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no 5 hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de 10 su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí á algunos días salió al camino á uno de nuestros pastores y, sin decille nada, se llegó á él y le 15 dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía; y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á 20 buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado y tos- 25

19 Otro de los muchos casos en que *como* equivale á *luego como*, ó *luego que*.

tado del sol, de tal suerte, que apenas le conocíamos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos
5 cortésmente y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogá-
10 mosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle también que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se
15 lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que, á lo menos, saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por
20 amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno
25 llanto, que bien fuéramos de piedra los que

11 *Acabar con uno alguna cosa es conseguirla, recabarla de él.*

escuchado le habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesés y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse; clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacía

1 ¿Por qué *escuchádole*, como imprimen, entre otros, la Academia, Pellicer y Cortejón? *Los que escuchádole habíamos* no se ha escrito desde el siglo xvi acá. Los afijos y los enclíticos acompañan al verbo auxiliar en las formas compuestas de participio sustantivado, sin otras excepciones, como nota Bello (*Gramática*, párrafo 917), que las de aquellos casos en que se calla el auxiliar, por haberse poco antes expresado, y aquellos otros en que se interpone alguna frase entre el auxiliar y el participio. Todos hicieron mal en separarse en este punto de las ediciones de Cuesta, que dicen “los que *escuchado le habíamos*”. Y antes, en el cap. XIX (II, 112, 4-5): “Desa suerte..., *quitado me ha* nuestro Señor...”; pero no *quitádome ha*. Y después, cap. XXIX: “En las suyas sintieron los que *escuchado la habían...*”; pero no *escuchádola*.

2 El Sr. Cortejón acentúa equivocadamente este *como* y el *cual* de poco después.

de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido. Mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos; porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal desnudo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacía diciendo: “¡Ah fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me heciste: estas manos te sacarán el corazón, donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño.” Y á éstas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo, que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pe-

16 *Fraude*, como femenino. Recuérdese una nota del cap. XI (I, 252, 11).

sada cuanto lo mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces (que han sido muchas) que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para co- 5 mer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de 10 Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores —prosiguió el cabrero—, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, 15 de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién 20

3 Sobre el modo adverbial *después acá* queda nota en el cap. XVIII (II, 74, 10).

14 El que en Andalucía hablando de sí y de otros dijera *yo y cuatro zagales* correría el riesgo de que alguno de sus oyentes, reprochándole, dijese en voz más ó menos baja: “El borriquito, por delante”; porque se imputa á mala crianza el anteponerse á otros cuando se los menciona juntamente con el que habla. Pero en el tiempo de Cervantes el hacerlo así no era propio solamente de personas rústicas, y de ello cita Cortejón abundantes ejemplos.

es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las
5 prendas que hallastes es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez;—que ya le había dicho don Quijote como había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.

El cual quedó admirado de lo que al cabre-
10 ro había oído, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado: de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle.
15 Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí
20 cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, sólo que, llegando cerca, vió don Quijote

21 Hoy más bien diríamos *cuanto menos de lejos*; pero antaño se decía *cuanto más* aun después de las oraciones negativas. Santa Teresa, *Las Moradas*, cap. VI: "... la [agua] que sacamos cansándonos en cavar para sacarla no tiene que ver con ésta; que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, *cuanto más* pozo manantial."

que un coleteo hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar; por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad.

En llegando el mancebo á ellos, les saludó ⁵ con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las sa-

² Entre las curiosas *Notas etimológicas á “El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha”* con que D. Leopoldo Eguílaz contribuyó al *Homenaje á Menéndez y Peñalayo en el año vigésimo de su profesorado* (Madrid, 1899), hay una (tomo II, pág. 129) en que sostiene, refiriéndose á este lugar de Cervantes, que el ámbar era ni más ni menos que la piel del cachalote, de la cual “pudieron hacerse coletos”, y añade: “Entiendo que de la piel del cachalote debió ser la bolsa de que hace mención Cervantes en su novela *Rinconete y Cortadillo*: “Pues ¿cómo—dijo Monipodio—no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar?...” Cortado entró la suya (su mano) en el seno y sacó una “bolsa que mostraba haber sido de ámbar en los tiempos “pasados.” A nuestro ver, en esto padeció error el insigne arabista: llamábanse de ámbar las pieles adobadas con ámbar; y como los coletos se hacían de piel (de ante casi siempre), solían estar aderezados con esa sustancia. Para tales aderezos y otros parecidos se vendía el ámbar gris, sustancia carísima, y aun se señalaba tal cual vez como adéhala en algunos arrendamientos. (Véase en mi libro *El Loaysa de “El Celoso extremeño”* la nota segunda de la pág. 253.) Los padres redentores de las órdenes de la Trinidad y de la Merced solían llevar de regalo, entre otras cosas, á los moros principales de Africa—porque quien unta, ablanda—algunas onzas de ámbar gris.—De la bolsilla á que se refirió Eguílaz traté en nota de mi edición crítica del *Rinconete*, página 378.

⁷ Hoy diríamos *los saludos*; pero antaño se decía *las saludes*. El Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, copla 657 de la edición de Ducamin:

ludes con no menos comedimiento y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como
5 si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la mala Figura* (como á don Quijote *el de la Triste*), después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí y, puestas sus manos en
10 los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía; no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que don Quijote lo estaba de verle á él. En resolución, el primero que habló
15 después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

Señora, la mi sobrina que en toledo seya
se vos encomienda mucho, mill *saludes* vos enbya.

Fr. Juan de Pineda, *Agricultura Christiana*, diál. VI, § I:
“A vos, señor Philotimo, trayo algunos pares de *saludes* de los amigos que dexastes por aquellas partes...”

CAPITULO XXIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA

DE LA SIERRA MORENA.

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso *Caballero de la Sierra*, el cual, prosiguiendo su plática, dijo:

—Por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que

3 Por las últimas palabras de este epígrafe se echa de ver cuán mal lo hicieron los que, como Clemencín, separándose en esto de las ediciones antiguas, y aun de algunas modernas, leyeron *Sierramorena*: juntos, formando una sola palabra el sustantivo y el adjetivo, no les cae bien el artículo. Nuestro vulgo lo dice todavía como en el tiempo de Cervantes, según lo demuestra esta seguidilla popular:

Por la Sierra Morena
Vienen bajando
Unos ojillos negros
De contrabando.

11 La locución *en términos*, que es elíptica, y significa *en términos tales, que...*

con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las
5 buenas obras que me hacen que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo—respondió don Quijote—son de serviros; tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y
10 saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener se podía hallar algún género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas
15 que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y plañirla como mejor pudiera; que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas. Y si es que mi buen intento merece ser
20 agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois y la causa que os ha

1 *Servir vale aquí pagar ó corresponder.*

14 *Cuando*, que hoy decimos *aun cuando*, en significación de *aunque*, como queda dicho en nota del prólogo (I, 16, 1). Lo mismo pocas páginas después, en este capítulo (264, 16): “porque bien veían que, cuando (*aunque*) pasaran adelante...”

traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro—añadió don Quijote— por la orden de caballería que recibí, aunque 5 indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, he de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á 10 llorarla, como os lo he prometido.

El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle, y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abajo; y después que le hubo bien mirado, le 15 dijo:

—Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den; que después de haber comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos 20 como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron, Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio 25 de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comía, ni él ni los

que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradedillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo, encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo:

- 10 —Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo
15 hagáis, en ése se quedará lo que fuere contando.

Estas razones del Roto trujeron á la memoria á don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número

1 Como—lo mismo que *así como* y *luego como*—suele significar *luego que*, y así lo indiqué en una nota del capítulo anterior (251, 19). Y, pues, por no hacerme enfadoso repitiéndolo siempre que salga al paso, será ésta la última vez que lo diga, citaré algunos ejemplos de semejante acepción. Delicado, en *La Lozana Andaluza*, mamotreto XLV:

“SILVANO. ...y la honra, ayuda y triunfo que ellas dan al Senado es como el grano que siembran sobre las piedras, que *como* nace se seca.”

Cervantes, en *El laberinto de amor*, jorn. I:

PORCIA. Como á Módena lleguemos
Mudaremos este traje.

de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo:

—Esta prevención que hago es porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia para 10 satisfacer del todo á vuestro deseo.

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una 15 ciudad de las mejores desta Andalucía; mi li-

5 Como *contar* significa, en una de sus acepciones, *relatar*, *cuenti*, asimismo, suele significar *relato*, y por esto dice el Caballero del Bosque *el cuento de mis desgracias*. Algunos capítulos después, en el XXVII, dice el mismo personaje: “os ruego que escuchéis el *cuento*, que no le tiene, de mis desventuras.”

7 Nota Clemencín que “sonaría mejor con el régimen *de*, diciéndose: “No sirve de otra cosa que *de* añadir” otras (desgracias) de nuevo.” Y añade que “acaso fué omisión de la imprenta”. Hartzenbusch en sus dos ediciones (la de Argamasilla) y algunos otros han suplido ese *de*. En rigor, no hace falta, y aun huelga. *No sirve de otra cosa que* (sino) *ésta*. Y ¿cuál es *ésta*? *Añadir*, y no *de añadir*.

16 Advirtió en este punto Clemencín: “Dícese *de esta Andalucía* porque realmente *ésta* era la provincia en que se hallaban los interlocutores, en sitio desde el cual corren ya las aguas al Guadalquivir...”

naje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo
 5 poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ven-
 10 tura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía. Á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí, con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía.
 15 Sabían nuestros padres nuestros intertos, y no les pesaba dello, porque bien veían que, cuando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la
 20 edad, y con ella el amor de entrambos que al

20 Las dos primeras ediciones de Bruselas (1607 y 1611) añadieron: “*de modo que al padre...*” El Sr. Máinez las siguió en esto. Clemencín dijo que falta algo para completar el sentido: “*de tal suerte, que al padre de Luscinda pareció*”, etc. Lo que aquí sucede es bien claro *que* significa á las veces —y ésta es una— *de manera que*, verbigracia, en los refranes “Ata, *que* sueltes”, “Guarda, *que* halles”, “Espera, Pérez, *que* no desesperes”. É igualmente en muchos giros del lenguaje popular: “Fulano está, *que* chasca; esta guindilla pica, *que* rabia.” Bien claro lo dice la Academia Española, en el artículo *que* de su *Diccionario*: “Viene á significar *de manera que* en giros como éstos:

padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas. Y fué esta negación añadir llama á llama y deseo á deseo; porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay, cielos, y cuántos billetes le escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos. entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice; á lo que él me respondió que me agrade-

Corre QUE vuela; esa oliva se haga luego rajas y se queme, QUE aun no queden della las cenizas."En este último ejemplo, que está tomado del cap. VI del *Quijote* (I, 158, 3-4), lo entendió Clemencín; no sé por qué se le fué el santo al cielo, como dicen, en este otro lugar.

cía la voluntad que mostraba de honralle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda; porque si no fuese
5 con mucha voluntad y gusto suyo, no era Lusinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese; y con este
10 intento, luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo:
15 “Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced.” Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.
20 Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre de-

19 Otra vez *desta Andalucía*, como en la pág. 263, 16. Aludía aquí Cardenio al Duque de Osuna, y esta villa es, como Córdoba, de la *Andalucía baja*. A Osuna se refiere también Cervantes en su novela intitulada *Las dos doncellas*, tratando de la cual dije en nota de mi estudio sobre *El Loaysa de “El Celoso extremeño”* (pág. 237): “*Desta Andalucía* quiere decir de la *Andalucía baja*, para diferenciarla de la *alta*, que empieza, como se va de Sevilla á Granada, pasado Archidona, y comprende los antiguos reinos de Granada y Jaén.”

jaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba; que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimación en que me tenía. Leí la carta y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: “De aquí á dos días te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces.” Añadió á éstas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos días y dilatase el darle estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería; él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba. Fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el que más se holgó con mi ida fué

17 *Lo que Ricardo me quería*, es decir: *lo que Ricardo quería de mí*. De significar *que* en muchas ocasiones para *que*, se dijo: *¿Qué me quieres?* y de tal locución se originó la que usa Cervantes en este lugar.

un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual, en poco tiempo, quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora, vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas par-

16. Nota el Sr. Cejador que este *se determinaba en equi-* vale á *acababa de formar juicio de*. Comprúebenlo estas palabras de Espinel, *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, relación III, descanso XVIII (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XVIII, pág. 470 a): "...pareciéndome que era el doctor Sagredo..., aunque con traje diferente, porque él era médico, y allí venía como soldado, pero siempre hombre muy de hecho; y así, no me determiné en que fuese el mismo."

18 La Academia, que en su hermosa edición de 1780 había leído *se aventajase*, como las tres primeras ediciones de Cuesta y casi todas las antiguas, omitió el pronombre en la de 1819; por donde, siguiéndola, también prescindieron del *se*, entre otros, Clemencín, y recientemente Cortejón. *Aventajarse* es, como dice Covarrubias, *adelantarse*

tes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo 5 imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque 10 Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen

á otros, y en la locución “en cuál de estas cosas... más *se aventajase*” ha de sobrentenderse “á las demás cosas; á las otras excelencias que se acaban de enumerar”. Este *aventajarse*, que hoy decimos *aventajar*, era usadísimo en el tiempo de Cervantes, y en el *Quijote* sale otras veces: “... á todas las hazañas... *se aventajarán* las mías...” (p. I, 5); “... *se aventajaban* en mucho á la discreción que sus pocos años prometían” (p. I, 43); “... que la sin par Dulcinea *se aventaja* en belleza á vuestra Casildea” (p. II, 14).

13 Porque de ordinario el modo adverbial *en vez* indica “oposición con lo que acompaña, y decimos *en vez de velar, duerme; aborrece, en vez de amar; en vez de andar, se para*”, Clemencín notó que la frase *en vez de buen criado* “parece lo contrario de lo que quiere decir, que es á ley, á fuer de buen criado”. Mucho antes que Clemencín desaprobaron otros ese *en vez*: las dos primeras ediciones de Bruselas pusieron *en ley de buen criado*, lección que en nuestros días han seguido Hartzenbusch y Benjumea. Con todo esto, paréceme que está bien como se lee en las tres ediciones de Cuesta: *en vez de buen criado*: haciendo *las veces, ó la vez*, de un buen criado.

criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder
 5 apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darían al Duque que venía á ver y
 10 á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por
 15 una de las más acertadas que se podían imagi-

8 Ahora sólo el vulgo dice *ir en casa de*, por *ir á casa de*; pero tres siglos ha lo decía y lo escribía así todo el mundo. El bachiller Rodríguez Florián, en el argumento de la escena IV de su *Comedia llamada Florinea*: “Fulminato lleva á Felisino *en casa de* Marcelia.” Y *en cas*: Lope de Vega, en el *commiato* de una canción festiva (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XXXVIII, pág. 344 b):

Canción, si acaso vas á pasearte
 Al Prado ó á otra parte,
 Pásate por *en cas de* un alojero
 Y dile como muero.

9 Ni Clemencín ni Cortejón entendieron derechamente este *darían*, tampoco explicado por ninguno de los demás anotadores del *Quijote*. Está bien dicho *darían*, que aquí significa *dirían*, como aquel *daré* que equivaliendo á *diré* vimos en el prólogo (I, 19, 14), en donde quedó nota.

11 Por aquí se confirma la bien fundada conjetura de que se alude á Córdoba, ciudad famosísima por sus caballos.

nar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pudiese por obra con la brevedad posible, porque, 5 en efeto, la ausencia hacía su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos. Ya, cuando él me vino á decir esto, según después se supo, había gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que, como el amor en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba 15 (y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor), quiero decir que así como don Fernando gozó á la labradora, se 20 le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingía quererse ausentar, por remediarlos, ahora de veras procuraba irse, por no ponerlos en ejecución. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos á 25 mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aun-

25 *Venimos* se decía antaño, tanto para el pretérito como para el presente.

que no habían estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi mal, á don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en sayo, tal, que todas las bellezas hasta

12 Pocas veces la mala puntuación de una frase habrá dado lugar á tantos diversos pareceres como la de estas poquitas palabras: *Vióla en sayo, tal, que...* Las ediciones más antiguas puntuaron así: *Vióla, en sayo tal, que...*; la Academia, en sus dos ediciones principales (1780 y 1819), Pellicer, y ha cinco años Cortejón, de esta manera: *Vióla en sayo tal, que...* Y como la lección primitiva no hacía buen sentido, algún editor, el de una de las dos ediciones de Madrid, 1668, enmendó: *Vióla en sazón tal, que...*, cosa que, por lo que otros dicen, pareció bien á D. Ramón Cabrera, autor de unas notas inéditas, que no conozco (á pesar de tenerlas á mano en la Biblioteca de la Academia Española), y que van dejando de serlo, según la prisa que algunos se han dado á caer sobre ellas, como sobre real de enemigos. Hartzenbusch, en las dos ediciones de la Argamasilla, puso también su poquito de novedad, enmendando: *Vióla en signo tal, que...* Y han sido los menos, Clemencín, Máinez y algún otro, los que han entendido bien la locución y puntuádola convenientemente: *Vióla en sayo, tal, que...* Bien considerado, la frase era harto clara. En este mismo capítulo había dicho D. Quijote al astroso Caballero de la Sierra: "Los [deseos] que yo tengo son de serviros; tanto, que tenía determinado..." Es, pues, para hacerse cruces que, siendo este giro de la misina estruc-

entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y, finalmente, tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle más el deseo (que á mí me celaba, y al ⁵ cielo, á solas, descubría), quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la

tura que el de lo del sayo, erraran aquí los que no erraron allí. Para la minerva del Sr. Cortejón, dice Cardenio que su amada, “al salir á la reja, iba *en sayo tal*, esto es, con tal vestido, que no podía menos de arrebatarse su admiración...” Así, más hermoso habría sido el vestido que la doncella. No; lo que Cardenio manifiesta es esto otro: “*Vióla en sayo*, y *tal* estaba así, es decir, y estaba tan hermosa en cuerpo, luciendo su gentilísimo busto, que don Fernando, al contemplarla, puso en olvido “todas las bellezas hasta entonces por él vistas”.

Para entender á derechas este manoseado pasaje pudieron los editores y anotadores acudir al *Tesoro* de Covarrubias, notable léxico del tiempo del *Quijote* (1611), y en él habrían visto que “se dixo *sayo* el vestido de la muger de los pechos abaxo, y lo de arriba *sayuelo*”, que es lo que comúnmente se llamaba *sayo de muger*. Y asimismo les habría sido de mucho provecho el parar la atención en otros pasajes del *Quijote*, verbigracia los siguientes: “...y asentóme una puñada en las quijadas, *tal*, que las tengo todas bañadas en sangre” (II, 51, 28); “...y la causa fué... una cierta cantidad de celillos que ella le dió, *tales*, que, pasaban de la raya...” (II, 139, 11); “... que alzó el lanzón y le asentó dos palos, *tales*, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre...” (II, 152, 11).

5 Celar, dicho en su antiguo significado de *ocultar* ó *encubrir*.

6 Repara Clemencín que “*fortuna* se toma comúnmente en buena parte, y significa la favorable”. Y añade: “Aquí viniera mejor decir *la desgracia*.” Olvidó el erudito anotador que en los tiempos de Cervantes *fortuna* significaba *suerte*, que lo mismo puede ser buena que mala, y no re-

pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que
5 en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé
10 á temer, y á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la trujese por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese re-
15 vés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero, con todo eso, me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á tí-
20 tulo que de la discreción de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula*...

cordó que cuatro capítulos atrás, en el XX (II, 150, 1), había dicho nuestro autor: "perpetuo compañero de sus prósperas y adversas *fortunas*". Cuando Cervantes quiere referirse á la *fortuna* favorable, dícelo expresamente, como en el capítulo XXVII: "...las veces que la *buena fortuna* y mi diligencia lo concedía..."

No hubo bien oído don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:

—Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, 5 no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester 10 gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que, con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubie- 15 ra enviado junto con *Amadís de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, can- 20 tadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá

4 Las palabras *su merced de la señora Luscinda* son más que buena comprobación de lo que asentamos en nota del cap. XIX (II, 119, 7), en defensa de la lección “*su Santidad del Papa*”.

10 *Leyenda*, en su antiguo significado de *lectura*. *Leenda* he oído decir muchas veces, en esta acepción, á los campesinos de Andalucía.

venir en que se enmiende esa falta, y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea; que allí le podré dar más de trescientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna. Así que, perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de es-

1 En todas las ediciones antiguas y en casi todas las modernas, y *no dura*; Pellicer leyó y *no dure*, y Arrieta, Hartzenbusch y recientemente Cortejón, y *no durará*. Acertaron, al fin, con la enmienda, aunque no llegaron á explicar el por qué del yerro. Esta es una de las que llamo *erratas tradicionales del Quijote*, y consiste, como tantas otras, en la omisión mecánica, al escribir el autor ó el copiante, ó al componer el cajista, de una de dos sílabas ó letras iguales é inmediatas.

14 En el tiempo de Cervantes era doctrina astrológica comúnmente recibida la de ser la luna planeta "frío y húmedo, acuático, nocturno y femenino", como decía Martín Cortés en su *Lunario perpetuo*, citado por Clemencín.

tar profundamente pensativo. Y, puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo:

5

—No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat esta- 10
ba amancebado con la reina Madásima.

—Eso no ¡voto á tal!—respondió con mucha cólera don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre)—; y ésa es una muy gran malicia, ó bellaquería, por mejor decir: la reina Madásima 15
fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario en-

13 Como tenía de costumbre; no con el eufemismo con que el autor lo disimula aquí y en algún otro lugar (II, 165, 5, nota), sino “redondo como una bola”. Juan de Arona (Paz Soldán), en su *Diccionario de peruanismos*, Lima, 1883, artículo *barajo*, se trascordó y lo explicó así: “Interjección, ó, mejor dicho, forma con que algunos suavizan la conocida y vigorosa española que D. Quijote “arrojaba como tenía de costumbre”, según Cervantes...” No: D. Quijote jamás arroja esa interjección á que Paz alude.

18 Como D. Quijote había oído llamar *maestro* á Elisabat, y solía llamarse *maestros* á los cirujanos, no se anduvo en chiquitas, y le llamó *sacapotras*, nombre despectivo que se daba á los cirujanos romancistas, y especialmente á los que de ellos se dedicaban á curar de hernias ó quebraduras, como se decía y se dice *pintamonas* á los

tendiere, miente como muy gran bellaco. Y yo se lo daré á entender, á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como más gusto le diere.

- 5 Estáblele mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia; ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había
10 oído. ¡Extraño caso; que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros! Digo, pues, que, como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con
15 otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arre-
20 metió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le

malos pintores, *sudatintas*, ó cosa más fea, á los escribientes, y *rascatripas* á los violinistas detestables.

1 Al leer este mentís, á pocos lectores del *Quijote* no les acudirá á la memoria aquel otro arrogantisimo:

Y quien dijere lo contrario, miente,
del soneto famoso de que en 1614 decía Cervantes:

Yo el soneto compuse que así empieza,

Por honra principal de mis escritos:

“Voto á Dios que me espanta esta grandeza.”

brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro. Y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

—Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado.

—Así es—dijo don Quijote—; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió á preguntar al cabrero si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo

de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hablarle, ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO Á LA PENITENCIA DE BELTENEHBROS. 5

Despidióse del cabrero don Quijote y, subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, con su jumento, de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba 10 muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor don Quijote, vuestra merced me eche 15 su bendición y me dé licencia; que desde aquí

5 Cierta que, como nota Clemencín, “no es éste el régimen usual y corriente, porque decimos *imitación de* y no *imitación á*”. Pero así lo decimos de Despeñaperros para arriba; que en Andalucía se oye decir con frecuencia “una telilla *imitación á raso*”, “un anillo *imitación á oro*.”

me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas sole-
5 dades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumen-
10 to lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con
15 todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar

8 Lo cómico del nombre *Guisopete*, dado por Sancho á Esopo, no está en la terminación, que suena á diminutiva y despectiva, sino en nombrarle *guisopete*, de *guisopo*, como llama al *hisopo* (al del campo y al de la iglesia) el vulgo de Andalucía. *Isopete* llamaron á Esopo nuestros escritores, á lo cual debió de contribuir mucho el andar en manos de todos, en reimpressiones populares que alcanzan casi hasta nuestros días, aquel *Isopete historiado* que mandó trasladar el infante D. Enrique de Aragón, duque de Segorbe, y cuya primera edición salió á luz el año de 1489, intitulándose así: *Esta es la vida del Isopet con sus fabulas historiadas*, y diciendo al fin: *Aqui se acaba el libro de Isopete hystoriado...*

14 Como de ningún *ladrillazo* se ha hablado en la novela, y, por otra parte, en esta enumeración no se mencionan las pedradas que subsiguieron á la libertad de los galeotes, á tales pedradas debió de referirse Sancho, si bien cambiándoles el nombre.

decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho —respondió don Quijote—: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por 5
alzado y di lo que quisieres, con condición, que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así —dijo Sancho—; hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzan- 10
do á gozar de ese salvoconduto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? Ó ¿qué hacía al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? Que si vuestra merced pasara con ello, pues 15
no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun más de seis torniscones.

1 La locución *el hombre*, y la voz *hombre* sola, se usaban antaño como el artículo indefinido *uno*, es decir sustantivándolo, en significación de *alguna persona*, ó de *cada cual*. Ya lo advirtió Bello en su *Gramática*, § 860, citando, entre otros ejemplos, este terceto de D. Diego Hurtado de Mendoza:

El no maravillarse *hombre* de nada
Me parece, Boscán, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.

14 Sancho, perpetuo “prevaricador del buen lenguaje”, no bien oye un nombre propio algo raro, cuando lo corrompe y estraga, que no lo conociera quien lo inventó. Como antes *el feo Blas á Fierabrás* (II, 13, 3), ahora llama *Magimasa á Madásima y Abad á Elisabat*.

—Á fe, Sancho —respondió don Quijote—, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues
5 no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo fué un hombre
10 muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate, digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo
15 dijo ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo —dijo Sancho—: que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la
20 cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedaríamos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues ¡montas que no se librara Cardenio por loco!

22 *Cohonder* es un verbo que no se usa de mucho tiempo acá y que, por lo que se colige de dos antiguos refranes, significaba *descomponer* ó *echar á perder*: “Muchos maestros *cohonden* la novia”; “Lo que la vejez *cohonde* no hay maestro que lo adobe.”

22 Acerca de la interjección *montas* hay nota en el capítulo XXI (II, 191, 3).

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo, muchas; y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo, otra vez, y mentirán otras doscientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

—Ni yo lo digo ni lo pienso —respondió Sancho—; allá se lo hayan; con su pan se lo coman; si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado

6 Hoy diríamos *buenas cualidades*, porque ha caído en desuso el llamar *buenas partes* á las “prendas y dotes naturales que adornan á una persona”.

10 Ahora mejor dicho parecería *le fueron y le fué*, para seguir el orden en que están los sustantivos á que el verbo se refiere: *los consejos y compañía*.

18 Porque

En lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-

como escribió Urganda la Desconocida, y porque es píadoso no andar zarandeando culpas ajenas, se inventaron estas frasecillas de *allá se lo hayan, con su pan se lo coman*, y otras á este tono. Ya dijo algunas D. Quijo-

la cuenta; de mis viñas vengo: no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni
 5 pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.

—¡Válame Dios —dijo don Quijote—, y qué
 10 de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiende
 15 con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme á las reglas de caballería,

te en el cap. XXII (II, 220, 15): *allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida...* Y en el prólogo de la segunda parte: *castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya*. Y asimismo en dos lugares de *Rinconete y Cortadillo*, de los cuales traté en las notas 73 y 122 de mi edición de esta novela.

1 Según Covarrubias, artículo *viña*, se dice “*No sé nada, de mis viñas vengo*, para escusarse de no se auer hallado en algun mal hecho, y a vezes el que esto dize es el principal de el daño”.

8 La frase proverbial completa es *digan, que de Dios dijeron*, y significa: “si de Dios, con ser Dios, dijeron mal sus enemigos, ¿de quién no dirán mal los suyos?” Quevedo, *El Parnaso Español*, Musa VI:

...Dejadlas que *digan*,
 Pues que *dijeron de Dios*.

que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor —respondió Sancho—, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonos las de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho —dijo don Quijote—; porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? —preguntó Sancho Panza.

—No—respondió el de la Triste Figura—; puesto que de tal manera podía correr el dado,

14 Las palabras *no sólo* pedían *sino*, y no *cuanto*; para usar ésta era necesario haber dicho antes *no tanto*. Ó Cervantes empezó á decirlo de una manera y por descuido acabó de decirlo de la otra, ó lo escribió bien de una de ambas, y, pensando después mudarlo á la otra, subrogó solamente, por distracción, la voz *sólo* en lugar de *tanto*, ó la voz *cuanto* en lugar de *sino*.

que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia?—dijo Sancho.

—Sí —dijo don Quijote—; porque si vuelves
 5 presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Ama-
 10 dís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien *fué uno*: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianís y para todos
 15 aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los más

1 Barahona había dicho en su *Paradoja á la pobreza* (Luis Barahona de Soto, pág. 735):

Que salga el ingenioso desdichado,
 Consuélese, si puede, con paciencia,
 Pues que *pintó por el azar el dado*.

Y puse allí esta nota: “*Azar*, en el juego de los dados, es lance con que se pierde; al revés que *encuentro*. De aquí el refrán: “Tras un *encuentro*, un *azar*”, que equivale á estos otros: “No hay cuesta arriba sin cuesta abajo”; “No hay miel sin hiel.” Lope de Vega, en *La buena guarda*, acto III:

BAND. 1.º Pongan luego los dineros
 Sobre esa piedra, soldados.

FÉLIX. ¡Mal *encuentro*!

CARRIZO. Dile *azar*.

únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas, y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte, Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de Beltenebros, nombre, por cierto, significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que me es á mí más fácil imitarle

en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados
5 para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto —dijo Sancho—, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto
10 lugar?

—¿Ya no te he dicho —respondió don Quijote— que quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán,
15 cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro; de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados,
20 abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? Y, puesto que yo no pienso imitar á Roldán, ó Orlando, ó Rotolando (que

11 Construída así esta locución, causa extrañeza hoy; y no la causaría en esta otra forma, que es muy corriente: *¡No te he dicho ya que...*

21 *Insolencias*, por hechos *insólitos* é inauditos, acepción en que no recuerdo haberlo visto usado sino por Cervantes.

todos estos tres nombres tenía), parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser más esenciales. Y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de llores y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí —dijo Sancho— que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdennado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

—Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausen-

1 No son tres nombres, sino tres formas de uno solo. Y aún pudo añadir otro: *Rolando*.

20 Según Covarrubias, *ni grado ni gracias* significa "no tener que agradecer". *Grado y gracias* significó antiguamente lo contrario. Así en el *Poema del Cid*, versos 2.105 y 2.106:

*Grado e gracias, Cid, como tan bueno, e primero al Criador,
Que me dades vuestras hijas para los Infantes de Carrión.*

cia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso; que, como ya oíste decir á aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que,
5 Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si
10 fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y, siéndolo, no sentiré nada. Ansí que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares,
15 gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso ha-
20 cer pedazos? Pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

Á lo cual respondió Sancho:

—Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en pacien-
25 cia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes.

que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamáremos. Porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro días, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, 10 que algún día me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mismo que denantes

5 Advierte Clemencín: “Desde la adquisición de la bacía ó yelmo de Mambrino no habían mediado aún dos días, como resulta de la misma relación de los sucesos, y, sin embargo, dice Sancho que habían pasado más de cuatro.” Y acaba su nota con esta epifonema: “Tan lejos estaba Cervantes de ajustar la cuenta del tiempo y de dar importancia á la duración mayor ó menor de la fábula.” Puesto á reparar Clemencín, bien pudo fijar la atención en que *más de cuatro* es aquí una frase hiperbólica con que expresamos figuradamente, como dice el *Diccionario* de la Academia, “muchos, ó número considerable de personas”, ó de las cosas ú objetos á que alude ó se refiere el que habla. Así en estas coplas populares:

Aunque soy de la Mancha,
No mancho á nadie:
Más de cuatro quisieran
Ser de mi sangre.

Si las piedras de tu calle
Tuvieran lengua y hablaran,
Más de cuatro personitas
De sentimiento lloraran.

Pronto, en este mismo capítulo (305, 10), habrá ocasión de volver á hablar de este numeral.

juraste te juro —dijo don Quijote— que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de
5 ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas
10 nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á ti te parece bacía de barbero me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y
15 fué rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que
20 no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le de-

17 *A causa que*, por lo que hoy diríamos *á causa de que*. Cervantes lo decía de ambas maneras. En el cap. XXVI (II, 339, 22), "*á causa de que* él es más valiente..." En *Persiles y Sigismunda*, libro I, cap. IV: "...pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, *á causa que* tenía inclinada la cabeza..."

jara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester; que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís. 5

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que, casi como peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacía por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, 10 que daba contento á los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: 15

—Éste es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. Éste es el sitio donde 20 el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh 25 vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados

celos han traído á lamentarse entre estas aspe-
 rezas, y á quejarse de la dura condición de aque-
 lla ingrata y bella, término y fin de toda huma-
 na hermosura! ¡Oh vosotras, napeas y dríadas,
 5 que tenéis por costumbre de habitar en las espe-
 suras de los montes, así los ligeros y lascivos
 sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas,
 no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que
 me ayudéis á lamentar mi desventura, ó, á lo
 10 menos, no os canséis de oílla! ¡Oh Dulcinea del
 Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, nor-

4 Entre las diversas clases de ninfas en cuya exis-
 tencia creyó la gentilidad se contaban las *napeas* y las
dríadas que aquí menciona D. Quijote. De los lugares en
 que se suponía que habitaban algunas de aquellas clases
 de ninfas dan noticia, además del pasaje de una égloga de
 Garcilaso que copia Clemencín, esta octava de una lin-
 dísima *Fabula de Syringa y Pan*, anónima é inédita, que se
 guarda entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional:

Cuantos árboles guardan *hamadryas*,
 Bosques *dríades*, *hénides* los prados,
Náyades de cristal las fuentes frías,
Napeas fugitivas los collados,
Oréades las granjas y alquerías,
Potámides los ríos desatados,
 Envidian de la ninfa la belleza,
 En quien se desveló naturaleza.

Y no holgará decir que las *hénides* y las *potámides* confían
 en que la Academia les dará en su *Diccionario* el lugar que
 obtuvieron y están disfrutando las otras.

7 Los *sátiros* eran “monstruos ó semidioses que fin-
 gieron los gentiles ser medio hombres y medio cabras”; no,
 como dijo Clemencín, “semidioses, semihombres y semi-
 animales”, porque tres *semis* no suman *uno*, sino *uno y me-
 dio*, y cada sátiro era *un* solo sujeto, aunque valiese por dos.

te de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe! ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia! ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello!

Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y, dándole una palmada en las ancas, le dijo:

—Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

—Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio; que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no

24 *Bien haya* es aquí un eufemismo que suena lo contrario de lo que Sancho pensaba.

consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, cuando Dios
 5 quería. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi
 10 ida y vuelta; que si la hago á pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

—Digo, Sancho —respondió don Quijote—, que sea como tú quisieres, que no me parece mal
 15 tu designio; y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

2 Donosa alusión á las *generales de la ley* (suple *preguntas*, y no *tachas*, como imaginó Clemencín), locución de los procedimientos judiciales que se refiere á las tachas señaladas á los testigos: tener parentesco, amistad íntima ó enemistad manifiesta con alguno de los que son partes en el pleito ó causa, tener interés en el mismo ó en otro análogo, etc.

4 *Cuando Dios quería* es frase de tristeza que suele usar el que se acuerda en la desgracia de otro tiempo dichoso. Así Garcilaso en el más conocido de sus sonetos:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios quería!

Y así también en el refrán: "*Cuando Dios quería*, allén la barba escupía; hoy que no puedo, escúpome aquí luego."

6 *Su... de vuestra merced*. Véase II, 119, 7, nota.

—Pues ¿qué más tengo de ver —dijo Sancho— que lo que he visto?

—¡Bien estás en el cuento! —respondió don Quijote—. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas 5 por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios —dijo Sancho—, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, 10 que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer que, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es 15 fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda, como algodón; y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña, más 20 dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho —respondió don Quijote—; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que

3 Es exclamación irónica equivalente á aquella otra del cap. VII (I, 179, 15): “Oh sobrina mía, y *cuán mal que estás en la cuenta!*” Vuelve á salir en algún otro lugar, verbigracia, en la parte segunda, cap. LIX: “... por cierto, *bien debe de estar en el cuento* de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez...”

hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera, sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer
5 una cosa por otra lo mesmo es que mentir. Ansí que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico. Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ven-
10 tura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno — respondió Sancho—, pues se perdieron en él las hilas y todo. Y ruégole á vuestra merced que no se acuerde

4 *Pena de equivale á so pena de. Relasos ó relapsos significa reincidentes.*

6 Son palabras tomadas de las fórmulas ó muletillas curialescas que se prodigaban en las escrituras públicas: "... y que en todo tiempo tendré esta obligación por verdadera, firme y valedera..."

8 Clemencín, que empieza por ver con malos ojos que Cervantes dijera "*del sofístico ni del fantástico*", y no "*de sofístico ni de fantástico*", ó "*de lo sofístico ni de lo fantástico*", acaba por citar algunos ejemplos de diversos autores excelentes que usaron ese *del* en los mismos casos y lugares que Cervantes. El muy docto padre Juan Mir defiende bien á nuestro autor contra los reparos que en este punto le hizo el anotador murciano (*Prontuario de hispanismo y barbarismo*, art. *tener*, tomo II, pág. 873).

9 Aunque *ventura*, como *fortuna*, se toma comúnmente en buena parte, por ejemplo, en el refrán "*Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta*", en rigor, no significa sino *suerte*, que lo mismo puede ser mala que buena, y así suele decirse *buena ó mala ventura*. (Véase II, 53, 16 y 273, 6.)

más de aquel maldito brebaje; que en solo oírle mentar se me revuelve el alma, no que el estómago. Y más le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las 5 doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. 10

—¿Purgatorio le llamas, Sancho? —dijo don Quijote—. Mejor hicieras de llamarle infierno, y aún peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno —respondió Sancho— *nula es retencio*, según he oído decir. 15

—No entiendo qué quiere decir *retencio* —dijo don Quijote.

—*Retencio* es —respondió Sancho— que

2 Este *no que*, importado, á lo que parece, de Italia, equivale á *no ya*, ó *no sólo*. Hállase otras veces en el *Quijote*.

6 Nota Clemencín que del fallo ó sentencia judicial que causa ejecutoria se dice *pasado en autoridad de cosa juzgada*. En efecto, así debe decirse; mas era corriente, y aun muy oficial, decir, tal como está en el texto, *pasado en cosa juzgada*. Verbigracia, la ley VIII, tit. XVII, libro IV de la *Nueva Recopilación* dispone que “ninguno ni alguno sea ossado de impedir con ossadia loca, por fuerza, y con armas, contradecir, ó defender, ó impedir la execucion de las sentencias que son *passadas en cosa juzgada*; y si alguno lo tal hiciere...”

15 Latín disparatado, como salido de la boca de Sancho Panza, quien malrecordaba lo que habría oído á algún cuaresmal en su aldea: *In inferno nulla est redemptio*.

quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo
 5 una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea; que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, que todo es uno, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la
 10 halle más dura que un alcorcho; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo
 15 dicho, no la tienen de salir los que están en el

1 Por esto dijo Dante en su *Divina Commedia*, *Inferno*, canto III, que sobre una puerta del infierno había esta inscripción:

Lasciate ogni speranza voi ch'intrate.

3 Á semejanza de la frase disyuntiva *ó mal me andarán las manos*, que salió en el cap. XV (II, 13, 12), dice ahora Cervantes por boca de Sancho: *ó á mí me andarán mal los pies*. Y la lengua, dijo alguna vez, por ejemplo, en *El gallardo español*, jorn. I:

NACOR. Vos quedaréis por cobarde,
Ó mal me andaré la lengua.

5 El modo adverbial *una por una* significa, según la Academia, *en todo caso, siempre que*. Clemencín le atribuye los significados de *en todo caso, ciertamente, con efecto, de hecho*. Muchos significados son ya éstos para una sola frase adverbial, y menester será que esperemos á ver cómo nos la explica el Sr. Cortejón en su *Diccionario del Quijote*, próximo, según dicen, á ver la luz pública.

infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad —dijo el de la Triste Figura—; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

5

—¿Y la libranza pollinesca también?—añadió Sancho.

—Todo irá inserto —dijo don Quijote—; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera; aunque tan 10
difícil será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien, y aun más que bien, escribilla; que es en el librito de memoria que fué de Cardenio, 15
y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningún escriba- 20
no, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

21 La *letra procesada*—dice el padre Andrés Burriel en su *Paleografía española*—era una corrupción de la llamada *cortesana*, y “consistía en desfigurar la traza y figura de todos los caracteres, por escribir sin división de letras ni dicciones, formando líneas enteras en una encadenada algarabía, sin levantar la pluma del papel. Este modo de escribir, desordenado y sin regla, fué fácilmente adoptado por los que vivían del trabajo de pluma, porque con pocas palabras se llenaba una plana.” La reina Doña

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma?
—dijo Sancho.

—Nunca las cartas de Amadís se firmaron
—respondió don Quijote.

5 —Está bien —respondió Sancho—; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y ésa si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mismo librillo firma-
10 da; que en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: “Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.” Y

Isabel la Católica puso algún remedio á este abuso en su *Arancel para los escribanos del Reino* (Alcalá, 7 de Junio de 1503), pues mandó “que se pague á diez maravedís cada hoja de pliego entero, escrita fielmente, en buena letra *cortesana* y apretada, e no *procesada*; de manera que las planas sean llenas, no dejando grandes márgenes, e que en cada plana haya, á lo menos, treinta e cinco renglones, e quince partes en cada renglón...” Muerta la Reina, se volvió al abuso, “y por más de cien años—dice Burriel—prevaleció esta infame letra de procesos”. Á otra clase de *letra procesada*, aún más ancha y endiablada que la antigua, se refirió el padre Merino en su *Escuela de leer*, pág. 351, cuando dijo, después de dar una muestra de ella: “Su origen creo que debió ser en el principio de este siglo, desde el año de 1600 al de 1630, poco más ó menos”. Á la menos antigua de ambas se refería Calderón en la jorn. I de la primera parte de *La hija del aire*:

CHATO. Si la vieras descalzada,
Sin medias y sin zapatos,
Dedos con más garabatos
Que una *letra procesada*,
Nunca que es limpia dijeras.

hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á 5 más que á un honesto mirar. Y aun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aun podrá ser 10

9 Clemencín, Hartzenbusch y Fitzmaurice-Kelly, entre otros, separándose en este punto de todas las ediciones antiguas, han leído *que ha de comer*, porque, como dice el primero, es la tierra la que ha de comer los ojos, y no al contrario. Más detenido estudio requería la frase: según el maestro Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, pág. 435, b), *Vilo por estos ojos que han de comer la tierra* es “solecismo admitido en uso, por enálage, concertando *han* con *ojos*, pasivamente, por *vilo con estos ojos que ha de comer la tierra*”. Algo más hay que decir sobre esto; pero aplázolo para ocasión en que cuente con mayor espacio que ahora.

10 Así como la locución *más de cuatro* suele equivaler á *muchos*, como queda dicho en nota de este capítulo (293,5), “usar el numeral *cuatro* en la acepción de *pocos*, ó en la de *algunos*—ya lo dije en mi estudio acerca de *Luis Barahona de Soto*, pág. 273—, fué siempre cosa recibida entre nosotros... Pérez de Montalbán, en su *Para todos*:

Da calor la cigüeña á *cuatro* huevos...

.....

Pues no hay para mojar *cuatro* lentiscos.

Quevedo, aparentando maliciosamente no entender que ese *cuatro* hacía las veces de numeral indefinido, dijo en su saladísima *Perinola*: “También son *cuatro* los lentiscos, “como los huevos; él es poeta de “á *cuatro*, y ya *van* á “*cuatro*”; y así comparaba á su enemigo con las verduleras y fruterías.” “No haber visto á uno *cuatro* veces”, es, pues, haberlo visto en contadísimas ocasiones.

que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han
5 criado.

—¡Ta, ta!—dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

10 —Ésa es—dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador,
15 que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar, que la

14 Del vocablo *Dador* dice Covarrubias “que se atribuye siempre á Dios”. Este porvida es uno de los muchos eufemismos que se empleaban en los votos y juramentos vulgares, para no cometer, por lo menos, aparentemente, la irreverencia de traer sin necesidad el nombre de Dios en los labios pecadores. Así decían, por ejemplo, *voto á diez*, *voto á Rus*, *pardiego*, *juro á ños*, etc., etc.

15 Estos tres elogios, en especial los dos últimos, más convienen á hombre que á mujer; bien que á quien tiraba una barra como el más forzado zagal y tenía el rejo que pocos renglones después pondera Sancho, mejor cuadraban esos encarecimientos que otros que olieran á cosa menos hombruna.

16 *Sacar la barba del lodo á uno*, ó *sacarle el pie del lodo*, es frase figurada y familiar que significa sacarle de un trance apurado.

tuviere por señora. ¡Oh, hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media le- 5 gua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana:

1 Esta exclamación, muy malsonante hoy, se prodigaba mucho antaño, y á menudo, como en el caso presente, sin pizca de ánimo de ofender por parte de quien la profería; antes en señal de admiración y como el más acabado elogio. En la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz, fol. 172 vuelto de la edición de Bruselas, Roger Velpius, 1598, se lee un cuentecillo que viene aquí pintiparado: "Un escudero corrió un caballo muy ruinmente. Díxole un caballero: "Yo os prometo que nunca vos desonreys a "vuestra madre." Preguntó por qué. Respondió: "Quando "alguno haze bien alguna cosa, luego dizen: "*O hy de puta* "y qué bien lo hizo." Á las veces, para no referirse á derechas á la persona elogiada, se decía: *¡Hi de puta el diablo, y qué!*... Así Feliciano de Silva en la cuarta cena de la *Segunda Comedia de Celestina*, en donde dice Barañón, aludiendo á los versos que acaba de cantar el pajecillo Canarín: "*¡Hi de puta el diablo, y qué sentidos que son!*"

8 "Esto de *cortesana* —dice Clemencín— puede ser pulla, por la significación ambigua de la palabra." Séalo ó no, este pasaje trae á la memoria aquel epigrama de Iglesias:

Entrando en los Cayetanos,
Una dama á un charro vió,
Y le dijo: "¿Se acabó
La misa de los villanos?"

Viendo él trazas tan livianas,
Respondió: "Se acabó ya;
Pero entrad; que ahora saldrá
Otra de las *cortesanas*."

con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querría ya verme en camino, sólo por vella; que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada; porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan

7 Hoy no sería de buen pasar el decir *demasiado* de antes del adjetivo; pero sí en el tiempo de Cervantes. Santa Teresa, *Vida*, cap. VII: "Hay algunas tan *demasiado* de perfectas á su parecer, que todo lo que ven les parece falta..."

á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se 5 riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho—dijo don Quijote—, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas 10 para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; 15 alcanzólo á saber su mayor, y un día dijo á la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: “Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa

¹⁰ *Despuntar de agudo*, según Covarrubias, se dice “del que por mucha sutileza viene á dar en algún absurdo, como la punta, de muy aguda, suele quebrar”. Es frase figurada que falta en el *Diccionario* de la Academia y que tanto en este pasaje como en los versos preliminares del *Quijote* (I, 31, 1), más parece significar, como dice Clemencín, “hacer del ingenioso”.

¹⁶ *Mayor es jefe ó superior*. Entendió Pellicer que el *su* se refiere al superior del mozo motilón, ó del lego mozo, que vivía en comunidad de teólogos; pero Clemencín, *ex cathedra*, como solía, definió que este *mayor* no era sino el superior de la viuda, “de quien sería pariente y quizá hermano mayor, como indica lo de la *fraternal reprehensión* que á continuación se dice”. Voto por Pellicer.

y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, 5 en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y decir: "éste quiero, aquéste no" quiero." Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: "Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles." Así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más 15 alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre

11 Un caso más del empleo del modo indicativo en lugar del subjuntivo. Ahora diríamos: "por idiota que le parezca".

13 Más de una vez se encuentran en las obras de Cervantes reminiscencias de este muy desenfadado cuentecillo. En la jorn. II de *La casa de los celos*, en donde Clori alude á la frecuencia con que Rústico le regala preseas de algún valor:

CLORI. (*Viendo como le burlaron y atáronle.*)

¡Ah simple! ¡Ah simple!

RÚSTICO. Y ¿haslo visto, Clori?

Por ti la burla siento, y no por otrie.

CLORI. Calla, que *para aquello que me sirves,*
Más sabes que trecientos Salomones.

Y en el *Entremés de la Cueva de Salamanca*:

"CRISTINA. *Para lo que yo he menester á mi barbero, tanto latín sabe, y aún más, que supo Antonio de Nebrija...*"

que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílicas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen, por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así, bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje, importa poco; que no han de ir á hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar, más que otras; que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo

15 Son éstas casi las mismas palabras que dice Rincón excusándose de satisfacer á una pregunta de Monipodio: "...la patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, *pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.*" (*Rinconete y Cortadillo*, pág. 277 de mi edición.)

es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famo-
5 sas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razón —respondió Sancho—, y que yo soy un
10 asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y á Dios, que me mudo.

15 Sacó el libro de memoria don Quijote y, apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la quería leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el
20 camino, porque de su desdicha todo se podía temer. Á lo cual respondió Sancho:

—Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar
25 en la memoria es disparate; que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuestra

merced, que me holgaré mucho de oílla; que debe de ir como de molde.

—Escucha, que así dice—dijo don Quijote:

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO

“Soberana y alta señora:

5

“El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu

6 El comienzo de esta carta, escrita muy á lo andan-tesco, parece estar imitado, como indicó Clemencín, de otra de la celosa Oriana á Amadís, en cuyo sobrescrito se leía: “Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón...” Y ¡á fe que son estas palabras un muy gentil *verso de veintiuna sílabas*, á traguillos de tres, recomendable para su imitación á alguno de los príncipes del parnaso modernista!

8 Esto de saludar á la persona amada enviándole la salud que el amante, por enfermo de mal de ausencia, declara no tener es muy del mundo caballeresco. En *Don Olivante de Laura*, la princesa Lucenda escribe al protagonista, el descuidado Príncipe de Macedonia, á quien *la salud que con su ausencia le falta, con toda voluntad envía*. En la *Diana* llamada del Salmantino comienza así una carta de Fausto á Cardenia: *Salud te envía el que para sí ni la tiene ni la quiere, si ya de tu sola mano no le viniese*; de donde, como nota Clemencín, parece que imitó Cervantes aquel pasaje de la carta de Timbrio á Nísida en el libro III de *La Galatea*:

*Salud te envía aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus mismas manos no le viene.*

Y añade Clemencín: “Otra carta de D. Diego Hurtado de Mendoza, que también hubo de tener presente Cervantes, empieza:

*Á Marfisa Damón salud envía,
Si la puede enviar quien no la tiene
Ni la espera tener por otra vía.*

fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser
5 fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con aca-
10 bar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA."

—Por vida de mi padre—dijo Sancho en
15 oyendo la carta—, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra
20 merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester —respondió don Quijote—para el oficio que trayo.

—Ea, pues —dijo Sancho—, ponga vuestra
25 merced en esotra vuelta la cédula de los tres po-

16 Recuérdese acerca de *pesia* lo dicho en una nota del cap. XVII (II, 50, 1).

llinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place—dijo don Quijote.

Y habiéndola escrito, se la leyó, que decía así:

5

“Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar 10 por otros tantos aquí recibidos de contado; que con ésta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y dos de Agosto deste presente año.”

—Buena está —dijo Sancho—: fírmela vuestra merced. 15

—No es menester firmarla —dijo don Quijote—, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trescientos, fuera bastante. 20

1 Evidente es que las palabras *porque la conozcan en viéndola* se refieren á la firma, y no á la cédula; caso que corrobora lo que dije en el cap. VIII (I, 209, 18), al explicar la frase *de aventurarlo todo á la de un solo golpe*.

14 Imita aquí Cervantes, muy graciosamente, la fórmula de una cédula de cambio de su tiempo. Llámala *primera de pollinos*, porque á pollinos y no á cambio de dinero se refiere.

19 No sé de dónde sacaba D. Quijote que lo mismo era rubricar que firmar la cédula pollinesca, como no fuese de que, conociendo su letra su sobrina, con esto había de bastar para que entregase los pollinos á Sancho.

—Yo me confío de vuestra merced —respondió Sancho—. Déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendición; que luego pienso partirme, sin ver
5 las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos, quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cue-
10 ros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo
15 pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice
20 por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento. Cuanto más, que para mí no era menester nada deso,
25 y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde

como es razón, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué 5 ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. ¡Bo-

1 Dice á quien puedo por no cometer la irreverencia de votar claramente á Dios. D. Quijote era menos escrupuloso.

6 En el lenguaje vulgar eran frecuentes estas reticencias, seguidas del *íbalo á decir*, ó *no me lo hagan decir*. D. Diego Hurtado de Mendoza, en la carta del Bachiller de Arcadia al capitán Salazar (Paz y Melia, *Sales españolas*, tomo I, pág. 70): “Si me dijese que cómo matábades y heriades vos solo tanto hombre el día de la rota de Albis, diréles yo que una cosa es huir y otra seguir, y que á mí, que soy un... (*no me lo hagan decir*), me bastaría el ánimo á hacer tajadas al Landsgrave...” Bien que algunas veces se cortaba un poquito á deshora el hilo de la frase, y con la reticencia no se lograba sino hacer reir á los oyentes. Tal sucedió al doctor Sumo Campo en el donosísimo sermón que predicó á unas monjas de Granada y que transcribió Pedro Espinosa en *El Perro y la Calentura* (*Obras de...*, pág. 176): “...y así, señoras madres, decirlo tengo, aunque sea á tontas y á locas: aunque, como el Santo de hoy [San Juan Bautista], predique en el desierto; á quien cortó la cabeza la verdad y una pu... (*íbalo á decir*); y debió ser porque mostró á los lobos el Cordero.” Reticencia que, *plus minusve*, viene á ser lo mismo que la de uno que, al citar el refrán que empieza con las palabras “Quien con niños se acuesta...”, pensó poner aquí un *etcétera* salvador, y, errándole el sitio, lo puso después del malhadado verbo siguiente, cuando ya maldito para lo que servía.

8 *Echarlo todo á doce*, ó *á trece* (p. II, 69), aunque nunca se venda, ó y no se venda, es frase proverbial que, como dije en mi edición de *Rinconete y Cortadillo*, página 453, “hubo de nacer en un mercado y probablemente

nico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues á fe que si me conociese, que me ayunase!

—Á fe, Sancho—dijo don Quijote—, que, á lo que parece, que no estás tú más cuerdo
5 que yo.

—No estoy tan loco —respondió Sancho—; mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino.
10 como Cardenio, á quitárselo á los pastores?

—No te dé pena ese cuidado —respondió don Quijote—, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran; que la fineza de mi
15 negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes. Á Dios, pues.

se debería á algún vendedor á quien, ahumándosele el pescado, vamos al decir, siquiera no fuese pescadero, se propuso vender su mercancía á más de la postura, *echándolo todo á doce*, aunque el fiel ejecutor no se lo dejara vender, y encima le sacara multa por el intento". De los ejemplos que allí cité cogí que *echarlo todo á doce*, ó *á trece*, es "meter el pleito á voces, echar el bodegón á rodar y romper por todo, sin tener en cuenta las consecuencias que de ello pueden venir; que esa idea aporta el *aunque no se venda*".

2 Según el *Diccionario* de la Academia, *ayunarle á uno* es temerle ó respetarle. Se tomó esta frase—dice Clemencín—"del ayuno que precede á ciertas festividades eclesiásticas, en demostración especial de culto y veneración á algún santo".

16 Por su pésima puntuación, la edición príncipe dió así estas palabras: ... y en hazer otras asperezas equivalentes á Dios. Pues pero sabe vuestra merced... En las

—Pero ¿sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar á volver á este lugar donde agora le dejo, según está de escondido.

—Toma bien las señas; que yo procuraré no apartarme destos contornos —dijo don Quijote—, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho, hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando

dos ediciones siguientes de Cuesta (1605 y 1608) se enmendó en esta forma: ...y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe vuestra merced... Por donde se averigua que no pudo ser Cervantes quien hizo esta enmienda, pues no supo restituir el texto de la primera edición, cosa que no se ha hecho hasta que el Sr. Máinez, en la suya (Cádiz, 1877), arregló la puntuación, leyendo: ...y en hacer otras asperezas equivalentes. Adios, pues. Pero ¿sabe vuestra merced...

13 Aquí pregunta el Sr. Cortejón: “Al escribir esto, ¿recordó por ventura lo que se dice en el romance del Marqués de Mantua?” No fué preciso á Cervantes recordar aquello de

Las ramas iba cortando
Para la vuelta acertare:

en sus andanzas de comisario por Andalucía lo habría visto hacer más de una vez á los campesinos, que cuando van por sitio que no conocen bien, cortan y esparcen retamas, ú otros matojos, para no vacilar á la vuelta. Y aun, sin cortarlas, hacen con las retamas unos nudos, por los cuales conozcan al regresar el camino que llevaron al ir.

vuelvas, á imitación del hilo del laberinto de Teseo.

—Así lo haré —respondió Sancho Panza.

Y cortando algunas, pidió la bendición á su
5 señor y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y subiendo sobre Rocinante, á quien don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á
10 trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así se fué, aunque todavía le importunaba don Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

15 —Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

1 Sabido es para cualquiera que haya saludado la Mitología que fué *Teseo*, y no *Perseo*, quien con el hilo de Ariadna salió del famoso laberinto de Creta. ¿Por qué, pues, *Perseo* en la edición príncipe y en las otras dos de Cuesta, entre las más de las antiguas? ¿Acaso por ignorancia de Cervantes? Es de presumir que no, pues, como advierte Clemencín, en el cap. XLVIII de esta misma parte primera hace hablar á D. Quijote de un *laberinto* de imaginaciones del cual Sancho no acertaría á salir aunque tuviese *la sogá de Teseo*. El Sr. Cortejón, sin parar mientes en esto, ha dejado en su edición *Perseo*, teniéndolo por yerro de Cervantes, y no de la imprenta.

—¿No te lo decía yo? —dijo don Quijote—. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire y dos tum-⁵ bas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas, que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir su ca-¹⁰ mino, hasta la vuelta, que fué breve.

2 *En un credo, en un santiamén, en un Jesús*, son frases que significan el tiempo que se tarda en decir cada una de estas cosas. Son medidas prácticas de tiempo, usadas con frecuencia en el habla vulgar. Santa Teresa decía en carta á la madre María de San José, priora de Sevilla (Burgos, 6 de Julio de 1582): “Con hartos sobresaltos me tienen *cada credo*, de verlas entre tantos trabajos.” Tirso de Molina, en *Don Gil de las calzas verdes*, acto III:

CARAMANCHEL. Aquí le vi *no ha dos credos*;
Y aunque estaba en mi presencia,
Cual dinero de Valencia,
Se me perdió entre los dedos.

Una seguidilla popular (núm. 2.450 de mi colección de *Cantos populares españoles*):

Cuando voy á la iglesia
Y no te veo,
Quisiera que durara
La misa *un credo*.
Si allí te hallo,
Quisiera que durara
La misa un año.

CAPITULO XXVI

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste 5
Figura después que se vió solo, dice la historia que así como don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver más san- 10
deces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello; y era que cuál sería mejor y le estaría más

2 Observa Clemencín: "Mejor: *las finezas de enamorado que hizo, ó las finezas que hizo de enamorado.*" Véase la nota que acerca de un caso análogo queda en el cap. IV (I, 120, 2).

14 Éste es uno de los casos en que suelen usarse uno por otro *qué* y *cuál*: cuando se indica elección ó preferencia. Bien lo notó Bello en su *Gramática*, § 1159, citando, no este ejemplo, pero otro del *Quijote*: "*¿cuál es más: resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?*" (p. II, 8).

á cuento: imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las malencónicas; y hablando entre sí mismo, decía: “Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla, pues, al fin, era encantado, y no le podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro? Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió, por las señales que halló

2 *Malencónicas*, y no *melancólicas* como decimos hoy. Recuérdese cierta nota del cap. XXI (175, 1).

5 El Sr. Cortejón pone signos admirativos en este pasaje, que no es sino mera interrogación. Es como si Cervantes dijera: “¿Qué hay en ello para asombrar, siendo, como era, encantado?...”

7 Un alfiler grande, de los que se vendían á blanca, y en nuestro tiempo, cuando corrían ochavos por el mundo, se llamaban alfileres *de á ochavo*. Menciónalos una copla vulgar andaluza (núm. 5.492 de mi colección de *Cantos populares españoles*):

¡Tu queré cómo m'ha puesto!
Con un arfilé d'á ochabo
Se pué traspasá mi cuerpo.

8 Quizás *punta* es errata, por *planta*, y esto leyeron Clemencín, Aribau y Máinez.

9 Advierte Clemencín que D. Quijote confunde “lo que Ariosto cuenta de dos distintos personajes: Ferragús y Orlando. Lo de las planchas de hierro es del primero, y del segundo el no poder ser herido sino por la planta del pie”.

en la fontana y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad y que su dama le había ⁵ cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasión dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro ¹⁰ alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y

1 No *la fontana*, sino *la fortuna* dijeron por yerro, copiándolo de la edición príncipe, casi todas las antiguas. Las dos primeras de Bruselas (1607 y 1611) leyeron *la floresta*, y la *fuelle* enmendó Mayans (Londres, 1738), á quien han seguido en esto muchos editores, la Academia entre ellos, porque *fuelle* se llama en el poema de Ariosto á aquella en que Orlando vió las señales á que Cervantes se refiere:

*Orlando viene, ove s'incurva il monte
A guisa d'arco in su la chiara fonte.*
(Canto XXIII, oct. 105.)

*Pel bosco errò tutta la notte il Conte
E á lo spuntar de la diurna fiamma
Lo tornò il suo destin sopra la fonte
Dove Medoro isculse l'epigramma.*

(*Ibid.*, oct. 129.)

12 Las dos primeras ediciones de Bruselas y la del señor Máinez enmendaron la frase diciendo: “y que se está hoy *como su madre la parió*.” Paréceme cosa indudable que el cambio de palabras de esta locución fué intencionado aquí, lo mismo que lo había sido en el cap. IX (I, 215, 20). En estas alusiones al Toboso y á Dulcinea hay quizá más satírica intención de la que á primera vista se descubre. Lo de no haber visto nunca Dulcinea moro alguno *así como él*

haríale agravio manifiesto si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin
5 hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que, por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que
10 fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar y de encomendarse á Dios, hasta que el cielo le acorrió, en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para
15 qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los

es, en su mismo traje, es alusión clara, como dijo Clemencín, á que había muchos en el Toboso, pero en traje diferente. Y en cuanto á Dulcinea, ó sea, idealidades aparte, la tosca lugareña Aldonza Lorenzo, la que, según sabemos por Sancho, tiraba tan bien una barra como el más forzudo zagal, y no era nada melindrosa, porque tenía mucho de *cortesana*, y con todos se burlaba y de todo hacía mueca y donaire, por lo cual, con justo título podía D. Quijote, “no ya hacer locuras por ella, sino desesperarse y ahorcarse, pues todos dirían que hizo harto bien, aunque le llevase el diablo”, en cuanto á Dulcinea—iba á decir—, ¿cómo no ha de tener segunda intención el aparentemente trastrocado elogio de su doncellez? ¡Á saber quién y cómo sería, en realidad de verdad, Dulcinea del Toboso, mirada sin la mágica lente de la generosa locura de D. Quijote...!

cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo: que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdenado de Dulcinea del Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar y encomendarse á Dios; pero ¿qué haré de rosario, que no le tengo?”

En esto, le vino al pensamiento cómo le haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí es-

2 Muéstrase tan cuerdo en este soliloquio D. Quijote, que más que un caballero andante enamorado y penitente, parece un grandísimo socarrón.

6 El dicho se indica muy á las claras ser de otro, y estar en verso:

Si no acabó grandes cosas,
Murió por acometellas.

Quizás se refiere á Faetonte, como creyó Pellicer, ó tal vez á Ícaro. Bien pueden ser versos de alguna de aquellas fábulas mitológicas en que nuestros poetas de los siglos xvi y xvii solían parafrasear á Ovidio.

tuvo, donde rezó un millón de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolar-se; y así, se entretenía paseándose por el prade-
5 cillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que á él allí le hallaron no fueron más que
10 estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas
Que en aqueste sitio estáis,
Tan altos, verdes y tantas,
15 Si de mi mal no os holgáis,
Escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
Aunque más terrible sea;
Pues, por pagaros escote,
20 Aquí lloró don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

I Así se halla este pasaje en la edición príncipe, en las tres primeras de Lisboa, que la copiaron, y en muy contadas de las modernas: la de Máinez y la de Fitzmaurice-Kelly. Todas las demás han seguido á la segunda de Cuesta, que, después de las palabras *lo más que él hizo fué rezar*, dijo: *y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez.*

10 En solos dos renglones, *pudieron, pudiesen, hallar, hallaron*. ¿Cabe prueba más clara de que Cervantes no limó, ó limó muy á la ligera, la mejor de sus obras?

Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde. 5

Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró don Quijote
Ausencias de Dulcinea 10
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos y entre breñas 15
Halla el triste desventuras,

Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y en tocándole el cogote,
Aquí lloró don Quijote 20
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los
versos referidos el añadidura *del Toboso* al
nombre de Dulcinea, porque imaginaron que de- 25

8 Llorar *hasta henchir un pipote* ya fué llorar tanto
ó casi tanto como lloraba aquel cantor popular, con mucho
más del bromista que del enamorado, que dijo en una copla:

Siempre que de ti me acuerdo
Lloro tanto y tan de veras,
Que los vecinos de abajo
Se quejan de que hay goteras.

bió de imaginar don Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decía también *del Toboso*, no se podría entender la copla; y así fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, más destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiese, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspi-

8 Los *faunos* y los *silvanos* eran entre los gentiles divinidades rústicas que habitaban, aquéllos, en los campos y heredades, y éstos, en las selvas.

9 Sabido es que la ninfa *Eco*, hija del Aire y de la Tierra, fué condenada por Juno á un casi mutismo consistente en no hablar sino repitiendo las dos últimas sílabas de lo que le decían. Llámala Cervantes *húmda* porque, á la postre, desdeñada de Narciso, se retiró á las grutas y cañadas, en donde se consumió de dolor.

10 Casi todos los editores modernos, entre ellos el señor Cortejón, han hecho plural el *respondiese* de las dos primeras ediciones de Cuesta y de otras antiguas. No han entendido que los tres verbos corresponden, respectivamente y en orden inverso, á los tres sujetos evocados, y así, se dice: *que le respondiese* (la ninfa Eco, que sólo responder sabe), *consolasen* (las ninfas de los ríos) y *escuchasen* (los faunos y silvanos de aquellos bosques).

ros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la 5 hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente; que había grandes días que 10 todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas que luego le conocieron. Y dijo el uno al otro: 15

—Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo, ¿no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es—dijo el Licenciado—; y aquél es el 20 caballo de nuestro don Quijote.

Y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto general de

4 *Otro día* equivale aquí á *al otro día*, *al día siguiente*, como en el cap. V (I, 145, 9). Dice el Sr. Cejador (*Diccionario del "Quijote"*, artículo *otro*: "Hoy diríamos *al otro día*, pero Cervantes y los clásicos emplean elegantemente sin preposición las frases adverbiales, como los acusativos absolutos griegos."

los libros. Los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de don Quijote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole:

5 —Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociólos luego Sancho Panza y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba; y así, les respondió que su amo
10 quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

—No, no —dijo el Barbero—, Sancho Pan-
15 za, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso, morena.

12 Observa Clemencín que estas palabras *por los ojos que en la cara tenía* “pueden ser una especie de aseveración ó juramento, como *por la vida de mis padres...*, y también pueden significar que el secreto era de tal importancia, que no podía Sancho descubrirlo, aunque en ello le fueran los ojos de la cara”. Y añade: “Este segundo sentido es más natural.” Pues así y todo, más bien parece que se dijo en el primero.

19 Según Correas (*Vocabulario de refranes*, pág. 151), *Ó sobre eso, morena* “es amenaza en burla. Entiéndese haré, ó aconteceré, si no se hace lo que digo; tómase de amonestación del amigo á su *morena*”. Matos Fragoso, *Ver y creer*, jorn. III:

—No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie: á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor.

5

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de don Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual le dijo el Cura que se la mostrase; que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le podía ha-

10

15

20

TRISTÁN.

... mi tema

Es de defender á Blanca,

Y sobre aquesto, morena.

Enriquez Gómez, en el cap. II de la *Vida de don Gregorio Guadaña*: "... no ha de pasar así, por el siglo de mi abuela; que pues vos fuisteis el autor de mi daño, que lo habéis de remediar, ó sobre eso, morena, blanca y negra."

llar si le buscara hasta agora, porque se había quedado don Quijote con él, y no se le había dado, ni á él se le acordó de pedirsele.

Cuando Sancho vió que no hallaba el libro,
5 fuésele parando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y, sin más ni más, se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas, y luego, apriesa y sin
10 cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

15 —¿Qué me ha de suceder —respondió Sancho—, sino el haber perdido de una mano á otra, en un estante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso?—replicó el Barbero.

20 —He perdido el libro de memoria —respondió Sancho— donde venía la carta para Dulcinea y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa.

25 Y con esto, les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y díjole que en hallando á su señor él le haría revalidar la manda y que tor-

3 Otra vez sale aquí el giro *acordársele* á uno *de*, sobre el cual hay nota en el cap. VIII (I, 197, 5).

nase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la 5 pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

—Decilda, Sancho, pues—dijo el Barbero—; que después la trasladaremos.

10

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo sus- 15 pensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

—Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decía: “Alta y sobajada 20 señora”.

—No diría —dijo el Barbero— *sobajada*, sino sobrehumana, ó soberana señora.

—Así es —dijo Sancho—. Luego, si mal no

3 De la poca eficacia de las promesas y juramentos de las mujeres escribía el Marqués de Villamediana:

Son librillos de memoria,
Donde no obligan las firmas;
Donde lo que un yerro escribe
Con solo un dedo se quita.

me acuerdo, proseguía..., si mal no me acuerdo: “el llevo y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa”, y no sé qué decía de salud y
5 de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en “Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.”

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse mucho,
10 y le pidieron que dijese la carta, otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto,
15 contó asimesmo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su señor, en
20 trayendo que le trujese buen despacho de la se-

2 *El llevo es el lego*, pronunciado á lo rústico; y es lástima que no lo entendieran el que corrigió la tercera edición de Cuesta ni cuantos le han seguido, el Sr. Cortejón entre ellos.

6 *Escurriendo*, por mala pronunciación de *discurriendo*.
20 Comentando en mi edición de *Rinconete y Cortadillo* (nota 147) la frase *Al volver que volvió Monipodio...*, dije que “en tiempo de Cervantes era frecuente el uso de esta clase de locuciones, al parecer pleonásticas”, y después de citar algunos ejemplos, añadí que estas frases “están hoy relegadas al habla de los campesinos (á lo menos, en Andalucía), quienes de cuando en cuando suplen aquella

ñora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó, por lo menos, monarca; que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le había de casar á él, porque ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería. Decía esto Sancho

forma por otras sinónimas de pretérito, presente ó futuro, diciendo, verbigracia: *Cuando volvió que volvió...*, *Si voy que llego á ir...*, *Cuando amanezca que amanezca...* Bello, en su *Gramática*, apuntó muy atinadamente (§ 800) que, aunque parece haber algo de redundante en estas construcciones, “el pleonismo no es enteramente ocioso; en rayando *”el día partiremos* significa inmediata sucesión de la partida al rayar; en rayando *que raye el día* asevera la intermediación.”

ro Es una manera tradicional de encarecimiento, especialmente en las negaciones, repetir, precedido de la conjunción *ni*, el nombre acabado de citar, poniéndolo en el género contrario del á que corresponde. Así, la frase *sin ínsulos ni ínsulas* no está bien hecha, porque había que decirlo al revés: *sin ínsulas ni ínsulos*, tal como lo enmendó Hartzenbusch en las dos ediciones de Argamasilla, y tal como lo dijo nuestro autor en el cap. II de la segunda parte: “y dejáos de pretender *ínsulas ni ínsulos*.” Véanse algunos ejemplos. El bachiller Diego Sánchez de Badajoz, en la *Farsa de los Doctores* (*Recopilación en metro de...*, 1554):

PASTOR. ¡O, qué dama tan garrida,
Y qué niño, y qué consuelo
Estaban en un portal!
¡O, qué milagro tamaño!
Desnudito y tan extraño
El corderito Pascual,

con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, 5 pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de más gusto oír 10 sus necedades. Y así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decía, ó, por lo menos, arzobispo, ó otra dignidad equivalente. 51 Á lo cual respondió Sancho:

De lumbre celestial
Arredor una gran bola
Más clara que *sol ni sola*,
En fin, cosa divinal.

Cervantes mismo, en el cap. VIII de su *Viaje del Parnaso*:

Al despertar del sueño así importuno,
Ni vi *monte ni monta*, *dios ni diosa*,
Ni de tanto poeta vide alguno.

12 Clemencín, después de manifestar que *agible* significa *factible*, añadió: “es palabra nueva, y dudo que entre los escritores castellanos tenga otra autoridad que la de este pasaje.” No: era voz corriente y andaba ya de molde en 1512, en el libro intitulado *Francisco Petrarca con los seys triunfos de toscano sacados en castellano con el comento que sobre ellos se hizo*, por Antonio de Obregón (Logroño, Arnao Guillén de Brocar), en cuyo cap. III (fol. 35) se lee: “Es muy verdadera sentencia que cada y quando que la razon dexa el examen de las cosas *agibles*, por poco de-leite se halló el hombre sobrepujado y vencido.”

—Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora: ¿qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos?

5

—Suélenles dar —respondió el Cura— algún beneficio, simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester —replicó Sancho—
que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar
á misa, por lo menos; y si esto es así, ¡desdicha-
do de yo, que soy casado y no sé la primera le-
tra del A, B, C! ¿Qué será de mí si á mi amo
le da antojo de ser arzobispo, y no emperador,
como es uso y costumbre de los caballeros an-
dantes?

10

15

—No tengáis pena, Sancho amigo—dijo el Barbero—; que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante.

20

—Así me ha parecido á mí —respondió Sancho—; aunque sé decir que para todo tiene ha-

25

8 *Renta rentada* es, como dice Clemencín, la “renta fija, conocida, amén de lo eventual”.

12 *¡Desdichado de yo!*, dicho á lo rústico, por *¡desdichado de mí!...*”

bilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

- 5 —Vos lo decís como discreto —dijo el Cura—, y lo haréis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el
10 modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

- Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaba allí fuera, y que después les diría la causa porque no entraba ni le convenía entrar en ella;
15 mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y ansimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los
20 dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote, y para lo que ellos querían; y fué que dijo al Barbero que lo que había pensado era que él se vestiría en
25 hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría de-

jársele de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la ⁵ mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese, sin duda, que don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera ¹⁰ le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

6 Así como *persona* suele significar *nadie*, *cosa*, como dije en nota del cap. VII (I, 183, 11), suele significar *nada*, porque es forma elíptica de *cosa nada*, *nata* ó *nacida*.

7 Estas palabras *hacienda*, *fasta*, *fecho*, así como la locución *hacer derecho*, que es la contraria de *hacer tuerto* ó *agravio*, venían aquí de molde para expresar que para el buen licenciado Pero Pérez lo mismo era pensar en su laudable propósito de retraer de su ajetreada vida á D. Quijote que estar ya ensayando su papel de doncellita andante y menesterosa, conveniente para ir encaminando hacia su aldea al descaminado caballero.

ÍNDICE

| | PÁGS. |
|---|-------|
| CAP. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses..... | 7 |
| CAP. XVI. De lo que le sucedió al Ingenioso Hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo..... | 29 |
| CAP. XVII. Donde se prosiguen los innume- rables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó que era cas- tillo..... | 49 |
| CAP. XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas..... | 71 |
| CAP. XIX. De las discretas razones que San- cho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos..... | 101 |
| CAP. XX. De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha. | 125 |
| CAP. XXI. Que trata de la alta aventura y rica | |

| | PÁGS. |
|---|-------|
| ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero..... | 161 |
| CAP. XXII. De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir... | 195 |
| CAP. XXIII. De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan..... | 231 |
| CAP. XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena..... | 259 |
| CAP. XXV. Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenebros.... | 281 |
| CAP. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena..... | 323 |

ESTE TOMO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE "CLÁSICOS CASTELLANOS"
EL DÍA XXV DE NOVIEMBRE
DEL AÑO MCMXI



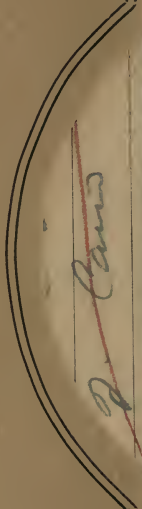
146564

LS.
C419dRo

Author Cervantes Saavedra, Miguel de
Title Don Quijote de la Mancha. Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET



Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

